

845M44
Ob: C
V. 1

iii

OBRAS DE GUY DE MAUPASSANT

EL BUEN MOZO

(BEL-AMI)



Casa Editorial Maucci, Barcelona

897

MAURICE (Guy de)
(1871 - 1911)
R. M. ...
...
... 1915

150

2100

EL BUEN MOZO

60

GUY DE MAUPASSANT

EL BUEN MOZO

(BEL-AMI)

Traducción de Augusto Riera

TOMO PRIMERO

BARCELONA

Casa Editorial Maucci
Calle Mallorca, 166

BUENOS AIRES

Maucci Hermanos
Calle Cuyo, 1070

1905

*Esta obra es propiedad de la Casa
Editorial Maucci, de Barcelona.*

Tipografía de la Casa Editorial Maucci.—Barcelona.



845444

Ob: C

V. 1

PRIMERA PARTE

I

Cuando la cajera le hubo devuelto el cambio de los cinco francos, Jorge Duroy salió del restaurant.

Gallardo, y á fuer de gallardo presumido, por naturaleza y por la costumbre que de ponerse guapo tenía cuando aun servía en calidad de sargento en caballería, retorció el bigote con un ademán que le era habitual, y lanzó sobre los que comían una mirada rápida y circular, una de esas miradas de buen mozo que se extendió como una redada.

Las mujeres le miraron. Eran tres obreras, una maestra de piano ya madura, mal peinada, dejada, con un sombrero sucio y un vestido mal puesto, y dos tenderas con sus esposos, parroquianos todos de aquella fonducha.

Una vez en la acera, se detuvo un momento indeciso, preguntándose á sí mismo qué iba á hacer.

Era el 28 de junio y tenía en el bolsillo tres francos cuarenta céntimos para acabar el mes. Aquello representaba dos comidas sin almuerzo ó dos almuerzos sin comida. Pensó que como los almuerzos costaban [sólo un franco diez y las comidas uno cincuenta, optando por los primeros le quedaba aún un franco veinte con el que podría comer dos raciones de pan y salchichón y beber dos bocks en el bulevar. La cerveza le gustaba con delirio, y la tomaba cada noche. Echó á andar calle de Nuestra Señora de Loreto abajo.

Andaba como si aun llevase puesto el uniforme de húsar; con el pecho sacado, las piernas algo separadas como si acabase de bajar de caballo; y adelantaba brutalmente por la calle concurrida, dando empujones á las gentes para pasar sin molestarse. Llevaba el sombrero de copa, no muy flamante, ladeado, y taconeaba con fuerza. Siempre parecía desafiar á alguien ó algo, á los transeuntes, á las casas, á la ciudad entera, porque sí, por costumbre.

Aun cuando su traje sólo era de sesenta francos, tenía un aspecto elegante, siquiera algo charro. Alto, bien formado, rubio, de un rubio castaño tirando á rojo, con el bigote retorcido, los ojos azules, claros, de pupila pequeña y el pelo naturalmente rizado, partido por una raya, recordaba los héroes de las novelas populares.

Era una de aquellas noches de verano por todo extremo bochornosas. La ciudad, caliente como

una estufa, parecía sudar envuelta en las sombras. Las cloacas despedían su aliento emponzoñado por sus bocas de granito, y las cocinas subterráneas lanzaban á la calle los miasmas asquerosos de los platos sucios, de las salsas pasadas.

Los porteros, en mangas de camisa, sentados á caballo en las sillas de enea, fumaban su pipa bajo las puertas cocheras, y los transeuntes andaban con tardo paso, descubierta la cabeza y el sombrero en la mano.

Cuando Duroy llegó al bulevar, de nuevo se detuvo indeciso. Ahora le daban ganas de ir á los Campos Elíseos y á la avenida del bosque de Boulogne para respirar aire más fresco bajo los árboles; pero sentía otro deseo más vivo, el de una aventura amorosa.

¿Cómo ocurriría? Lo ignoraba; pero la esperaba desde hacía tres meses, cada día, cada noche. A veces, gracias á su gallarda apostura, obtenía algunos favores, pero esperaba más y mejor.

Con el bolsillo vacío y la sangre ardiente, le excitaba el encuentro de las mujerzuelas que murmuraban en las esquinas: «¿Quieres venir conmigo, buen mozo?»; pero no se atrevía á seguirlas no pudiendo pagarlas, y, además esperaba otra cosa, otros besos menos vulgares.

Gustábanle, sin embargo, los sitios en que abundan las mujerzuelas, sus bailes, sus cafés, sus calles; gustaba de codearse con ellas, hablarlas, tu-

tearlas, oler sus perfumes fuertes, estar junto á ellas. Al fin y al cabo eran mujeres, mujeres entregadas al amor. No las despreciaba con ese desprecio innato de los hombres que viven en familia.

Tomó hacia la Magdalena, y siguió la ola de la gente que andaba abrumada por el calor. Los grandes cafés, átestados, rebosaban hacia las aceras, iluminando á los bebedores con la luz deslumbradora y cruda de sus lámparas. ¡Ante los parroquianos, en mesitas redondas ó cuadradas, las copas contenían líquidos de todos colores, y dentro de las botellas brillaban los transparentes cilindros de hielo que refrescaban la hermosa agua clara.

Duroy andaba despacio y sentía un ansia de bebida que le secaba la garganta.

Le dominaba una sed implacable, una sed de verano, y recordaba la sensación deliciosa que producen las bebidas frías. Pero si bebía solamente un par de bocks aquella noche, adiós la menguada colación del día siguiente. Y hartó conocía las horas de hambre de fin de mes.

Pensó: «Hay que esperar las diez, y entonces tomaré un bock en el Americano. Pero ¡vaya una sed endiablada!» Y miraba á los que estaban sentados y bebiendo, á aquellos hombres que podían refrescar cuanto en gana les viniera. Pasaba ante los cafés andando con gallardía y juzgando de una ojeada, por el aspecto, por el traje, por la cara, el dinero que cada uno de los bebedores debía llevar

encima. Y sentía una sorda cólera contra todos. Metiendo la mano en sus bolsillos, saldrían á relucir monedas de oro, de plata y de cobre. Por término medio, cada uno debía tener dos luises, y como había más de cien consumidores en el café, se reuniría lo menos cuatro mil francos! Murmuraba: «¡Asquerosos!» contoneándose con gracia. Si hubiera podido pillar á uno de ellos en una esquina, en la sombra, le hubiese retorcido el pesquezo sin pizca de escrúpulo, ni más ni menos que se lo retorció á las aves de corral en las grandes maniobras.

Recordaba los dos años que pasó en Africa, del modo como se pillaba á los árabes en los destacamentos del Sur. Y una sonrisa alegre y cruel apareció en sus labios recordando una excursión que costó la vida á tres hombres de la tribu de los Ouled-Alane, y que les había valido á ellos, á sus camaradas y á él, veinte gallinas, dos carneros, y oro bastante para gastar durante seis meses.

Jamás se descubrió á los culpables; bien es verdad que no se les buscó con gran empeño, porque se considera al árabe como la presa natural del soldado.

En París las cosas no iban por tan buen camino. No se podía merodear libremente con el sable al costado y empuñando un revólver, lejos de los tribunales civiles. Sentía en su interior todos los instintos del sargento que habita en país conquistado

Echaba de menos los dos años pasados en el desierto. ¡Qué lástima de haber vuelto de allí! Se le antojó que en París estaría mejor y... ¡ya, ya! ¡Buena se ponía la situación!

Movía la lengua dentro de la boca, chasqueándola como para convencerse de lo seca que la tenía.

La multitud se deslizaba por su lado, extenuada y á paso corto y él no dejaba de pensar: «¡Hatajo de brutos! Todos estos imbéciles llevan dinero en el chaleco.» Empujaba á la gente con los hombros y silbaba entre dientes una tonadilla alegre. Algunos hombres se volvían gruñendo; las mujeres decían: «¡Qué bruto!»

Pasó por delante del Vaudeville, se detuvo ante el café Americano preguntándose si no debía tomar ya el bock, pues tenía una sed insoportable. Antes de decidirse miró la hora en los relojes luminosos de la calle. Eran las nueve y cuarto. Sabía que en cuanto tuviera ante él la cerveza, se la bebería de un trago. ¿Qué haría luego hasta las once?

Pasó: «Llegaré hasta la Magdalena y volveré poco á poco.»

Al llegar á la esquina de la plaza de la Opera, se cruzó con un joven, que recordó haber visto en alguna parte.

Se puso á seguirle interrogando sus recuerdos y diciendo á media voz: «¿Dónde diablos he conocido á este individuo?»

Luego, de pronto, cuando ya iba á renunciar á

su curiosidad, por un extraño fenómeno de memoria se le apareció aquel mismo individuo menos gordo, más joven, vistiendo uniforme de húsar. Y exclamó en voz alta: «¡Toma! ¡Forestier!» y alargando el paso, tocó en el hombro al joven. Este se volvió, le miró, y luego dijo:

—¿Qué quiere usted, caballero?

Duroy se echó á reir.

—¿No me reconoces?

—No.

—Jorge Duroy, del 6.º de húsares.

Forestier le tendió ambas manos.

—¡Hola, muchacho! ¿Cómo estás?

—Muy bien, ¿y tú?

—Yo no del todo bien. Ahora tengo el pecho como de papel de estraza. Me paso tosiendo la mitad del tiempo de résultats de una bronquitis que pillé en Bongival al volver á París, hace ahora cuatro años.

—Sin embargo, tienes un aspecto muy robusto.

Forestier, tomando el brazo de su antiguo camarada, le habló de su enfermedad, le contó las consultas á que acudiera, las opiniones y los consejos de los médicos y la dificultad de seguirlos dada su posición. Le ordenaban que pasara el invierno en el Mediodía. ¿Cómo podía hacerlo? Estaba casado y era periodista de nota.

—Estoy encargado de los fondos políticos en la *Vie Française*. Redacto las sesiones del Senado para

la *Salut*, y de cuando en cuando hago crónicas literarias para el *Planète*. He conseguido abrirme paso.

Duroy le miraba con sorpresa. Su amigo le parecía muy cambiado, sesudo. Tenía un aspecto, unos andares y un traje de hombre reposado, seguro de sí mismo y la gordura de un buen gastrónomo. Antes era flacucho y ágil, bullicioso, amigo de la jarana, siempre alegre. Tres años de estancia en París le habían cambiado por completo, transformándole en un hombre rechoncho y serio, cuyas sienes ostentaban algunas canas, á pesar de que sólo tenía veintisiete años.

Forestier le preguntó:

—¿Adónde vas?

—A ningún lado; estaba haciendo tiempo antes de acostarme.

—Bueno; entonces acompáñame á la *Vie Française* donde he de corregir unas pruebas, y después iremos á tomar un bock. ¿Quieres?

—Andando.

Y se dirigieron al diario dándose el brazo con esa franqueza que persiste entre compañeros de escuela y de regimiento.

—¿Qué haces en París?—preguntó Forestier.

—Paso la pena negra—replicó Duroy encogiéndose de hombros.—Al terminar el servicio se me antojó venir aquí para... para hacer fortuna, ó, por decir verdad, para vivir en París. Hace ya seis me-

ses que estoy empleado en las oficinas del ferrocarril del Norte, con mil quinientos francos de sueldo.

Forestier murmuró:

—¡Diablo! poco es.

—Ya lo sé. Pero, ¿cómo quieres que me las componga? Vivo aislado; no tengo relaciones, nadie me recomienda. No me falta voluntad sino medios.

Su camarada le examinó de una ojeada, de pies á cabeza, como hombre acostumbrado á juzgar á sus semejantes, y dijo:

—Mira, muchacho; aquí todo depende del aplomo. Un hombre listo es más fácil que llegue á ministro que á jefe de negociado. No hay que suplicar; es necesario imponerse. ¿Cómo demonios te has metido á oficinista?

Duroy replicó:

—He buscado por todas partes y no he encontrado nada. Actualmente se me presenta una ocasión; me ofrecen una plaza de maestro de equitación en el picadero de Pellerín. Me darán por lo menos tres mil francos.

Forestier se detuvo.

—No lo aceptes; sería una estupidez, aun cuando te ofrecieran diez mil francos. Si te contratas, despídete del porvenir. En tu oficina estás oculto cuando menos, y si eres hábil puedes abandonar tu empleo y abrirte camino. Pero una vez seas maestro de equitación, buenas noches. Es como si fueras

mayordomo en una casa donde van á comer las celebridades de París. Cuando habrás dado lecciones de equitación á hombres del gran mundo y á sus hijos, jamás podrán tratarte en lo sucesivo de igual á igual.

Calló, reflexionó un rato y dijo:

—¿Tienes el título de bachiller?

—No; me dieron dos calabazas.

—Bueno, poco importa; la cuestión es que hayas estudiado algo. Si te hablan de Cicerón ó de Tiberio, ¿sabes poco más ó menos de quienes se trata?

—Sí, hasta cierto punto.

—Bueno; nadie sabe más, exceptuando una docena de imbéciles que no saben medrar. Cree que es fácil pasar por listo; todo estriba en no dejarse pillar en flagrante delito de ignorancia. Se contesta con monería, se vence la dificultad y se admira á los demás gracias á un buen diccionario. Todos los hombres son tontos como gansos é ignorantes como carpas.

Hablaba á fuer de hombre sesudo que conoce la vida, y sonreía mirando como pasaba la multitud. Pero de súbito empezó á toser, calló para dejar que le calmara el acceso y añadió en tono descorazonado:

—¿No es horrible no poder acabar con esta bronquitis? Estamos en verano. Este invierno iré de todos modos á Mentón. La salud ante todo.

Llegaron al bulevar Poissonnière ante una gran

puerta de cristales que tenía pegadas las cuatro páginas de un periódico. Tres personas lo leían.

Sobre la puerta, á guisa de reclamo, había grandes letras formadas por lucecitas de gas, que decían: *La Vie Française*.

Los transeúntes, pasando bruscamente por la zona de claridad que lanzaban aquellas tres palabras, surgían de pronto en plena luz, visibles, claros y precisos como durante el día y después volvían á entrar en la sombra.

Forestier empujó la puerta y dijo:

—Entra.

Duroy entró, subió una escalera tan lujosa como sucia que se veía desde la calle, llegó á una antecámara donde dos mozos de redacción saludaron á su camarada, después se detuvo en una especie de salón de descanso tendido de pana verde descolorida, rozada á trechos, como si la hubiesen roído los ratones.

—Siéntate—dijo Forestier; —vuelvo dentro de cinco minutos.

Y desapareció por una de las tres puertas que daban al gabinete.

Un vaho extraño, particular, flotaba en aquel sitio, el olor de las salas de redacción. Duroy permanecía inmóvil, algo intimidado y, sobre todo, sorprendido. De cuando en cuando pasaban con rapidez ante él unos hombres que entraban por una de

las puertas y desaparecían por otra, antes que hubiese podido mirarles.

Tan pronto eran muchachos que parecían muy atareados, con una hoja en la mano que palpitaba movida por el aire que producía su carrera, como cajistas cuya blusa de tela manchada de tinta dejaba ver un cuello de camisa muy blanco y unos pantalones de lanilla como los que llevan los caballeros; llevaban con cuidado unas tiras de papel impreso, húmedas; eran las pruebas que acababan de sacar. A veces entraba un caballereite vestido con elegancia exagerada, con una levita demasiado apretada, unos pantalones harto estrechos, oprimido el pie por unas botas demasiado puntiagudas, algún reporter que traía ecos de teatros y bailes.

También aparecían otros, graves, serios, estirados, con sombreros de copa de alas planas, como si esa forma les distinguiera del común de los mortales.

Forestier reapareció dando el brazo á un hombre de treinta á cuarenta años, con frac negro y corbata blanca, muy moreno, con las guías del bigote retorcidas y el aspecto insolente y satisfecho de sí mismo.

Forestier le dijo:

—Adiós, querido maestro.

El otro le estrechó la mano, diciendo:

—Adiós, querido.

Y bajó la escalera silbando con el bastón bajo el brazo.

Duroy preguntó:

—¿Quién es?

—Jaime Rival, el cronista famoso, el duelista, ¿sabes? Ha venido á corregir sus pruebas. Garín, Montel y él, son los mejores cronistas que hay en París. Aquí le dan treinta mil francos por año por dos artículos semanales.

Al salir toparon con un hombrecillo de pelo largo, de traje no muy limpio, que subía los escalones resoplando.

Forestier saludó inclinándose en demasía.

—Es Norbert de Varenne,—dijo el poeta—el autor de *Soles muertos*, otro que también cobra mucho. Cada cuento suyo que publicamos nos cuesta trescientos francos, y el más largo no tiene doscientas líneas. ¿Te parece que entremos en el Napolitano? Me ahoga la sed.

En cuanto estuvieron sentados Forestier pidió dos bocks y se sorbió el suyo de un trago, en tanto que Duroy bebía el suyo á sorbitos, paladeando la cerveza como algo exquisito y raro.

Su compañero callaba; parecía reflexionar y de repente dijo:

—¿Por qué no te haces periodista?

El otro le miró sorprendido y contestó.

—Es... que... jamás he escrito nada.

—¡Bah! Todo es empezar. Se prueba... Yo podría emplearte en buscarme noticias, hacer comisiones y visitas. Ganarías al principio doscientos cincuenta francos y coche pagado. ¿Quieres que le hable al director?

—¡Ya lo creo!

—En tal caso, haz una cosa; ven á comer á mi casa mañana; sólo habrá cinco ó seis invitados; el director, señor Walter y su señora, Rival y Varenne, esos que acabas de ver, y una amiga de mi esposa. ¿Quedamos en ello?

Duroy vacilaba, se ruborizaba, estaba pèrplejo. Por fin, murmuró:

—Es que... no tengo traje á propósito.

Forestier quedó estupefacto.

—¿No tienes frac? Pues es prenda indispensable. En París vale más no tener cama que no tener frac.

Luego, de pronto, metió la mano en el bolsillo, sacó de él un puñado de oro, tomó dos luises, los puso delante de su camarada y con tono cordial y familiar:

—Toma,—dijo—me devolverás esto cuando puedas. Alquila ó compra á plazos dando unos francos la ropa que necesitas; en fin, compóntelas como quieras, pero ven á comer á casa, mañana á las siete y media, 17 calle Fontaine.

Duroy, confuso, recogió el dinero, diciendo:

— Muchas gracias; eres demasiado bueno; pero ten la seguridad de que jamás olvidaré...

Su amigo le atajó:

— Bueno, bueno. Tomamos otro bock, ¿eh? Y gritó: ¡Camarero, dos bocks!

Después de beberlos el periodista preguntó:

— ¿Quieres pasear un rato?

— Con mucho gusto.

Y de nuevo se dirigieron hacia la Magdalena.

— ¿Qué podríamos hacer?—exclamó Forestier.— Hay quien dice que un desocupado sabe siempre donde meterse; pero maldito si yo lo sé. Para ir al bosque á pasear es necesario una mujer, y no siempre se encuentra; los cafés-conciertos pueden gustar á mi boticario y á su mujer; pero á mí no. ¿Qué hacer, pues? Nada. Debería haber un jardín de verano, como el parque Monceau, abierto por la noche, donde pudiese oirse buena música bebiendo sorbetes bajo los árboles. No se iría allí para divertirse sino para pasar el rato; y con poner cara la entrada irían las mujeres lindas. Se podría pasear por avenidas bien enarenadas iluminadas por luz eléctrica y sentarse cuando á uno le viniera en gana, para oir la música de cerca ó de lejos. Algo parecido á esto teníamos antaño en casa Munard; pero no había bastante ámbito, ni bastante sombra, ni bastantes rincones. Debiera ser un jardín muy hermoso y grande. Sería encantador. ¿A dónde quieres ir?

Duroy, perplejo, no sabía qué decir; por fin se decidió:—No he estado aún en las Folies-Bergere. De buena gana iría.

—¡Diablo! Nos vamos á cocer allí; pero no importa; vamos allá.

Dieron media vuelta para ganar la calle Faubourg-Montmartre.

La fachada iluminada del teatro lanzaba torrentes de luz hacia las cuatro calles que desembocan junto á ella. Una fila de coches esperaba la salida.

Forestier entraba; Duroy le detuvo:

—No hemos tomado entrada.

El periodista replicó con importancia:

—Yendo conmigo no se paga.

A uno de los acomodadores que le había saludado al mismo tiempo que los demás, le preguntó:

—¿Tiene usted un buen palco?

—Sí, señor Forestier.

Tomó billete que le ofrecieron, empujó la puerta acolchada con adornos de cuero y penetraron en la sala de espectáculos.

El humo del tabaco producía como una ligera bruma que velaba los objetos lejanos, la escena y el otro lado del teatro. Ascendiendo sin cesar en hilillos azulados que se escapaban de los cigarros y cigarrillos de los espectadores, aquella ligera bruma se acumulaba en el técho y formaba bajo la amplia cúpula, alrededor de la gran araña, una nube que casi alcanzaba á los espectadores del primer piso.

En el ancho corredor que da acceso al paseo circular, donde pululan las muchachas emperifolladas, mezcladas con la obscura masa de los hombres, un grupo de mujeres aguardaba la entrada de nuevos aficionados delante de uno de los tres mostradores donde se ostentaban, llenas de afeites y ajadas, tres vendedoras de bebidas y de amor.

Los altos espejos reflejaban, detrás de ellas, sus espaldas y las caras de los que pasaban.

Forestier hendía los grupos y pasaba con rapidez, á fuer de hombre que tiene derecho á cierta consideración.

Se acercó á una acomodadora:

—¿El palco diecisiete?—preguntó.

—Por aquí, caballero.

Les encerraron en una caja de madera, descubierta, tapizada de rojo, que contenía cuatro sillas de igual color, tan juntas que apenas si se podía pasar entre ellas. Sentáronse ambos amigos, y á derecha é izquierda, formando una curva que por los dos extremos terminaba en la escena, vieron una línea de palcos iguales ocupados por gentes de quienes sólo se veían la cabeza y el pecho.

En la escena tres hombres con traje de mallas, uno alto, otro de mediana estatura y otro bajito, trabajaban uno después de otro en el trapecio.

El alto se adelantaba á pasos cortos y rápidos, sonriendo y saludando con un movimiento de la mano, como si echara un beso.

Dibujábanse bajo las mallas los músculos de brazos y piernas; hinchaba el pecho para disimular una barriga incipiente, y su cara parecía la de un mancebo de barbería porque llevaba el pelo partido por una raya perfecta. Alcanzó el trapecio dando un salto gracioso y empezó á hacer el molinete; luego hizo la plancha, pegado únicamente á la barra fija por la fuerza de las muñecas.

Saltaba después al suelo, saludaba, recibía sonriendo los aplausos de los espectadores, volvía á saludar é iba á pegarse al fondo de la escena, enseñando á cada paso los músculos de las piernas.

Su otro compañero, menos alto, más robusto, se adelantaba á su vez y emprendía igual ejercicio, que repetía después el tercer gimnasta entre los aplausos cada vez más entusiastas del público.

Pero Duroy no se cuidaba de lo que ocurría en la escena y con la cabeza vuelta hacia atrás, miraba de continuo el amplio corredor que hay detrás de los palcos, lleno de hombres y de prostitutas.

Forestier le dijo:

— Fijate en el patio. No se ven en él sino burgueses con sus mujeres é hijas, caras estúpidas que vienen para ver. En los palcos hay algunos elegantes, algunos artistas, unas pocas muchachas aceptables; y detrás de nosotros la mezcolanza más endiablada que puede verse en París. ¿Qué hombres son estos? Obsérvalos. Los hay de todas castas y profesiones; pero la crápula domina. Mira, y verás

empleados, dependientes de bancos, de tiendas; reporters, chulos, oficiales vestidos de paisano, gomosos vestidos de frac que acaban de cenar en la fonda ó que vienen de la Opera y entran aquí un momento antes de entrar en los Italianos, y además gran número de hombres sin análisis posible, gente sospechosa que nadie es capaz de clasificar. En cuanto á mujeres, todas son de una marca: la que cena en el Americano, la que pide uno ó dos luises y acecha á los extranjeros que pagan cinco y por medio de una señal advierte á sus parroquianos que está libre. Todas acuden aquí hace cinco ó seis años y se las ve todas las noches del año en el mismo sitio, menos cuando pasan una temporada de higiene en San Lázaro ó en Lourcine.

Duroy no atendía. Una de aquellas mujeres, apoyada en el palco, le miraba. Era una morena gorda, revocada, de ojos negros alargados artificialmente, á los que daban sombra unas cejas enormes y también agrandadas artificialmente. Su pecho, demasiado voluminoso, parecía reventar la tela del cuerpo; y sus labios pintados, rojos como una llaga, le daban un aspecto bestial, ardiente, exagerado; pero que encendía, sin embargo, el deseo.

Llamó, con un movimiento de cabeza, á una de sus amigas que pasaba, una pelirroja también gorda, y le dijo bastante alto para ser oída:

—Mira qué guapo mozo: si me ofrece diez luises, no he de desairarlo.

Forestier se volvió, y tocando á Duroy, le dijo:

—Esto va para ti; veo que produces efecto. Te felicito.

El ex-sargento se había ruborizado y maquinalmente tentaba las dos monedas de oro que tenía en el bolsillo.

Se había corrido el telón; la orquesta tocaba un vals.

Duroy dijo:

—¿Demos una vuelta por ahí fuera?

—Como quieras.

Salieron y pronto les arrastraron las oleadas de paseantes. Apretados, empujados, sin voluntad propia, andaban, teniendo ante sus ojos un mar de sombreros. Las muchachas, por parejas, atravesaban aquella masa de hombres; con gran facilidad, se deslizaban entre pechos, hombros, codos, como si se hallasen en su casa, á sus anchas, como pez en agua, entre aquella masa de machos.

Duroy, encantado, se abandonaba, aspiraba con delicia el aire viciado por el tabaco, el vaho humano y los perfumes de las mujeres. Pero Forestier sudaba, resoplaba, tosía.

—Vamos al jardín—dijo.

Y volviendo á la izquierda, penetraron en una especie de invernadero refrescado por dos fuentes de pésimo gusto. Bajo los ciprés y dentro de grandes macetas que crecían, hombres y mujeres bebían sentados junto á unas mesas de zinc.

—¿Tomamos otro bock?—preguntó Forestier.

—De buena gana.

Se sentaron, mirando como pasaba la gente.

De cuando en cuando se detenía una de las mujeres y preguntaba con sonrisa de encargo: ¿Me invita usted á algo, caballero?—Forestier contestaba:—A un vaso de agua en la fuente.—Y la muchacha se alejaba murmurando:—¡Anda, cicatero!

La morena gordinflona que poco antes se apoyara en el palco de los dos amigos, volvió á aparecer dando el brazo á su amigacha, la rubia. Entre ambas formaban una pareja de buenas hembras.

Sonrió al ver á Duroy como si sus ojos se hubiesen dicho ya muchas cosas íntimas y secretas; y tomando una silla se sentó frente á él é hizo sentar á su amiga. Después pidió al camarero dos refrescos de granada, y Forestier exclamó:

—¡Me gustan las mujeres desahogadas!

La intrusa contestó:

—Tu amigo es el que me gusta; de verdad que es un guapo chico; haría locuras por él.

Duroy, intimidado, no sabía qué contestar y sonreía tontamente, retorciéndose el bigote. El camarero trajo los refrescos que se zamparon de un sorbo las mujeres. Luego se levantaron y la morena, con un saludo amistoso y dando un golpecito en el brazo de Duroy con el abanico, le dijo:

—Gracias, monín; se ve que no le das mucho trabajo á la lengua.

Y se marcharon moviendo más que de razón las caderas.

Forestier se echó á reír.

—Oye, muchacho; paréceme que tienes éxito entre las mujeres. Hay que cuidar de ello; puede aprovechar en gran manera.

Calló un momento y luego repuso con ese medio tono que usan las personas que sueñan en alta voz:

—Es el mejor sistema para hacer rápidamente fortuna.

Y al ver que Duroy sonreía sin contestar, añadió:

—¿Te quedas aún? Yo voy á dormir; me aburro.

—Sí, esperaré un ratito; aun no es tarde.

Forestier se levantó.

—Bueno; estamos conformes: mañana á las siete y media, ya sabes, 17 calle Fontaine.

—Eso es; no lo olvidaré. Gracias.

Se estrecharon la mano y el periodista se alejó.

Apenas hubo desaparecido Duroy se sintió libre; tocó alegremente las dos monedas de oro que tenía en el bolsillo, y luego se levantó mezclándose á la multitud y escudriñando con la mirada.

Pronto vió á las dos mujeres, á la rubia y á la morena que andaban con su continente de mendigas altivas, entre la masa de hombres.

Se dirigió directamente hacia ellas; pero cuando estuvo cerca no se atrevió.

La morena le dijo:

—¿Has encontrado ya la lengua?

Duroy balbuceó:

—¡Pardiez!—sin ocurrírsele otra cosa.

Los tres permanecían en pie, detenidos en el centro del *promenoir*, deteniendo el movimiento de la muchedumbre, que formaba un remolino en torno de ellos.

De pronto ella preguntó:

—¿Vienes conmigo?

Y él, estremecido de deseo, replicó brutalmente:

—Sí; pero no tengo más que un luis.

Sonrió la mujer con indiferencia.

—No importa—contestó.

Y se colgó de su brazo en señal de posesión.

Al salir, pensaba Duroy que con los veinte francos que le quedaban podría procurarse fácilmente en una prendería un traje de etiqueta para el día siguiente.

II

—¿El señor Forestier?

—En el tercero, izquierda.

El portero había contestado con amabilidad que denunciaba la consideración que le merecía su inquilino. Jorge Duroy subió la escalera.

Sentíase molesto, intimidado. Llevaba frac por primera vez en su vida y no le satisfacía el conjunto de su atavío. Creíalo defectuoso por las botas mal lustradas aun cuando bastante finas, porque tenía la coquetería del pie, por la camisa de cuatro pesetas y media comprada aquella misma mañana en el Louvre, pues había advertido con terror que no tenía una camisa que no estuviera deshilachada. Y la pechera de la nueva, hartó endeble, se abollaba ya.

El pantalón demasiado ancho, dibujaba mal la

pierna, parecía arrollarse alrededor de la pantorrilla, tenía aquel aspecto ajado que toman todas las prendas de alquiler sobre los cuerpos que por azar tapan. El frac era lo único que le sentaba bien y se ajustaba á su cuerpo.

Subía lentamente la escalera, palpitante, ansioso, roído por el temor de aparecer ridículo; y de pronto notó en frente de él un caballero, vestido de rigurosa etiqueta, que le miraba. Estaban tan cerca uno de otro que Duroy se hizo atrás, y luego, quedó estupefacto. El que le miraba era él mismo, reflejado por un alto espejo que subía, en el rellano del primer piso, la pared de la izquierda. Sintió un impulso de júbilo, porque advirtió que estaba mejor de lo que creyera.

Como en su casa no tenía sino un espejito no pudo verse por completo y precisamente porque no pudo ver los detalles de su traje se exageraba sus imperfecciones y sentía un miedo horrible de ser ridículo.

Al verse bruscamente en el espejo no se reconoció de pronto y se tomó por un caballero elegante y muy bien puesto, de buenas á primeras.

Remirándose con cuidado, pudo comprobar que el conjunto era satisfactorio.

Entonces se estudió, como hacen los actores que estudian su papel. Se sonrió, se alargó la mano, hizo gestos y ademanes; expresó la admiración, el placer, la aprobación; buscó las gradaciones de la

sonrisa y de la mirada para mostrarse galante con las señoras, para hacerlas comprender que se las desea y que se las admira.

Abrióse una puerta en la escalera y tuvo miedo de haber sido sorprendido gesticulando de aquel modo. Se puso á subir á toda prisa. Podía haberle visto algún invitado de su amigo.

Al llegar al segundo piso topó con otro espejo y acortó el paso para verse mejor. Su aspecto le pareció verdaderamente elegante. Andaba con paso firme y una gran seguridad en sí mismo llenó su alma. No podía dejar de hacer fortuna teniendo tan buen aspecto y tantos deseos de lograrla, además de su resolución habitual y la independencia de su carácter. Sentía ganas de correr, de saltar, subiendo el último piso. Se detuvo ante el tercer espejo, se retorció el bigote con un movimiento que le era familiar, se quitó el sombrero para alisarse el pelo y murmuró á media voz, como hacía á menudo: «Es una invención excelente.» Después alargó la mano hacia el timbre y llamó.

La puerta se abrió casi al instante y Duroy quedó frente á frente de un criado con frac negro, grave, afeitado, de aspecto tan correcto que Duroy se turbó de nuevo sin comprender de dónde provenía su emoción: quizá de una inconsciente comparación entre las hechuras de uno y otro traje. Aquel lacayo, que llevaba las botas relucientes, preguntó á Duroy mientras tomaba el gabán que el joven lle-

vaba al brazo por temor á que se le vieran las manchas:

—¿A quién debo anunciar?

Y pronunció su nombre detrás de una cortina levantada, en un salón donde era preciso entrar.

Entonces Duroy, perdiendo de pronto su aplomo se estremeció de miedo. Iba á dar el primer paso en aquella existencia soñada. Adelantó sin embargo. Una joven rubia, de pie, esperaba sola en un gran salón profusamente iluminado y lleno de arbustos como una estufa.

Se detuvo en seco, desconcertado. ¿Quién era aquella señora que le sonreía? Luego se acordó que Forestier era casado, y al pensar que aquella linda rubia, elegante, era la esposa de su amigo, sintió mayor turbación.

Balbuceó:

—Señora... soy...

Ella le tendió la mano y replicó:

—Sí, ya sé; Carlos me contó su encuentro de anoche y celebro que haya tenido la idea de invitarle á usted á comer con nosotros.

Se ruborizó y no supo qué decir porque se sentía examinado, inspeccionado de pies á cabeza, juzgado, analizado.

Ganas le daban de inventar una mentira para excusar la negligencia de su traje; pero pensó, con buen acuerdo, que más valía callar.

Se sentó en un sillón que ella le indicaba y cuan-

do sintió ceder al peso de su cuerpo el terciopelo elástico y suave, cuando se sintió hundido, apoyado, estrechado por aquel mueble acariciador cuyo respaldo y brazos acolchados le sostenían delicadamente, parecióle que entraba en una vida nueva y encantadora, que tomaba posesión de algo delicioso, que se convertía en un hombre importante, que estaba salvado, y miró á la señora Forestier, cuyas miradas no se apartaban de él.

Llevaba un vestido de cachemira azul pálido que marcaba bien su talle fino y su pecho carnososo.

La carne de los brazos y garganta emergía de entre una espuma de encaje que guarnecía el escote y las mangas cortas; los cabellos levantados hacia lo alto de la cabeza formaban una ligera pelusa en la nuca.

Duroy se tranquilizaba bajo su mirada, que le recordaba, sin saber por qué, la de la hembra hallada el día anterior en Folies-Bergère. Tenía los ojos grises, de un gris azulado que le daba extraña expresión, la nariz delgada, los labios gruesos, la barba algo carnosa, y todo ello formaba en conjunto un rostro irregular y seductor, lleno de gracia y de malicia. Era uno de esos rostros de los que cada línea revela una gracia particular, parece tener una significación y cuyos movimientos todos expresan ó como que ocultan algo.

Después de un instante de silencio le preguntó:

—¿Hace mucho que está usted en París?

Tomando poco á poco posesión de sí mismo, Duroy contestó:

—Hace algunos meses, señora. Estoy empleado en ferrocarriles; pero Forestier me ha dicho que quizás por su mediación podré entrar en el periodismo.

Sonrió la joven de un modo más visible y benévolo y murmuró bajando la voz:

—Ya sé.

El timbre había sonado de nuevo. El criado anunció:

—La señora de Marelle.

Era una morena bajita, de esas á las que se llama morenitas.

Entró con paso vivo; parecía dibujada en un vestido de color oscuro, muy sencillo.

Una rosa encarnada prendida entre el pelo parecía acentuar su fisonomía, su carácter especial y darle la nota brusca y viva que le convenía.

La seguía una niña vestida de corto. La señora Forestier corrió á su encuentro.

—Buenos días, Clotilde.

—Buenos días, Magdalena.

Se besaron. Luego la niña tendió su frente con la seriedad de una persona mayor, diciendo:

—Buenos días, prima.

La señora Forestier la besó y luego hizo las presentaciones.

—Don Jorge Duroy, un camarada de mi esposo.

—La señora de Marelle, mi amiga y pariente.

Y añadió:

—Aquí estamos en confianza; nada de cumplidos. ¿Verdad que es mejor?

El joven se inclinó.

Pero la puerta se abrió de nuevo y entró un hombrecillo rechoncho dando el brazo á una señora alta y guapa, mucho más joven que él, de aspecto señorial y reposado. Eran el señor Walter, diputado, bolsista, hombre rico y de negocios, judío y meridional, director de la *Vie Française*, y su mujer, hija del banquero Basile-Ravalan.

Después entraron Jaime Rival, muy elegante y Norbert de Varenne, á quien le relucía el cuello del frac á causa de la cabellera que le llegaba hasta los hombros, sembrando el frac de granitos de caspa.

Su corbata, atada con desaliño, no parecía muy flamante. Se adelantó como hombre que ha sido guapo, y tomando la mano de la señora Forestier, le besó la muñeca. El movimiento que hizo inclinandose echó hacia adelante sus cabellos, que se esparcieron por el brazo desnudo de la joven.

Forestier entró á su vez, disculpándose por su tardanza; pero tuvo que estar en el periódico á causa del asunto Morel, el diputado radical que acababa de dirigir una pregunta al ministerio sobre una petición de crédito relativa á la colonización de Argelia.

El criado gritó:

—¡La señora está servida!

Se pasó al comedor.

Duroy estaba sentado entre la señora de Marelle y su hija. Sentíase algo cortado, temiendo cometer alguna torpeza en el manejo convencional del tenedor, de la cuchara ó de los vasos. De éstos había cuatro; uno de ellos de cristal azulado. ¿Qué diantres beberían en él?

Mientras se comió la sopa callaron todos; después Norbert de Varenne preguntó:

—¿Han leído ustedes el proceso Gauthier? ¡Vaya una cosa curiosa!

Y se discutió acerca de aquel caso de adulterio y chantage. No hablaban de ello como se habla en el seno de las familias de los acontecimientos leídos en las hojas diarias; sino como discuten de enfermedades los médicos, de legumbres los agricultores. A nadie indignaban ni admiraban los hechos; se buscaba las causas profundas y secretas con una curiosidad profesional, con indiferencia absoluta acerca del crimen. Se procuraba explicar claramente el origen de las acciones, determinar los fenómenos cerebrales que engendraron el drama, resultado científico de un especial estado de espíritu. Las mujeres se apasionaban en ello. Se examinaron también otros acontecimientos recientes, se comentaron, se escudriñaron, se apreciaron en su justo valor, con ese golpe de vista práctico y esa manera

especial de ver de los vendedores de noticias, de esos expendedores de comedia humana á tanto la ínea, como se examinan, juzgan y pesan en casa de un tendero las mercancías que se van á vender al público.

Luego se habló de un duelo y Jaime Rival tomó la palabra por derecho propio; aquel capítulo le pertenecía.

Duroy no se atrevió á pronunciar una palabra. A veces miraba á su vecina cuya garganta mórbida le encantaba. Un diamante sostenido por un hilo de oro pendía de su oreja, como una gota de agua que se hubiera deslizado por su carne. De cuando en cuando hacía aquella señora una observación, que siempre provocaba una sonrisa. Tenía una inteligencia viva, despierta, algo así como la viveza de una niña avisada que ve las cosas con indiferencia y las juzga con un excepticismo superficial y benévolo.

Duroy buscaba en vano algún cumplido qué dirigirle y no hallando ninguno se cuidaba de su hija, le servía de beber, le aguantaba los platos, la servía. La niña, más severa que su madre, daba gracias con voz grave, saludaba con la cabeza:

—Es usted muy amable, caballero.

Y escuchaba á los demás como si comprendiera cuanto decían.

La comida era muy buena y todos la alababan. El señor Walter comía como un ogro sin perder

bocado, casi sin hablar y miraba con miradas oblicuas, por debajo de los anteojos, los platos que presentaban. Norbert de Varenne le imitaba y á veces le caían gotas de salsa en la pechera.

Forestier, sonriente y serio, vigilaba y cambiaba con su mujer miradas de inteligencia á guisa de compadres que realizan juntos un trabajo difícil y que les sale á la medida de sus deseos.

Los rostros se ponían colorados; las voces subían de diapasón. De cuando en cuando los criados murmuraban á los oídos de los invitados: «¿Cortón—Chateau—Laroze?»

A Duroy le había gustado el Cortón y bebía bastante. Una alegría deliciosa se apoderaba de él, una alegría cálida que subía del estómago á la cabeza, corría por todos sus miembros, le penetraba por entero. Sentíase invadido por un bienestar completo, un bienestar de vida y de pensamiento, de cuerpo y alma.

Sentía ganas de hablar, de hacerse notar, de que le escucharan, de que le apreciaran como á aquellos hombres de quienes se saboreaban las más insignificantes palabras.

Pero la conversación seguía su curso enlazando unas ideas á otras, saltando de uno á otro asunto, y después de examinar todas las cuestiones del día y de haber tocado ligeramente mil hechos y cuestiones, volvió al punto de partida, á la interpela-

ción del diputado Morel sobre la colonización de Argelia.

El señor Walter hizo algunas bromas entre plato y plato, porque tenía un gran fondo de excepticismo y le gustaban las conversaciones escabrosas. Forestier explicó su artículo del día siguiente. Jaime Rival reclamó un gobierno militar y concesiones de terreno para los oficiales después de treinta años de servicio colonial.

—De esta manera se crearía una sociedad enérgica, que sabría conocer y amar el país, hablar su lengua y estar al corriente de todas esas graves cuestiones locales, contra las cuales se estrellan indefectiblemente los recién llegados.

Norbert de Varenne le interrumpió:

—Sí, sabrán de todo, menos de agricultura. Hablarán el árabe; pero ignorarán cómo hay que cultivar la remolacha y cómo se siembra el trigo. Sabrán mucha esgrima y nada de lo referente á abonos. Creo, por lo contrario, que debería facilitarse á todas las clases sociales la estancia en esa tierra. Los inteligentes prosperarán y sucumbirán los torpes. Así lo quiere la ley social.

Siguieron unos instantes de silencio. Los comensales sonreían.

Jorge Duroy tomó la palabra quedando como admirado al oír el metal de su propia voz. Parecía que jamás le oyera.

—Creo que en Argelia faltan lotes de buen terre-

no. Las fincas verdaderamente buenas cuestan tanto dinero como en Francia y muchas de ellas son propiedad de parisienses muy ricos. Los verdaderos colonos, los pobres, los que emigran en busca de pan, han de refugiarse en el desierto, donde, por falta de agua, no hay cultivo posible.

Todos le miraban. Sintió que se ruborizaba. El señor Walter preguntó:

— ¿Conoce usted Argelia, caballero?

— Sí, señor; he vivido veintiocho meses allí y he estado en las tres provincias.

Bruscamente, olvidando la interpelación Morel, Norbert de Varenne le interrogó acerca de una costumbre del país, que le había explicado un oficial. Se trataba del Mzab, esa republiquilla que existe en pleno Sahara, en el punto más inhospitalario de aquella región desolada.

Duroy había estado dos veces en el Mzab y contó las costumbres de aquel extraño país, donde el agua vale su peso en oro, donde todos los habitantes han de realizar por sí mismos todos los servicios públicos y donde la probidad comercial es mucho mayor que en las naciones civilizadas.

Habló con soltura, excitado por el vino y por el deseo de agradar; contó anécdotas del regimiento, detalles de la existencia árabe, aventuras de guerra. Encontró adjetivos propios para pintar aquellas regiones amarillentas y calcinadas, asoladas por la llama implacable del sol.

Todas las mujeres tenían fijos los ojos en él. La señora Walter murmuró con su acento perezoso:

—Creo que con sus recuerdos podría hacer usted una linda serie de artículos.

Entonces Walter miró al joven por encima de sus anteojos, como tenía por costumbre cuando quería ver bien una cara, y al revés de como miraba los platos, siempre por debajo de los cristales.

Forestier aprovechó la coyuntura:

—Querido director, hace poco le hablé del señor Duroy, rogándole que me permitiera emplearle en el servicio de informaciones políticas. Desde que se marchó Marambot, no dispongo de nadie que vaya en busca de informes urgentes y confidenciales, y esto redundará en daño del diario.

El señor Walter se puso serio y levantó del todo los anteojos para ver á Duroy cara á cara. Después dijo:

—Sí, me parece que el señor Duroy tiene originalidad. Si mañana á las tres quiere venir á hablar conmigo, arreglaremos eso.

Y añadió al cabo de un instante, volviéndose hacia el joven:

—Por lo pronto, háganos una serie de artículos amenos acerca de Argelia. Cuente usted sus recuerdos y procure intercalar las cuestiones de colonización. Será de actualidad, de gran actualidad, y estoy seguro que ha de gustar mucho á los lectores. ¡Dése prisa! Necesito el primer artículo ma-

ñana ó pasado á más tardar, mientras se discute este asunto en la Cámara, para atraerme público.

La señora Walter, con aquella cortesanía grave que tanto encanto daba á sus menores palabras, añadió:

—Y puede usted darles un título encantador: *Recuerdos de un cazador de Africa*. ¿No le parece, señor Norbert?

El viejo poeta, que sólo á fuerza de años adquirió reputación, detestaba á la gente nueva; así es que contestó con sequedad:

—Sí, muy bueno, con tal que los artículos no bajen de diapasón, que es lo más difícil de conservar á lo que parece.

La señora Forestier miraba á Duroy de un modo que parecía querer decir: «Tú llegarás». La señora de Marelle se había vuelto muchas veces hacia él, haciendo oscilar el diamante que llevaba colgado de la oreja.

La niña permanecía seria é inmóvil, con la vista fija en el plato.

El criado daba la vuelta á la mesa llenando las copas de vino de Jahannisberg, y Forestier, saludando al señor Walter, pronunció este brindis: «A la prosperidad de la *Vie Française*.»

Todos se inclinaron hacia el director, que sonreía, y Duroy, embriagado por su triunfo, bebió el vino de un sorbo. Parecíale que con igual facilidad hubiera vaciado una barrica y comido un buey y

ahogado un león. Sentía un vigor sobrehumano en sus miembros y una esperanza y una audacia infinitas en su espíritu. Sentíase en su sitio al verse rodeado de aquellas gentes; acababa de conquistar el puesto que le convenía. Su mirada se fijaba en los rostros con más seguridad y por primera vez se atrevió á dirigir la palabra á su vecina:

—Lleva usted, señora, los más lindos aretes que he visto.

Ella le contestó sonriendo:

—Se me ocurrió que un diamante pendiente de un hilo produciría buen efecto. Parece una gota de rocío ¿verdad?

Duroy, asustado de su audacia y temiendo decir una tontería, murmuró:

—Es muy bonito... pero lo sonrosado de la oreja avalora el diamante.

La joven le dió las gracias con una de esas claras miradas de mujer que penetran hasta el corazón.

Duroy, al volver la cabeza, halló fija en él la mirada de la señora Forestier, benévola y como cargada de una punta de malicia, más animadora que nunca.

Todos los hombres hablaban á un tiempo, manoteando y chillando á lo mejor. Se discutía el gran proyecto de ferrocarril metropolitano. Duró largo rato la discusión y salieron á colación los inconvenientes del tranvía, la lentitud de los ómnibus, la grosería de los cocheros de simones.

Después salieron del comedor para ir á tomar el café. Duroy, por broma, ofreció el brazo á la niña. Esta le dió las gracias seriamente y anduvo de puntillas para poder poner la mano en el brazo de su vecino.

Al entrar en el salón se le antojó de nuevo que entraba en una estufa. Altas palmeras abrían sus anchas hojas en los cuatro ángulos de la habitación, subían hasta el techo y se extendían en graciosas curvas.

A ambos lados de la chimenea había dos árboles de goma que ostentaban sus hojas superpuestas, de un color verde obscuro, y sobre el piano había dos arbustos desconocidos, redondos, cubiertos de flores, uno de color de rosa, blanco el otro, que parecían plantas artificiales, harto bellas para ser naturales.

El aire era fresco y estaba impregnado de un olor vago, suave, indefinible, pero agradable hasta más no poder.

El joven, ya más dueño de sí mismo, se fijó en la habitación. No era grande; fuera de los arbustos, nada llamaba la atención; no había ningún color vivo que chocara á la mirada; todo parecía estudiado y preparado para producir una sensación de comodidad y bienestar; aquella decoración harmónica parecía envolver el cuerpo en suave caricia.

Las paredes estaban tendidas de una tapicería

antigua color violeta claro con florecillas de seda amarilla, pequeñas como moscas.

Los cortinajes de puertas y ventanas de paño plumizo con claveles rojos bordados, ocultaban las aberturas, y todas las sillas, sillones, taburetes, mecedoras, de todas las formas y tamaños, estaban tapizados de seda Luis XVI ó de hermoso terciopelo de Utrecht, color crema con arabescos granates.

—¿Quiere usted café, señor Duroy?

Y la señora Forestier le alargaba la taza llena, con aquella sonrisa amistosa que no abandonaba nunca sus labios.

—Sí, señora; mil gracias.

Tomó la taza, y al inclinarse para tomar un terrón de azúcar con las tenacillas de plata del azucarero que llevaba la hija de la señora Marelle, la joven le dijo á media voz:

—Vaya usted á cumplimentar á la señora Walter.

Y se alejó antes que hubiese podido contestarle.

Bebió primeramente su café, que temía verter en la alfombra, y luego pensó en el mejor medio para acercarse á la esposa de su nuevo director y trabar conversación con ella.

De pronto advirtió que tenía en la mano una taza vacía que no sabía dónde dejar. Corrió hacia ella.

—Permita usted, señora.

—Gracias, caballero.

Se llevó la taza y volvió en seguida.

—No puede imaginar usted, señora, cuán agradables ratos me ha proporcionado la *Vie Française* cuando estaba en Argelia. Es el único periódico que se puede leer lejos de Francia, porque es el más literario, el más ameno, el menos monótono de todos. Hay en él un poco de todo.

Sonrió su interlocutora con amable indiferencia y respondió:

—Crea usted que le costó mucho trabajo á mi marido crear ese nuevo tipo de periódico, que de veras parece responder á nuevas necesidades.

Trabaron conversación. Duroy tenía la palabra fácil, agradables la voz y la mirada y un encanto especial en su bigote rubio, tirando á rojo, rizado.

Hablaron de París, de sus cercanías, de las orillas del Sena, de las estaciones de baños, de las diversiones veraniegas, de mil y un asuntos de esos de los cuales se puede hablar largo rato sin cansar la atención.

Al ver que de Varenne se acercaba llevando una copita de licor, se alejó por discreción.

La señora de Marelle, que acababa de hablar con la señora de Forestier, le llamó.

— ¿De modo, caballero,— dijo — que quiere usted probar el periodismo?

Entonces habló él en términos vagos de sus proyectos y volvió á empezar la misma conversación que acababa de tener con la señora Walter; pero

como estaba más posesionado de sí mismo y del asunto, hablando con gran corrección y repitiendo como si fueran suyas frases que acababa de oír. Y miraba sin cesar los ojos de su vecina, como para dar mayor ruerza á lo que decía.

A su vez le contó ella muchas anécdotas con esa facilidad de las mujeres listas que quieren pasar plaza de graciosas, y, cada vez más familiar, le ponía la mano en el brazo, bajaba la voz sin necesidad y así parecía más íntimo el coloquio. Duroy se entusiasmaba interiormente al sentirse tan cerca de aquella joven que le prestaba atención. Hubiera querido que se le presentara ocasión de servirla, de defenderla, de mostrar todo lo que él valía, y lo que tardaba en contestarle evidenciaba el trabajo de su mente.

De repente, sin razón, la señora de Marelle llamó:
—¡Laurita!

Acudió la niña.

—Siéntate aquí, hija mía; hace frío junto á la ventana.

Duroy sintió un anhelo loco de besar á la niña, como si algo de su beso debiera interesar á su madre.

Con tono galante y paternal preguntó:

—¿Me permite usted que la dé un beso, señorita?

La niña le miró con sorpresa. La señora de Marelle dijo riendo:

—Contesta.

—Sí, señor; se lo permito hoy; pero no crea usted que lo permitiré otras veces.

Duroy se sentó, y, tomando en brazos á la niña, la colocó sobre sus rodillas y la besó sus cabellos rubios y finos.

Su madre se sorprendió.

—Qué raro es que no se haya escapado; generalmente sólo permite que la besen las señoras. Es usted irresistible, señor Duroy.

El se ruborizó sin contestar, y con suave movimiento mecía á la niña.

La señora Forestier se acercó lanzando una exclamación de sorpresa.

—¡Tomal Ya está domada Laurita; ¡qué milagro!

Al ver que se acercaba Jaime Rival fumando un puro, Duroy se levantó para marchar, no queriendo echar á perder con una palabra indiscreta el trabajo ya realizado, su obra de conquista empezada.

Saludó, apretó suavemente las manecitas de las señoras y sacudió con fuerza las de los hombres. Notó que la de Jaime Rival estaba seca y caliente y contestaba con franqueza á su presión; que la de Varenne era húmeda y fría y se le escurría entre los dedos. La del director fría y blanda, sin expresión; la de Forestier gruesa y tibia. Su amigo le dijo á media voz:

—Mañana á las tres, no lo olvides.

—Pierde cuidado.

Cuando volvió á hallarse en la escalera sintió ganas de bajar corriendo á fuerza de sentirse alegre y animado. Bajó los escalones de dos en dos, y de pronto advirtió en el espejo del segundo piso un caballero que iba casi corriendo á su encuentro, y se detuvo en seco, avergonzado como si le hubieran pillado en falta.

Luego se miró largo rato, admirado de ser tan guapo mozo; luego se sonrió con complacencia, y después, despidiéndose de su imagen, se saludó inclinándose profundamente, con ceremonioso ademán, como se saluda á las personas de mucho fuste.

III

Cuando Jorge Duroy se halló de nuevo en la calle anduvo perplejo acerca de lo que haría.

Dábanle ganas de andar, de soñar, de pasear pensando en lo porvenir y respirando la brisa templada de la noche; pero al recordar la serie de artículos que le había pedido el señor Walter, cambió de parecer y decidió ponerse á trabajar inmediatamente.

Apretó el paso, llegó al boulevard exterior y siguiólo hasta la calle Boursault donde vivía. Su casa, de seis pisos, estaba habitada por más de veinte familias obreras ó menestralas, y al subir la escalera nada limpia, en cuyos escalones campeaban colillas, papeles, mondaduras de patatas y otras lindzas, sintió una sensación de asco y un vehemente deseo de salir de allí, de estar alojado como la gente

rica en pisos lujosos y alfombrados. Un olor pesado de comida, de excusados, de humanidad, un olor de moho y podredumbre que ninguna corriente de aire era capaz de arrojar, llenaba la casa de alto abajo.

La habitación del joven, en el quinto piso, daba como en un abismo profundo, á la inmensa zanja del ferrocarril del Oeste, cerca de la salida del túnel, cerca de la estación de Batignolles. Duroy abrió la ventana y se apoyó en la barandilla de hierro cubierta de herrumbre.

Debajo de él, en el fondo del sombrío agujero, veíanse tres luces rojas que parecían unos grandes ojos de bestia fantástica; más lejos lucían otros, y otros más lejos aun. A cada momento se oían silbidos prolongados ó cortos que turbaban el silencio, unos cercanos, otros apenas perceptibles, que resonaban hacia el lado de Asnières. Tenía modulaciones como las voces humanas. Uno de ellos se acercaba cada vez más lanzando su queja triste siempre más aguda, y bien pronto apareció una luz amarilla que corría con gran estruendo. Duroy miró la larga cola de vagones que uno tras otro desaparecían, tragados por el túnel.

Luego pensó: «¡Ea, á trabajar!» Llevó la luz en la mesa; pero en el instante de ponerse á escribir, notó que sólo tenía un cuadernillo de papel de cartas.

Tanto peor; lo utilizaría desplegando las hojas

cuan grandes eran. Mojó la pluma, y con la mejor letra que supo, puso este título:

Recuerdos de un cazador de África.

Luego buscó el principio de la primera frase.

Permanecía con la frente apoyada en la mano y los ojos fijos en el papel blanco.

¿Qué iba á decir? No se acordaba de nada de lo que contara poco rato hacía; ni de un hecho, ni de una anécdota. De pronto pensó: «Es preciso que empiece por mi partida.» Y escribió: «Era en 1874, á mediados de mayo, cuando Francia, extenuada, descansaba después de las catástrofes del año terrible...»

Se detuvo bruscamente, no sabiendo cómo enlazar tal principio con su marcha, su embarque, su viaje, sus primeras emociones.

Después de reflexionar diez minutos, se decidió á dejar para el día siguiente la página preparatoria del principio y á hacer en seguida una descripción de Argel.

Puso en la cuartilla: «Argel es una ciudad blanquísima...» y no consiguió decir más. Veía en el campo de sus recuerdos la linda ciudad clara, despeñándose, como una cascada de casas chatas, de lo alto de la montaña al mar; pero no se le ocurría una palabra para expresar lo que había visto y sentido.

Después de un gran esfuerzo, añadió: «Está habitada, en parte, por árabes...» Luego tiró la pluma y se levantó.

Sobre su estrecha cama de hierro, que guardaba aún la huella de su cuerpo, vió su traje habitual, tirado allí de cualquier modo, ajado, sucio, parecido á los harapos de la Morgue. En una silla estaba su sombrero de copa, su único sombrero, que parecía abrir una gran boca para recibir limosna.

Las paredes, empapeladas de color gris con flores azules, ostentaban tantas manchas como flores, manchas antiguas, sospechosas, de las que no había quien pudiera decir el origen. Insectos aplastados ó gotas de aceite, huellas de dedos grasientos ó espuma de jabón; todo podía ser. Aquello denunciaba la miseria, la miseria vergonzosa de los cuartos amueblados de París. Y sintió una exasperación tremenda contra su pobreza. Se dijo que era necesario acabar de una vez con aquella existencia miserable y que no había que perder tiempo.

Pero de pronto, acometido otra vez de gran deseo de trabajar, empezó á buscar frases para pintar el aspecto extraño y encantador de Argel, esa antecámara del Africa profunda y misteriosa, el Africa de los árabes vagabundos y de los negros desconocidos, el Africa inexplorada y tentadora de la cual se nos muestra á veces en los jardines públicos los animales que parecen creados para cuentos de hadas, los avestruces, esas gallinas extravagantes,

las gacelas, esas cabras divinas, las girafas sorprendentes y grotescas, los graves camellos, los hipopótamos monstruosos, los rinocerontes informes y los gorilas, esos aterradores hermanos del hombre.

Ocurriánsele algunos pensamientos; le hubiera sido fácil decirlos; pero no acertaba á formularlos por escrito. Su impotencia le dió calentura y se levantó sudoroso y angustiado.

Cayendo por casualidad su mirada en la nota de la planchadora, que había subido la portera, se sintió invadido de pronto de una desesperación sin límites. Toda su alegría y confianza desaparecieron en un instante y perdió toda fe en lo porvenir. Se acabó; se acabó decididamente; nada haría, nada sería; sentíase huero, incapaz, inútil, condenado.

Volvió á ponerse de codos á la ventana en el momento preciso en que salía un tren del túnel con gran violencia y estrépito. Ibase á lo lejos, á través de campos y llanuras, hacia el mar. El recuerdo de sus padres asaltó el corazón de Duroy.

Aquel convoy pasaría cerca de ellos, á pocas leguas de su casa. Y evocó la imagen de aquella casita, edificada sobre una colina, dominando Ruán y el valle inmenso del Sena, á la entrada de la aldea de Canteleu.

Sus padres tenían un tabernucho donde acudían á merendar los días festivos los menestrales de los arrabales. Llamábase *Bella-Vista*. Quisieron hacer un caballero de su hijo y le habían llevado á un

colegio. Al acabar sus estudios no pudo aprobar el bachillerato, y entonces marchó al ejército imaginando que llegaría á oficial, á coronel, á general. Pero aburrido del servicio antes de cumplir sus cinco años reglamentarios, pensó hacer fortuna en París.

Y á París, acudió, á pesar de las súplicas de sus padres que, al ver disipado su sueño, querían conservar á su hijo á su lado. Aun esperaba en lo porvenir, entreveía una fortuna, sin saber precisamente los medios de lograrla, merced á acontecimientos que él sabría encauzar y secundar.

En el regimiento había tenido fortuna con las mujeres; sedujo á la hija de un preceptor, que quería seguirle á toda costa; y la mujer de un procurador quiso suicidarse al verse abandonada.

Sus camaradas decían de él que era un chico despejado y que probablemente haría fortuna.

Su conciencia nativa de normando afinada por la práctica continua de la vida de guarnición, ensanchada por los ejemplos de merodeo que había observado en Africa, de beneficios ilícitos, de supercherías sospechosas, estimulada por las ideas de honor que son de uso corriente en filas, por las bravatas militares, los sentimientos patrióticos, las historias magnánimas contadas entre sargentos y por el orgullo del oficio, se había convertido en una especie de caja de triple fondo, donde había de todo.

Pero el anhelo de hacer fortuna la dominaba.

Sin notarlo se había entregado, como cada noche, á sus ensueños. Imaginaba una magnífica aventura amorosa que realizaba de golpe y porrazo todas sus esperanzas. Se casaba con la hija de un banquero ó de un gran señor, que se enamoraba de él á primera vista.

El silbido estridente de una locomotora que salió sola del túnel como un conejo gigantesco y corriendo á todo vapor iba hacia el depósito de máquinas para descansar, le despertó de su ensueño.

Nuevamente esperanzado por la ilusión que sin cesar tenía, lanzó un beso á las tinieblas, un beso de amor hacia la imagen de la mujer esperada, un beso de deseo hacia la fortuna que anhelaba. Luego cerró la ventana y empezó á desnudarse diciendo:

—¡Bah! Mañana estaré más despejado. Hoy no sé lo que me pasa. Quizá he bebido demasiado y no se trabaja bien en tales condiciones.

Se acostó, apagó la luz y se durmió casi en seguida.

Se despertó temprano como ocurre cuando se espera una grata noticia ó se teme una desgracia, y saltando de la cama abrió la ventana para tomar una buena taza de aire fresco, como decía.

Las casas de la calle de Roma, al otro lado de la zanja del ferrocarril, iluminadas por el sol naciente parecían revocadas de blanco. A lo lejos, á la derecha, veíanse las colinas de Argenteuil, las alturas

de Sannois y los molinos de Orgemont, envueltos en una niebla azulada y ligera, parecida á un velo flotante y transparente echado sobre el horizonte.

Duroy permaneció unos instantes mirando la campiña lejana y murmuró: «Qué buen día se pasaría ahí con este tiempo.» Luego pensó que era preciso trabajar y enviar, mediante cincuenta céntimos, recado á la oficina avisando que estaba enfermo.

Se sentó junto á la mesa, mojó la pluma, apoyó la frente en la palma de la mano y esperó ideas. En vano. Nada se le ocurría.

No se descorazonó, sin embargo. Pensó que aquello le ocurría por falta de costumbre: «Es un oficio que hay que aprender como todos los otros. Es necesario que me ayuden las primeras veces. Voy en busca de Forestier que en diez minutos me soplará el artículo.»

Se vistió.

Cuando estuvo en la calle pensó que era harto temprano para presentarse en casa de su amigo, que debía levantarse tarde, y para hacer tiempo se paseó despacito bajo los árboles del bulevar exterior.

Como aun no habían dado las nueve se dirigió al parque Monceau refrescado por el reciente riego.

Se sentó en un banco y se entregó de nuevo á sus ensueños. Delante de él se paseaba un joven

muy elegante, que, por las trazas, esperaba á una mujer.

Apareció con la cara tapada por espeso velo, arrojando aprisa, tomó el brazo del que aguardaba, y después de un apretón de manos, se alejaron.

Duroy sintió una ansia desenfrenada de amores, de amores distinguidos, perfumados, delicados. Se levantó y prosiguió su camino pensando en Forestier. ¡Ese sí que tenía suerte!

Llegó á la puerta de su casa cuando su amigo salía.

—¿Tú aquí? ¿A estas horas? ¿Qué me quieres?

Duroy turbado de encontrarle cuando ya salía, balbuceó:

—Es que... es que... no puedo conseguir hacer el artículo, ese artículo acerca de Argelia que me ha pedido el señor Walter. No es raro, pues jamás he escrito. Para ello es necesaria la práctica, como para todo. Estoy seguro de que tardaré poco en aprender, pero no sé ahora como he de principiar. Tengo las ideas del artículo, pero no acierto á expresarlas.

Se detuvo, vacilando. Forestier sonreía maliciosamente:

—Ya sé lo que te pasa—dijo.

Duroy repuso:

—Sí, se me antoja que les debe ocurrir á todos los principiantes. Por lo mismo, venía á pedirte que me ayudaras á salir del atolladero. En unos minu-

tos me enseñarías lo qué hay que hacer y cómo se debe hilvanar. Dame una lección práctica, pues de lo contrario no sabré como componérmelas.

Forestier continuaba sonriendo; dió luego un golpecito en el brazo de su amigo y le dijo:

—Ve á encontrar á mi mujer; te arreglaré eso en un periquete, tan bien como yo. Está acostumbrada á ello. Si tuviera yo tiempo te complacería; pero ahora no puedo.

Duroy, intimidado de pronto, dudaba, no se atrevía:

—Pero esta no es hora de visitar á una señora...

—Sí, hombre, sí. Ya está levantada. La hallarás en mi despacho, arreglando unas notas mías.

Duroy no se atrevía á subir.

—No... no me atrevo...

Forestier le cogió por los hombros, le hizo dar media vuelta y le empujó hacia la escalera.

—Sube, tonto, sube ¿no te lo digo yo? Supongo que no querrás que vuelva á subir tres pisos para presentarte y explicar lo que te ocurre.

Entonces se decidió el joven:

—Gracias, allá voy. Le diré que tú me has obligado á molestarla.

—Bueno; no se te comerá. Sobre todo no olvides que á las tres has de ver al Director.

—Pierde cuidado.

Forestier se alejó con aire atareado y Duroy subió lentamente, escalón por escalón, pensando en

lo que debía decir é inquieto por el recibimiento que obtendría.

Salió á abrirle el criado. Llevaba un delantal azul y empuñaba una escoba.

—El señorito ha salido—dijo sin esperar que le preguntaran.

Duroy insistió:

—Diga usted á la señora que vengo de parte de su marido á quien acabo de ver, y que le ruego que me reciba.

Esperó. Al cabo de poco rato volvió el criado, abrió una puerta y dijo: «La señora le espera.»

La joven estaba sentada en un sillón de escritorio en una habitacioncita que tenía las paredes ocultas por estanterías de libros. Los colores de las encuadernaciones, todos diferentes, rojos, azules, amarillos, violetas, verdes, animaban aquellas filas monótonas de volúmenes.

Se volvió sonriendo, envuelta en un peinador blanco con blondas, y le alargó la mano enseñando su brazo desnudo apenas cubierto por la manga perdida.

—¿Ya?—preguntó. Y luego repuso:

—No es un reproche, sino una simple pregunta.

El joven balbuceó.

—Crea usted, señora, que no quería subir; pero Forestier, á quien hallé en el portal, me ha obligado á ello. Estoy tan turbado, que no sé decir el objeto de mi visita.

— Siéntese y hable — replicó la joven indicándole una silla.

Tenía entre los dedos una pluma de ave que manejaba hábilmente, y ante ella una cuartilla á medio escribir demostraba que la interrumpió la llegada de Duroy.

Parecía estar á sus anchas sentada en aquel sillón, ante la mesa cargada de papeluchos. Desprendíase un ligero perfume de su personita recién lavada, y Duroy creía ver y trataba de adivinar las líneas del cuerpo joven y blanco, tibio y mórbido, envuelto en los pliegues de la fina tela.

Viendo que Duroy no hablaba, repuso ella:

— ¿No quiere usted decirme de qué se trata?

Vacilando, murmuró:

— El caso es... en verdad, que me... No me atrevo... Ayer trabajé hasta muy tarde y hoy muy de mañana para hacer el artículo que me pidió el señor Walter... y nada bueno he hecho... he roto cuanto escribí... No tengo la costumbre de tales trabajos y por eso venía á pedir á Forestier que me ayudara, por una vez...

Riendo alegremente, dichosa, contenta y halagada, la joven le interrumpió:

— ¿Y Forestier le ha dicho que viniera á encontrarme?... Me alegro...

— Sí, señora; me dijo que usted me sacaría de apuros mucho mejor que él... Pero yo no me atrevía, no quería...

Ella se levantó.

—Me place una colaboración así. Me gusta su idea. Siéntese usted aquí, porque en el periódico conocen mi letra. En un momento vamos á hacer un artículo, uno de esos que se leen.

Duroy se sentó, tomó una pluma, puso ante él unas cuartillas y esperó.

La señora Forestier, de pie, miraba sus preparativos; luego tomó un cigarrillo y lo encendió.

—No puedo trabajar sin fumar—dijo.—Veamos; ¿qué quiere usted decir?

Duroy levantó la cabeza y la miró con admiración.

—No sé; precisamente por eso he venido á verla.

—Bueno; lo arreglaremos. Yo pondré la salsa; pero necesito antes las tajadas.

Duroy estaba turbado. Al fin dijo vacilando:

—Quisiera contar mi viaje desde el principio...

Entonces ella se sentó, en frente de él, al otro lado de la mesa ministro, y dijo mirándole:

— ¡Bueno! cuénteme usted lo que le ocurrió, sin olvidar nada, despacito, y yo sabré escoger lo que conviene.

Pero como no sabía cómo principiar, le interrogó como hubiera hecho un cura en el confesonario, haciéndole preguntas escuetas que le recordaban detalles olvidados, personas halladas, gentes y escenas entrevistas tan sólo.

Después de obligarle á hablar de aquel modo un cuarto de hora, le interrumpió de pronto:

—Ahora vamos á empezar. Primeramente supondremos que explica usted sus impresiones á un amigo, lo cual permite decir una porción de cosas que de otro modo no podrían decirse y aparecer natural y gracioso, si á tanto alcanzamos. Empezee usted.

«Quieres saber, amigo Enrique, la impresión que produce Argelia; lo sabrás. Como maldito el trabajo que tengo que hacer dentro de la casucha de barro que me han destinado, te enviaré una especie de diario de mi vida, detallando mis impresiones día por día, hora por hora. Algunas veces te parecerá quizás un tanto verde. No importa; supongo que no lo vas á enseñar á ninguna señora...»

Se interrumpió un instante para encender el cigarrillo que se le había apagado, y cesó como por ensalmo el garrapatear de la pluma sobre el papel.

—Continuemos:

«Argelia es una posesión francesa que sirve de límite á los grandes países desconocidos que se llaman el desierto, el Sahara, el Africa Central...

»Argel es la puerta, la puerta blanca y encantadora de este continente.

»Pero, ante todo, es preciso llegar ahí, lo cual no es muy del gusto de todos. Sabes que soy un buen jinete y lo corrobora el que adiestro los ca-

ballos del coronel. Pero se puede ser buen jinete y mal marino. Esto es lo que me ocurre.

»¿Recuerdas el médico Simbretas á quien llamábamos el doctor Ipeca? Cuando queríamos un día de hospital, mansión de los elegidos, íbamos á la visita.

»Estaba sentado en su silla con las gruesas piernas espatarradas, las manos sobre las rodillas y mirando con sus ojazos saltones mientras mordisqueaba sus mostachos blancos.

»Supongo que recuerdas su receta:

«Este soldado padece una gastralgia. Adminístresele mi vomitivo número 3 y que descanse doce horas y se repondrá.»

»El tal vomitivo era soberano é irresistible. No había más remedio que tragarlo; pero luego se disfrutaba de doce horas de reposo, bien ganadas por cierto.

»Pues bien, querido, para llegar al Africa, hay que padecer durante cuarenta horas los efectos de un vomitivo también irresistible, según la fórmula de la Compañía Trasatlántica.»

La joven se restregaba las manos satisfecha de su obra.

Se levantó y se puso á pasear después de encender otro cigarrillo, y dictaba espirando columnitas de humo que salían rectas del agujero redondo formado por los labios y subían después ensanchándose, formando una ligera bruma, una niebla

parecida á una telaraña. A veces, borraba de un manotazo esas nubecillas; á veces las cortaba bruscamente con el índice, y miraba con atención como se disipaban las tenues humaredas.

Duroy seguía con la mirada todos sus ademanes, todas sus actitudes, todos los movimientos de su cuerpo y de su rostro, que parecían absorbidos por aquel fuego que, sin embargo, no dominaba el pensamiento.

Ahora describía la joven las peripecias del camino, recordaba los retratos de los compañeros de viaje que acababa de inventar y esbozaba una aventura amorosa con la mujer de un capitán que iba á reunirse con su marido.

Luego, sentándose, interrogó á Duroy acerca de la topografía de Argelia, que desconocía por completo. En diez minutos estuvo al corriente y dictó entonces un capitulito de geografía política y colonial, para preparar á los lectores á comprender las cuestiones serias de qué se trataría en los siguientes artículos.

Luego fingió una excursión por la provincia de Orán, puramente imaginada, en la que salían á relucir mujeres de todas las razas, moras, judías, españolas.

—No hay nada que interese tanto como esto— dijo.

Terminó fingiendo una estancia en Saida, al pie de las altas mesetas y unos amoríos entre el sar-

giento Jorge Duroy y una obrera española empleada en unos talleres de Ain-el Hadjar. Describía las citas nocturnas en la montaña pedregosa y árida, mientras los chacales, hienas y perros árabes aullan, ladran y gimen entre los peñascos.

Y dijo con alegre acento:

—Mañana continuará.

Luego, levantándose:

—Así se hace un artículo, caballero. Sírvese firmar.

Duroy vacilaba.

—¡Firme usted, hombre!

Entonces él se echó á reír y firmó al pie del artículo:

«JORGE DUROY.»

Ella continuaba andando y fumando y él no acertaba á darle las gracias, contento al sentirse cerca de ella, satisfecho por la dicha sensual de aquella intimidad naciente. Se le antojaba que cuanto había en la habitación formaba parte de la joven, todo, hasta las paredes cubiertas de tomos. Las sillas, los muebles, el aire en el que flotaba el olor del tabaco, tenían algo de particular, bueno, suave, encantador, que provenía de ella.

Bruscamente preguntó la joven:

—¿Qué le parece á usted mi amiga, la señora de Marelle?

Duroy quedó sorprendido.

—Me parece... muy encantadora.

—¿Verdad que sí?

—¡Ya lo creo!

Tenía ganas de añadir:

—Pero no tanto como usted.

No se atrevió.

La joven añadió:

—¡Si supiera usted qué graciosa es, cuán original y lista! Es una bohemia; ni más ni menos. Por esto su marido no la aprecia... Sólo ve sus defectos y no sus cualidades.

Duroy quedó pasmado al saber que la señora de Marelle estaba casada. Nada tan natural, sin embargo.

—¡Toma! ¿Está casada? ¿Y qué hace su marido?

La señora Forestier enarcó las cejas y se encogió de hombros con un movimiento que quería significar muchas cosas.

—Es inspector de la línea del Norte. Cada mes pasa ocho días en París. Es lo que su mujer llama «el servicio obligatorio» ó la «prestación semanal,» ó la «semana santa.» Cuando la conozca usted mejor verá qué lista y amable es. Vaya usted á verla un día de esos.

Duroy no pensaba en marcharse. Le parecía estar en su casa.

Pero la puerta se abrió sin ruido y apareció un caballero que no había sido anunciado.

Se detuvo viendo á un hombre. La señora Fores-

tier pareció turbada durante un momento y se ruborizó ligeramente.

—Pase usted, querido. Le presento á usted un buen camarada de Carlos, el señor Jorge Duroy, futuro periodista.

Luego, con distinta entonación, anunció:

—El mejor y más íntimo de nuestros amigos, el conde de Vaudrec.

Ambos hombres se saludaron, examinándose mutuamente, y Duroy se retiró casi en seguida.

No le rogaron que se quedara. Balbuceó unos cumplidos, apretó la mano tendida de la joven, se inclinó ante el recién llegado, que tenía el rostro impenetrable y frío de un hombre de mundo, y salió turbado, como si acabara de cometer una tontería.

Al hallarse en la calle se sintió apesadumbrado, inquieto, como bajo el imperio de una pena vaga. Preguntábase el por qué de tal melancolía súbita, y no sabía contestarse; pero de continuo se le aparecía el rostro severo del conde de Vaudrec, algo viejo ya, con el pelo canoso y con el aspecto insolente y seguro de sí mismo que tienen las gentes ricas.

Y advirtió que la llegada de ese desconocido, interrumpiendo un coloquio encantador al que ya se acostumbraba su corazón, le había producido esa sensación de frío, de descorazonamiento, que una miseria entrevista, una palabra oída nos hacen sentir á veces.

Se le antojó que aquel hombre había sentido hallarle en casa Forestier.

Aun no era mediodía, y no tenía nada que hacer hasta las tres. Quedábanle seis francos y medio en el bolsillo y fué á almorzar á un Duval. Después paseó por el bulevar, y cuando daban las tres subió la escalera-anuncio de la *Vie Française*.

Los mozos, sentados en un banco, esperaban con los brazos cruzados, y detrás de un pequeño escritorio un empleado clasificaba la correspondencia que acababa de llegar.

Duroy preguntó:

—¿El señor Walter?

El empleado contestó:

—El señor director está ocupado en este instante. Si quiere, puede usted pasar y descansar.

Y con un ademán indicaba una antesala donde había ya mucha gente.

Veíanse allí hombres serios, condecorados, de aspecto grave, y otros sin ropa blanca visible, cuyas levitas, abrochadas hasta el cuello, llevaban debajo de las solapas una colección maravillosa de manchas de toda especie. Había también tres mujeres. Una de ellas era linda y aparecía sonriente y bien ataviada, con todo el aspecto de una mujer ligera de cascos. Su vecina tenía un aspecto trágico, arrugada la cara, lentos los ademanes. Vestía con cuidado, pero algo en toda su persona daba como una nota falsa, producía esa impresión de las viejas

actrices, que tienen algo así como una juventud artificial, un perfume de amor rancio.

La tercera mujer, vestida de luto, permanecía en un rincón con todo el aspecto de una viuda afligida. Duroy pensó que iba á pedir limosna.

Nadie entraba en el despacho á pesar de que habían transcurrido veinte minutos.

Entonces Duroy tuvo una idea. Volvió hacia donde escribía el empleado y dijo á éste:

—El señor Walter me ha dado cita á las tres. En todo caso, vea usted si está en la redacción mi amigo Forestier.

Hiciéronle pasar por un largo corredor que daba á una gran sala donde había tres ó cuatro caballeros escribiendo sobre una ancha mesa con tapete verde.

Forestier, de pie junto á la chimenea, fumaba un cigarrillo jugando al boliche. Era muy diestro en aquel juego y no había vez que acertara con la enorme bola de boj amarillo, la punta de madera. Contaba: «Veintidós.—Veintitrés.—Veinticuatro.—Veinticinco.»

Duroy pronunció: «Veintiséis.» Su amigo volvió entonces la cabeza, pero sin interrumpir el movimiento acompasado del brazo.

—¡Toma! ¿Ya estás aquí? Ayer acerté cincuenta y siete veces á la carrera. Únicamente me gana Saint-Potin. ¿Has visto al director? A quien te gus-

taría ver jugar es á Norbert. Abre la boca como si quisiera tragarse la bola.

Uno de los redactores se dirigió á Forestier.

—Oye. Ahora venden uno magnífico de madera de Indias. Dicen que perteneció á la reina de España. Piden sesenta francos. No me parece caro.

Forestier preguntó:

—¿Dónde lo venden?

Y como le falló el tanto treinta y siete, abrió un armario dentro del cual pudo ver Duroy unos veinte boliches magníficos, alineados y numerados como las piezas de un museo.

Después de dejar el cachivache en el sitio que le correspondía, replicó:

—¿Dónde se puede ver esa joya?

El periodista replicó:

—La tiene un revendedor de billetes del Vaudeville. Mañana te la traigo si quieres.

—Sí, convenidos. Si es verdaderamente bonito me lo quedo; nunca tiene uno bastantes.

Luego volviéndose hacia Duroy, repuso:

—Ven; voy á llevarte al cuarto del director, de lo contrario no entrarías hasta la noche.

Volvieron á cruzar la sala de espera, donde había las mismas personas que antes. Cuando apareció Forestier, la joven descocada y la vieja actriz se levantaron y fueron á su encuentro.

Las llevó una tras otra junto á la ventana y aun

cuando hablaban en voz baja, Duroy notó que su amigo tuteaba á las dos.

Luego, después de empujar dos mamparas, penetraron en el despacho del director.

La conferencia, que duraba más de una hora, consistía en una partida de *ecarté* con aquellos caballeros que llevaban sombreros de alas planas, en quienes se fijara Duroy la víspera.

El señor Walter tenía la banca y jugaba con atención concentrada y movimientos cautelosos, mientras que su adversario tiraba, levantaba y manejaba los ligeros naipes con la seguridad, destreza y gracia de un jugador consumado. Norbert de Varenne escribía un artículo en la mesa del director, y Jaime Rival, tendido en un diván, fumaba un cigarro con los ojos cerrados.

Se respiraba allí ese olor especial de los sitios cerrados, de las salas donde se fuma continuamente, ese olor de las redacciones que tan bien conocen los periodistas veijos.

En la mesa, de madera negra con incrustaciones de cobre, había un verdadero montón de papeles, cartas, tarjetas, periódicos, revistas, facturas, impresos de toda especie.

Forestier estrechó las manos de los que apuntaban detrás de los jugadores y miró la partida sin despegar los labios; después, cuando hubo ganado el señor Walter, dijo:

—Aquí está mi amigo Duroy.

El director miró bruscamente al joven por debajo de los cristales de los espejuelos y luego preguntó:

—¿Me trae usted el artículo? Hoy iré al pelo, haciendo juego con la discusión Morel.

Duroy sacó del bolsillo las cuartillas dobladas y dijo:

—Ahí tiene usted, caballero.

El director pareció satisfecho y replicó sonriendo;

—Muy bien, muy bien; veo que es usted hombre de palabra. Dele usted una ojeada á las cuartillas, Forestier.

Este se apresuró á contestar:

—No es necesario, señor Walter; he hecho la crónica con él para enseñarle el oficio. Ha resultado buena.

El director, que en aquel instante cogía los naipes que le daba un caballero alto y flaco, diputado del centro izquierdo, dijo con indiferencia:

—Bien está, pues.

Forestier no le dejó empezar la nueva partida é inclinándose hacia él le dijo al oído:

—Me ha prometido usted tomar á Duroy para substituir á Marambot. ¿Quiere que le tome en iguales condiciones?

—Sí, eso es.

Forestier, tomando el brazo de su amigo, lo sacó de allí, mientras el señor Walter volvía á jugar.

Norbert de Varenne no había levantado la cabe-

za: pareció que no viera ó no reconociera á Duroy. Jaime Rival, en cambio, le estrechó la mano con esa energía de buen camarada que indica que se puede contar con uno.

Volvieron á cruzar la antesala. Forestier, al ver que todos le miraban, se dirigió á la joven descontentada y dijo en voz bastante alta para que le oyeran todos:

—El director la recibirá dentro de un rato. Ahora conferencia con dos individuos de la comisión de Hacienda.

Luego pasó rápidamente y con aspecto importante como si fuera á redactar un telegrama del mayor interés.

Tan pronto como volvieron á la sala de redacción, Forestier volvió á coger el boliche y poniéndose á jugar de nuevo, dijo á Duroy, interrumpiéndose para contar sus tantos:

—Bueno. Vendrás aquí cada día á las tres y te diré las visitas y comisiones que hay que hacer, bien por la tarde, bien por la noche.—Uno.—Te voy á dar una tarjeta de introducción para el jefe de la primera sección de la prefectura de policía—dos—que te presentará á uno de sus empleados. Te pondrás de acuerdo con éste para todas las noticias importantes—tres—del servicio de la prefectura y noticias oficiales ó casi oficiales. Para que te ponga al corriente de los detalles entiéndete con Saint-Potin, que está al corriente—cuatro—y á quien ve-

rás hoy ó mañana. Tendrás que acostumbrarte sobre todo á hacer despotricar á las gentes—cinco—y á entrar en todas partes por cerradas que estén.—seis—Cobrarás doscientos francos por mes como sueldo fijo; diez céntimos la línea por los sueltos que redactes—siete—y diez céntimos también por línea de los artículos que te encarguen—ocho.

Luego se fijó sólo en su juego y contó lentamente: nueve—diez—once—doce—trece. Equivocó el décimo cuarto, y dijo:

—¡Maldito sea el trece! ¡Trae la mala sombra!
¡De fijo que me muero en trece!

Uno de los redactores, que acabó el trabajo, fue-se al armario y tomó un boliche. Era un hombrecillo que parecía un niño, aun cuando ya tuviera treinta y cinco años. Poco después entraron otros periodistas y cada uno fué á coger el juguete de su propiedad. Pronto fueron seis que, alineados junto á la pared, lanzaban con movimiento regular al aire las bolas, rojas, amarillas ó negras, según la clase de la madera. Al ver que se había establecido una competencia, los dos periodistas que trabajaban se levantaron para apreciar los tantos.

Forestier ganó de once puntos. El hombrecillo de aspecto aniñado, que había perdido, llamó á un mozo de la redacción, y dijo: «Nueve bocks.» Y volvieron á jugar esperando los refrescos.

Duroy bebió un vaso de cerveza con sus nuevos camaradas, y luego dijo á su amigo:

—¿Qué he de hacer?

—Por hoy, nada; puedes ir adónde gustes.

—¿Y... nuestro... nuestro artículo... saldrá mañana?

—Sí; pero no te cuides de él. Yo corregiré las pruebas. Haz el segundo para mañana y ven á las tres como hoy.

Y Duroy, después de estrechar muchas manos sin saber siquiera el nombre de sus dueños, bajó la escalera con el corazón dichoso y el espíritu alegre.

IV

Duoy durmió mal excitado hasta lo indecible por el ansia de ver impreso su artículo. Apenas amaneció saltó de la cama y paseaba por las calles mucho antes que aparecieran los vendedores de periódicos y los mozos que los distribuyen á los kioscos.

Entonces se dirigió á la estación de San Lázaro, pues sabía que la *Vie Française* llegaría allí antes que á su barrio. Como aun era demasiado temprano, hizo tiempo paseando.

Vió llegar á la vendedora, que abrió su jaula, y al poco rato apareció un hombre que llevaba sobre la cabeza un montón de periódicos. Se precipitó hacia ellos: eran el *Figaro*, el *Gil-Blas*, el *Gaulois*, *L'Événement* y dos ó tres hojas más de la mañana; pero no estaba entre ellas la *Vie Française*.

Tuvo miedo de que hubiesen aplazado la publicación de los *Recuerdos de un cazador de Africa* para el día siguiente, ó que el artículo no le hubiera gustado á última hora al director.;

Volvió hacia el kiosco y quedó pasmado al ver que vendían el periódico sin haber visto que lo trajeran. Se precipitó, lo desplegó después de entregar los quince céntimos y recorrió los títulos de la primera página. Nada. Latióle el corazón; abrió las hojas centrales y experimentó una viva impresión leyendo al final de una columna, en gruesos caracteres: «Jorge Duroy.» ¡Qué dicha!; ¡Estaba!

Echó á andar maquinalmente, con el diario en la mano, el sombrero de medio lado y con vehementes ganas de detener á los transeuntes para decirles: «¡Comprad este diario; trae un artículo mío!» Hubiese querido poder gritar á voz en cuello como lo hacen por la noche los vendedores de los bulevares: «Leed la *Vie Française*, leed el artículo de *Jorge Duroy; Recuerdos de un cazador de Africa.*» Y de pronto sintió necesidad de leer él mismo su artículo, de leerlo en un sitio público, en un café, donde le vieran todos. Buscó un establecimiento en el que ya hubiera clientes. Tuvo que andar buen rato. Por fin se sentó en un tabernucho donde ya estaban instalados varios parroquianos, y pidió: «Una copa de ron», como hubiera podido pedir: «un ajenjo», sin cuidarse de la hora. Luego gritó:

—Camarero, tráigame la *Vie Française*.

Acudió un mozo con un delantal blanco.

—No la tenemos, caballero; sólo recibimos el *Rappel*, el *Siécle*, la *Lanterne* y el *Petit Parisien*.

Duroy, con acento furioso é indignado, exclamó:

—¡Vaya un tugurio! ¡Vaya usted á comprarla!

El camarero salió corriendo y la trajo. Duroy se puso á leer su artículo y exclamó muchas veces en alta voz: *¡Muy bien, muy bien!* para llamar la atención de sus vecinos é inspirarles el deseo de saber lo que decía el periódico. Luego lo dejó encima de la mesa y se marchó. Advirtiélo el patrón y le llamó:

—¡Caballero! se deja su diario.

Duroy contestó:

—Ya lo he leído, quédenselo usted. Hoy trae un trabajo muy interesante.

No especificó el artículo; pero vió que uno de los parroquianos cogía la *Vie Française* apenas él salió.

Pensó: «¿Qué voy á hacer ahora?» Y se decidió á ir á su oficina á cobrar el mes y presentar la dimisión. Se alegró por adelantado, pensando en la cara que pondrían su jefe y sus compañeros. La idea del asombro del jefe le divertía soberanamente.

Andaba lentamente para no llegar antes de las nueva y media, pues la caja no se abría hasta las diez.

Su oficina era una pieza de aspecto sombrío donde era preciso escribir con luz en invierno. Daba á

un patio raquíptico en frente de otros despachos. Allí dentro había ocho empleados, sin contar el jefe que estaba oculto tras un biombo.

Duroy fué á buscar sus ciento dieciocho francos veinticinco céntimos, encerrados en un sobre amarillo depositado en el cajón del habilitado, y luego entró con aire de conquistador en la obscura sala donde había consumido tantas horas, tantos días.

Apenas entrado, el subjefe, el señor Potel, le llamó:

—¡Ah! ¿es usted, señor Duroy? El jefe ha preguntado ya varias veces por usted. Ya debe recordar que no admite que se falte dos días por enfermo sin certificado del médico.

Duroy, que estaba en pie en el centro de la sala, preparando su golpe de efecto, exclamó en alta voz:

—¡Maldito lo que me importa!

Hubo un movimiento de asombro entre los empleados, y apareció por encima del biombo la cabeza estupefacta del señor Potel.

El pobre señor se encerraba allí dentro por miedo á las corrientes de aire, pues padecía de reumatismos. Había hecho dos agujeros para vigilar al personal.

Se oían volar las moscas. El subjefe preguntó por fin, vacilando:

—¿Dice usted?...

—He dicho que maldito lo que me importa; que

he venido sólo para presentar la dimisión. He entrado de redactor en la *Vie Française* con quinientos francos por mes, sin contar las líneas. Esta mañana va mi primer artículo.

Se había prometido hacer durar el asombro; pero no pudo dominarse y lo soltó todo de una vez.

El efecto había sido completo. Todos permanecían silenciosos.

Entonces Duroy declaró:

—Voy á avisar al señor Perthuis. Después vendré á despedirme.

Y salió para ir á ver á su antiguo jefe, quien, al verle, exclamó:

—¡Ah! ¿Está usted aquí? Ya sabe usted que no permito...

Su empleado le cortó la palabra:

—No vale la pena de chillar de este modo..."

El señor Perthuis, un hombre gordo y colorado como la cresta de un gallo, quedó sofocado por la sorpresa.

Duroy añadió:

—Ya me cargaba esta gattonera. Esta mañana me he estrenado como periodista; tengo un magnífico sueldo. Tengo el honor de saludarle.

Y salió; se había vengado.

Fué á estrechar las manos de sus antiguos compañeros, que apenas se atrevían á hablarle por miedo de comprometerse, pues habían oído su conver-

sación con el jefe por haber quedado abierta la puerta.

Al poco rato se halló en la calle con el sueldo en el bolsillo. Se permitió el lujo de un buen almuerzo en un restaurant económico que conocía. Luego, después de haber comprado y dejado sobre la mesa la *Vie Française*, entró en varias tiendas y compró varios objetos sin otro fin que el de hacerlos llevar á su casa y dar su nombre: «Jorge Duroy», y añadía: «Redactor de la *Vie Française*.»

Luego indicaba la calle y el número y tenía cuidado de añadir: «Dejarán ustedes esto en la portería.»

Como aun no le apremiaba el tiempo, entró en casa un litógrafo que fabricaba tarjetas al minuto á la vista del público, y encargó un ciento, que llevaban debajo de su nombre su nueva cualidad.

Luego fué al diario.

Forestier le recibió con esa condescendencia con que se acoge á un inferior.

—¡Ah! ¿Ya estás aquí? Me alegro. Tengo trabajo para ti. Espérame diez minutos. Voy á acabar mi trabajo.

Y continuó una carta empezada.

En el otro extremo de la mesa, había un hombrecito pálido, rechoncho, calvo, que escribía con las narices pegadas al papel á causa de una miopía acentuada.

Forestier le preguntó:

—Oye, Saint-Potin, ¿á qué hora vas á interviewar á esos?

—A las cuatro.

—Lleva contigo al joven Duroy, á este amigo, y revélale los arcanos del oficio.

— Bien.

Luego, volviéndose hacia su amigo, añadió:

— ¿Has traído el segundo artículo de Argelia? El primero ha obtenido buen éxito.

Duroy, turbado, balbuceó:

—No; creí que tendría tiempo esta tarde; he tenido mucho trabajo; no pude...

El otro se encogió de hombros con aspecto descontento:

—Si no procuras cumplir, vas á perder tu porvenir. El director esperaba tu original. Voy á decirle que se lo darás mañana. Si crees que te van á pagar para no hacer nada, te engañas.

Luego, después de un momento de silencio, añadió:

—Debe forjarse el hierro cuando está candente, ¡qué diablo!

Saint-Potin se levantó.

—Ya estoy listo—dijo.

Forestier tomó una posición casi solemne para decir á Duroy á guisa de últimas instrucciones:

—Mira. Hace dos días que está en París el general chino Li-Theng-Fao, que vive en el Continental

y el rajah Taposahib Ramaderao Palí que habita en el Bristol. Vais á hablar con ellos.

Luego, volviéndose á Saint-Potin:

—No olvides los principales puntos que te he indicado. Pide al general y al rajah su opinión acerca de los manejos de Inglaterra en el Extremo Oriente, sus ideas acerca de su sistema de colonización y dominación, sus esperanzas relativas á la intervención de Europa y particularmente de Francia en sus asuntos.

Calló y luego repuso sin dirigirse á nadie:

—Estoy seguro que será muy interesante para nuestros lectores saber la opinión de esos hombres sobre unas cuestiones de que hablan todos en estos momentos.

Y añadió para Duroy:

—Observa cómo se las compone Saint-Potin, que es un excelente reporter, y procura aprender el sistema de vaciar á un hombre en cinco minutos.

Luego empezó á escribir con gravedad con la idea bien evidente de establecer las distancias, de dejar en su sitio á un antiguo camarada y nuevo compañero.

Apenas hubieron pasado la puerta, Saint-Potin se echó á reir y dijo á Duroy:

—¡Qué empaque! ¡No parece sino que nos toma por un lector!

Luego bajaron al boulevard y el reporter preguntó:

—¿Bebemos un refresco?

—Con mucho gusto; hace un calor insoportable.

Entraron en un café y pidieron un refresco. Saint-Potin soltó la sin hueso. Habló de todo el mundo y del periódico con un lujo sorprendente de detalles.

—¿El amo? Un judío. Y ya sabe usted que no se puede cambiar á un judío. ¡Qué raza! Y citó algunos rasgos asombrosos de avaricia, de esa avaricia especial de los hijos de Israel, economías de diez céntimos, regateos de rabanera, rebajas pedidas y obtenidas de una manera vergonzosa, una naturaleza de usurero, de prestamista.

—Y á pesar de todo ello, un buen hombre que no cree en nada y se la da con queso al más pintado. Su periódico, que es oficioso, liberal, católico, republicano, orleanista, de todos colores, ha sido fundado únicamente para sostener sus operaciones de bolsa y sus empresas de toda especie. Es muy listo para los negocios y gana millones fundando sociedades que no tienen cuatro francos de capital.

Y charlaba sin parar, llamando á Duroy «mi querido amigo.»

—Este avaro tiene frases dignas de Balzac. El otro día estaba yo en su despacho en compañía de Norbert y del Don Quijote de Rival, cuando llegó Montelín, el administrador, con su cartera bajo el brazo, esa cartera de marroquí que conoce todo París. Walter levantó la nariz y preguntó:

—¿Qué hay de nuevo?

Montelín contestó con candidez:

—Acabo de pagar los dieciséis mil francos que debíamos al fabricante de papel.

El amo dió un salto portentoso.

—¿Qué dice usted?

—Que acabo de pagar al señor Prival.

—¿Está usted loco?

—¿Por qué?

—Porque... porque... porque...

Se quitó las antiparras, las limpió y luego sonrió con una sonrisa especial que contrae sus mejillas cada vez que va á decir algo chocarrero ó endiablado, y con tono guasón y convencido á la par, dijo:

—¿Que por qué? Porque podíamos obtener una rebaja de cuatro á cinco mil francos.

Montelín, admirado, replicó:

—Pero, señor director, todas las cuentas estaban conformes; las había repasado yo, y usted comprobado...

Entonces el amo, muy serio, dijo:

—No debe usted ser tan cándido. Sepa usted, señor Montelín, que hay que acumular deudas para transigir.

Y Saint-Potin añadió, moviendo la cabeza con suficiencia:

—¡Eh! ¿No parece de Balzac la frase?

Duroy no había leído las obras de Balzac, pero contestó:

—Ya lo creo.

Luego el reporter habló de la señora Walter, á la que calificó de pava, de Norbert de Varenne, un viejo fracasado, de Rival, un mal émulo de Fierabrás.

Al cabo habló de Forestier:

—En cuanto á ese, buena suerte tuvo de casarse con su mujer.

Duroy preguntó:

—¿Qué clase de mujer es su esposa?

—Una mala pécora, una avispada. Es la querida de un viejo libertino llamado Vaudrec, el conde de Vaudrec, que la dotó y casó...

Duroy sintió de pronto una sensación de frío, una especie de crispación nerviosa, ganas de abofetear á su compañero. Pero le interrumpió sencillamente para preguntarle:

—¿Se llama usted de veras Saint-Potín? (1).

—No; me lo dicen en el periódico; me llamo Tomás.

Duroy pagó el gasto y dijo:

—Paréceme que es tarde y aun hemos de visitar á dos personajes.

Saint-Potín soltó la carcajada.

—¡Qué cándido es usted! ¿Cree usted que voy á preguntar á ese chino y á ese indio lo que piensan de Inglaterra? ¡Como si no supiera mejor que ellos lo que han de pensar para los lectores de la *Vie Française*! Lo menos he interviewado quinientos

(1) *Potin*, enredo, chisme.

de esos japoneses, chinos, indios, persas, chilenos y demás extranjeros. Todos responden poco más ó menos lo mismo. Con copiar mi último artículo sobre tal materia estoy al cabo de la calle. Sólo hay que cambiar su nombre, apellido, edad, señas personales, títulos y acompañantes. Y en esto no hay que equivocarse, porque si no me rectificarian inmediatamente el *Figaro* y el *Gaulois*. Però de todo ello me enteran en cinco minutos los porteros del Continental y del Bristol. Nos llegaremos hasta allí á pie, fumando un cigarro. Total: cinco francos de coche que hay que reclamar al administrador. He ahí cómo hay que hacer estas cosas cuando uno es perro viejo.

Duroy preguntó: Ser reporter en tales condiciones debe producir un buen sueldo.

El periodista contestó con misterio:

—Sí; pero no hay nada que rinda tanto dinero como los sueltos, á causa de los reclamos disimulados.

Andaban por el bulevar, hacia la Magdalena. Saint-Potín dijo de pronto á su compañero:

—Si tiene usted algo que hacer puede marcharse; no le necesito.

Duroy le estrechó la mano y se fué.

La idea del artículo que tenía que hacer por la noche le turbaba y se puso á reflexionar acerca de él. Almacenó ideas, reflexiones, juicios, anécdotas, mientras iba andando, y así subió por la avenida de

los Campos Eliseos, donde se veían escasos paseantes. El calor había despoblado París.

Después de comer en una taberna situada cerca del Arco de la Estrella, volvió lentamente á pie á su casa por los bulevares exteriores y se puso ante la mesa para trabajar.

Pero apenas tuvo ante los ojos las cuartillas blancas, cuantos materiales había amasado se evaporaron, como si se le hubiesen secado los sesos. Trataba de recordar una parte siquiera de lo que pensó; pero se le escapaban apenas aparecían y no sabía ni cuáles escoger ni por cuál principiar.

Después de una hora de esfuerzos y de ensuciar cinco páginas con frases de introducción que después no sabía cómo continuar, se dijo: «Aun no estoy bastante adiestrado en el oficio. He de tomar una nueva lección.» Y la perspectiva de otra mañana de trabajo con la señora Forestier, la esperanza de un coloquio íntimo, cordial, amable, le hicieron estremecer de deseo. Se acostó temprano, temiendo empezar de nuevo el trabajo y acertar.

Al día siguiente se levantó algo tarde, saboreando por adelantado el placer de aquella visita.

Eran las diez dadas cuando llamó en casa de su amigo.

El criado contestó:

—El señorito está trabajando.

Duroy no había pensado que el marido podía estar allí.

Insistió, sin embargo:

—Dígale que soy yo para un asunto urgente.

Después de cinco minutos de espera le hicieron entrar en el gabinete donde pasara tan agradable mañana.

En el sitio que él ocupara, estaba Forestier sentado y escribiendo, envuelto en una bata, calzados los pies con zapatillas y cubierta la cabeza con una gorra inglesa, en tanto que su esposa, que llevaba el mismo peinador blanco, fumaba un cigarrillo apoyada en la chimenea y dictaba.

Duroy, deteniéndose en el umbral, murmuró:

—Dispensen ustedes; ¿les molesto?

Su amigo, volviendo la cara, una cara colérica, gruñó:

—¿Qué demonios quieres? Date prisa, que tenemos mucho que hacer.

Duroy se excusaba.

—No, no vale la pena; dispensen.

Forestier se enfadó.

—¡Ea! no hagas el tonto; despotrica. Supongo que no has venido á interrumpirnos por el solo gusto de saludarnos.

Entonces, Duroy, muy turbado, se decidió:

—El caso es... que... que aun no sé lo bastante... y... he pensado... que ustedes me auxiliarían... por esta vez... porque no... no puedo escribir mi artículo...

Forestier le interrumpió:

—Vaya, hombre, eso ya es burlarse. ¿Imaginas acaso que voy á hacer tus artículos y que tú no tendrás otro trabajo que cobrarlos? ¡Bueno estaría!

La joven continuaba fumando sin decir una palabra, sonriendo con una sonrisa amable, que parecía disimular la ironía de su pensamiento.

Duroy, ruborizándose, balbuceaba:

—Dispensen ustedes... creía... esperaba...

Y luego añadió bruscamente con acento claro y firme:

—Le pido á usted mil perdones, señora, y le doy de nuevo las gracias por la preciosa crónica que me hizo usted ayer.

Luego saludó, dijo á Carlos que á las tres estaría en el periódico, y salió.

Volvió á su casa á toda prisa, murmurando: «Bueno; voy á hacer esta crónica. Ya verán...»

Apenas se puso ante la mesa, empezó á escribir, excitado por la cólera.

Continuó los amoríos imaginados por la señora Forestier, adornándola con detalles de novela de folletín, peripecias sorprendentes y descripciones ampulosas, con una torpeza y estilo de colegial y frases de sargento. En menos de una hora terminó el artículo y lo llevó á la *Vie Française* sin dudar de su buen éxito.

Topó con Saint-Potín, quien, estrechándole la mano con una energía de cómplice le preguntó:

—Supongo que ha visto usted mis conversacio-

nes con el chino y el indio. ¿No le han gustado? No se habla de otra cosa en los periódicos. Y no les he visto siquiera la punta de la nariz.

Duroy, que no lo había leído, tomó un número y leyó rápidamente un largo artículo titulado: India y China. Saint-Potín le indicaba los párrafos más interesantes.

Forestier llegó resoplando, cansado:

—¡Ah! me alegro de que estéis aquí. Os necesito á los dos.

Y les indicó una serie de informaciones políticas que era preciso adquirir aquella misma tarde.

Duroy le alargó su artículo.

—Ahí tienes lo de Argelia.

—Bien, dame; se lo daré al director.

No se habló más de ello.

Saint-Potín se llevó á su nuevo compañero, y en cuanto estuvieron en el corredor, le dijo:

—¿Ha pasado usted por la caja?

—No. ¿Para qué?

—¿Para qué? Para cobrar un mes por adelantado. Nunca sabe uno lo que puede suceder.

—No está mal.

—Le presentaré al cajero. No pondrá reparo alguno. Hay dinero en la casa.

Duroy cobró los doscientos francos y veintiocho del artículo de la víspera, que, unidos á lo que le quedaba de su sueldo del ferrocarril, sumaban trescientos cuarenta francos.

Nunca había tenido tal cantidad, así es que se creyó rico por tiempo indefinido.

Saint-Potín se lo llevó á charlar en las redacciones de otros periódicos, con la esperanza de que allí sabrían ya las noticias que debía recoger y que él sabría soplar á sus compañeros, gracias á su astucia y cháchara.

Al llegar la noche Duroy que ya no tenía nada que hacer pensó ir á Folies-Bergère, y con toda osadía se presentó á la entrada diciendo:

—Me llamo Jorge Duroy y soy redactor de la *Vie Française*. Vine el otro día con el señor Forestier que me prometió pedir mi pase. No sé si se ha acordado.

Se consultó un registro. No había inscrito el nombre de Duroy. Sin embargo, el portero, hombre muy amable, le dijo:

—Pase usted de todos modos, caballero; dirija usted mismo su petición al director, que de fijo le atenderá.

Entró y á los pocos momentos halló á Raquel, la prójima que le conquistó la primera noche.

Derechamente se fué hacia él:

—Hola, muchacho. ¿Estás bien?

—Bien, ¿y tú?

—Perfectamente. ¿No sabes? He soñado dos veces contigo.

Duroy sonrió, halagado.

—¿Y qué significa eso?

—Eso significa que me gustas, tontín, y que empezaremos de nuevo cuando quieras.

—Hoy, si te parece.

—Sí, de buena gana.

—Bueno; pero oye...

Vacilaba, confuso, no sabiendo como enjaretar la mentira.

—Es que... no tengo un céntimo... He ido al círculo y me han limpiado.

Ella le miraba fijamente adivinando la mentira, acostumbrada á las astucias y regateos de los hombres. Así es que le dijo:

—¡Socarrón! Confiesa que no me merezco esto.

El sonrió turbado:

—Si quieres diez francos, es todo lo que me queda.

La cortesana replicó con esa indiferencia del que se permite un capricho:

—Bueno, monín; lo que quiero es este cuerpo.

Y mirando con cariño el bigote del joven, tomó su brazo y se apoyó amorosamente en él.

—Bébamos antes una grosella. Después daremos una vuelta juntos. Me gustaría poder ir contigo á la Opera para que te vieran conmigo. ¿Nos acostaremos temprano, verdad?

.
Se levantó tarde. Se le ocurrió comprar la *Vie Française*. Abrió el periódico con febril impaciencia; no había allí su crónica. Permanecía de pie en

la acera con la esperanza de ver al cabo lo que buscaba ansiosamente en aquellas columnas.

Sintió como un peso que le oprimía el corazón, porque después de una noche de amor, la contrariedad sumándose al cansancio, tomaba las proporciones de un desastre.

Fué á su casa y echó un sueño sin desnudarse.

Al entrar unas horas después en la redacción, se presentó al director y le dijo:

—He visto esta mañana que no había salido la continuación de mi artículo sobre Argelia.

El señor Walter levantó la cabeza y contestó con sequedad:

—Se lo he dado á su amigo Forestier para que lo leyera y no le ha gustado; había que volverlo á hacer.

Duroy, furioso, salió sin contestar ni una palabra, y penetrando bruscamente en el despacho de su amigo, dijo:

—¿Por qué no has hecho salir esta mañana mi crónica?

El periodista fumaba un cigarrillo, hundido en un sillón y con los pies sobre la mesa, ensuciando con los talones unas cuartillas empezadas. Con toda pausa, y con voz apagada, como si hablara del fondo de un pozo, replicó:

—El amo lo ha encontrado malo y me ha encargado que te lo devolviera para rehacerlo. Toma: ahí lo tienes.

Y le indicaba las cuartillas que estaban bajo un pica papeles.

Duroy, confuso, no supo qué contestar, y mientras se guardaba el artículo en el bolsillo, Forestier le dijo:

— Hoy tendrás que ir ante todo á la prefectura...

Y le enumeró todas las visitas y comisiones que tenía que hacer. Duroy se fué sin acertar con la frase mordaz que buscaba.

Rehizo el artículo. Se le devolvió otra vez. Habiéndolo rehecho por tercera vez y viendo que se lo rehusaban, comprendió que iba demasiado aprisa y que solamente podía ayudarle la mano de Forestier.

No habló más de sus *Recuerdos de un Cazador de Africa*, prometiéndose ser astuto y prudente ya que le era necesario, y, entretanto, cumplir lo mejor que pudiera como reporter.

Conoció los bastidores de los teatros y los de la política, los pasillos y el vestíbulo de los hombres de Estado y de las Cámaras, las caras imponentes de los altos empleados y las malhumoradas de los ujieres.

Estuvo en continua relación con ministros, porteros, generales, agentes de policía, príncipes, cortesanas, embajadores, obispos, proxenetas, americanos ridículos, hombres del gran mundo, buscones, cocheros de punto, camareros, y mil otros más, y habiéndose convertido en amigo interesado

de todos ellos los medía por el mismo rasero y los juzgaba por igual á fuerza de verles todos los días y á todas horas y de hablar con ellos de los mismos asuntos profesionales. Se comparaba á sí mismo con un hombre que probara una tras otra distintas muestras de vino diferentes y acabara por no saber distinguir un Chateau-Margaux de un Argenteuil.

En poco tiempo se convirtió en un notable reporter, seguro de sus noticias, astuto, sutil, diligente, una buena adquisición para un periódico, como decía Walter, gran conocedor de redactores.

Sin embargo, como sólo cobraba diez céntimos por línea y sus doscientos francos de sueldo, y como la vida de bulevar y cafés y restaurants cuesta cara, no tenía jamás un céntimo y le desesperaba su miseria.

Viendo que algunos de sus compañeros llevaban los bolsillos repletos de oro, pensaba que le era preciso averiguar de qué secretos medios se valían para conseguirlo. Y sospechaba con envidia procedimientos poco correctos, servicios prestados, un contrabando aceptado y consentido. Pero le era preciso descubrir el misterio, entrar á formar parte de la asociación tácita, imponerse á los camaradas para que partieran con él.

Y muchas veces meditaba por las noches, mirando pasar los trenes por debajo de su ventana, acerca de los medios que debía emplear.

V

Transcurrieron dos meses; se acercaba Septiembre y la rápida fortuna que Duroy había esperado tardaba mucho en aparecer. Comprendía que su situación distaba mucho de ser brillante y no adivinaba aun por qué camino escalaría las alturas en que se hallan consideración y dinero. Sentíase encadenado a ese oficio menos que mediano de reporter, encerrado en él sin poder zafarse de su círculo. Le estimaban y apreciaban, pero según su estado. El mismo Forestier, a quien prestaba mil servicios, no le invitaba ya a comer, tratándole como un inferior, siquiera le tuteara como a un amigo.

Es verdad que de cuando en cuando y aprovechando las ocasiones oportunas colocaba Duroy un

articulito de actualidades. Gracias al tacto que había adquirido escribiendo los sueltos, no corría riesgo ahora de que le rehusaran los escritos. Pero de aquello á tratar las cuestiones de alta política imponiendo su parecer á miles de lectores, había la misma diferencia que hay entre guiar un coche en el bosque de Boulogne por cuenta ajena ó guiarlo como dueño. Lo que le humillaba especialmente era sentir que tenía cerradas las puertas de la alta sociedad, no tener relaciones para tratar de igual á igual, no poder entrar en la intimidad de las mujeres, aun cuando algunas actrices famosas le hubiesen acogido alguna vez con familiaridad interesada.

Sabía por experiencia que todas ellas, honradas ó perdidas, sentían hacia él un capricho momentáneo, una simpatía singular, y ansiaba conocer de una vez aquellas de las cuales podía defender su porvenir.

Había pensado muchas veces hacer una visita á la señora Forestier; pero el recuerdo de su última entrevista le contenía, le humillaba, y, además, esperaba que su amigo le invitara á ello. Se acordó entonces de la señora de Marelle y pensando que le había invitado á visitarla, fué á verla una tarde que tenía libre.

—Estoy siempre hasta las tres—le había dicho. Llamó á su puerta á las dos y media.

Habitaba en un cuarto piso de la calle Verneuil.

Al ruido del timbre acudió una muchachita que se ataba el pelo, contestando:

—Sí, la señorita está en casa; pero no sé si se ha levantado.

Y empujó la puerta del salón, que no estaba cerrada.

Duroy entró. La habitación era bastante grande, poco amueblada y de aspecto descuidado. Los sillones, ajados y viejos, se alineaban junto á las paredes conforme el gusto de la sirvienta, pues en ningún detalle se adivinaba la mano de una mujer elegante que gusta del arreglo de su casa. Cuatro cuadros malos representando una barca en un río, un navío en el mar, un molino en una llanura y un leñador en un bosque, colgaban de las cuatro paredes, de cordones de dimensiones distintas y todos mal colocados. Se adivinaba que hacía tiempo que estaban de aquel modo bajo las miradas indiferentes de su dueña.

Duroy se sentó y esperó. Al poco rato se abrió una puerta y apareció la señora de Marelle, envuelta en un peinador japonés de seda color de rosa con paisajes dorados, flores azules y pájaros blancos, y exclamó:

—Figúrese usted que aun estaba acostada. ¡Qué amable es usted acordándose de mí! Creía que me había usted olvidado.

Le tendió cordialmente ambas manos, y Duroy, á quien el aspecto de la habitación daba ánimos,

besó una como había visto hacer á Norbert de Varenne.

Le rogó que se sentara y después, mirándole de pies á cabeza, exclamó:

—¡Cuán cambiado está usted! Tiene usted mejor aspecto. París le prueba á usted. ¡Cuente, cuénteme noticias!

Y empezaron á charlar en seguida, como si fuesen antiguos conocidos, sintiendo que nacía entre ellos una de esas corrientes de confianza, de intimidad y de afección que en cinco minutos hacen amigos á dos seres de igual carácter y raza.

De pronto calló la joven, como si reflexionara, y después dijo:

—No sé lo que me pasa con usted. Me parece que le conozco hace diez años. Sin duda seremos buenos camaradas, ¿verdad?

Y Duroy replicó:

—Ya lo creo,—con una sonrisa que se prometía más.

Le parecía tentadora envuelta en su peinador fino y precioso, menos fina que la otra con su peinador blanco, menos graciosa, menos delicada, pero más excitante y con más sal y pimienta.

Cuando estaba cerca de la señora Forestier con su sonrisa graciosa que atraía y detenía á un tiempo, que parecía decir: «Me gusta usted» y también: «¡Cuidadito!» experimentaba el deseo de tenderse á sus pies ó de besarle los encajes del cuerpo del ves-

tido y aspirar lentamente el aire cálido y perfumado que debía salir de allí, deslizándose entre los senos. Junto á la señora de Marelle sentía un deseo más brutal, más preciso, un deseo que hacía estremecer sus manos ante los contornos acusados por la seda ligera.

Hablaba de continuo con fácil palabra, sembrando su conversación de esa gracia que derramaba por costumbre, como un obrero hábil admira á las gentes haciendo un trabajo difícil que para él es muy fácil. La escuchaba pensando: «Hay que recordar todo esto. Haciéndola charlar sobre asuntos del día, se harían buenas crónicas de actualidades.

Llamaron suave, muy suavemente á la puerta por la que ella entrara, y la señora de Marelle exclamó: «Puedes entrar, monina.» Apareció la niña, se acercó rectamente á Duroy y le alargó la mano.

Su madre, asombrada, murmuró:

—Es una conquista. No parece ella misma.

El joven, después de besar á la niña, la hizo sentar á su lado y con gran seriedad le preguntó acerca de lo que había hecho desde que no se habían visto. La niña le contestaba con su voz aflautada, con su seriedad de persona mayor.

El reloj dió las tres. El periodista se levantó.

—Venga usted á menudo— dijo la dueña de la casa—charlaremos como hoy: siempre será usted

bien recibido. Diga usted ¿por qué no se le ve en casa de los Forestier?

—¡Oh! por nada. He tenido mucho trabajo. Espero que nos veremos allí un día de estos.

Salió con el corazón henchido de esperanza, sin saber por qué.

No habló á Forestier de aquella visita.

Pero persistió en él, durante unos días, el recuerdo de la tal visita, algo así como la sensación de la presencia imaginaria de aquella mujer. Parecíale que había tomado algo de ella, la imagen de su cuerpo que persistía en sus ojos y el sabor de su sér moral que quedó en su corazón. Diríase que esa suprema sensación extraña, íntima, confusa, perturbadora y exquisita porque es misteriosa.

Al cabo de pocos días hizo otra visita.

La muchacha le introdujo en el salón y la niña salió en seguida. Le tendió, no la mano, sino la frente, y dijo:

—Mamá me ha encargado que le diga que la espere. Tardará un cuarto de hora porque no está vestida. Yo le haré compañía.

Duroy, á quien divertían los modales ceremoniosos de la niña, contestó:

—Muy bien, señorita; celebraré pasar un cuarto de hora con usted; pero le prevengo que yo soy muy poco serio, que me paso el día jugando; por lo tanto, le propongo una partida de *chat-perché*.

La muchachita quedó estupefacta; luego sonrió

como lo hubiera hecho una mujer al oír aquella proposición que la asombraba y murmuró:

— No está bien jugar en las habitaciones.

Duroy replicó:

— ¡Bah! Poco importa; yo juego en todas partes.

¡Ea, cójame usted!

Y se puso á dar vueltas á la mesa excitándola á que le persiguiera, mientras ella, sin dejar de sonreír de un modo amable, le seguía, alargando de cuando en cuando la mano para cogerle, pero sin decidirse á correr.

El se detenía, se bajaba, y cuando la niña se acercaba vacilando, saltaba como los diablos encerrados en las cajas y luego ganaba de un salto el otro extremo del salón. Aquello chocaba á la niña, que acababa por reír y animándose, empezaba á correr detrás de él, lanzando chillidos entre alegres y temerosos cuando creía haberle cogido. El cambiaba de sitio las sillas formando obstáculos con ellas; la obligaba á dar vueltas durante un minuto alrededor del mismo obstáculo y luego pasaba á otro. Laurita corría ya con entusiasmo, abandonándose al placer que le producía aquel nuevo juego y con el rostro animado se lanzaba con gran empuje hacia Duroy á cada salto, á cada huída, á cada amago de éste.

Bruscamente, cuando la niña creía cogerle, la tomó entre sus brazos, la levantó hasta el techo y gritó: «¡Chat perché!»

La chiquilla, encantada, agitaba las piernas para escapar y reía a carcajadas.

La señora de Marelle entró y quedó pasmada.

—¡Ah! Laurita... Laurita jugando... es usted un brujo, caballero.

Puso en el suelo a la niña, besó la mano de la madre y se sentaron, teniendo entre ellos a la niña. Quisieron hablar, pero Laurita, tan callada siempre, charlaba ahora por los codos y su madre la envió a su cuarto.

Obedeció sin replicar; pero saltándosele las lágrimas.

En cuanto estuvieron solos, la señora de Marelle bajó la voz.

—Tengo un gran proyecto—dijo.—Mire; como ceno cada semana con los Forestier, de cuando en cuando les devuelvo el convite en un restaurant. No me gusta recibir gente en casa; no estoy acostumbrada a ello; no entiendo nada en achaque de cocina ni de nada. Me gusta vivir de cualquier modo. Así, pues, vamos al restaurant; pero no nos divertimos mucho los tres solos y mis relaciones no son de su gusto. Le digo esto para explicar una invitación un tanto rara. Ya comprende usted que le invito a que sea de los nuestros el sábado por la noche, a las siete y media, en el café Riche. ¿Conoce usted el sitio?

Duoy aceptó con alegría. Ella añadió:

—Seremos los cuatro únicamente; dos a dos.

Esas fiestecitas son muy divertidas para nosotras las mujeres que no estamos acostumbradas a ellas.

Llevaba la señora de Marelle un vestido color de marrón oscuro que moldeaba su talle, sus caderas, su pecho y sus brazos de un modo provocador y con coquetería, y Duroy experimentaba un asombro vago, casi un malestar del que no descubría la causa, al ver el contraste de aquella elegancia refinada, con el descuido evidente de la habitación.

Todo lo que vestía su cuerpo, todo lo que tocaba íntima y directamente a su carne, era delicado y fino; pero no le importaba un comino cuanto la rodeaba.

Se despidió, guardando de ella, como la otra vez, un recuerdo persistente y vivo que parecía una alucinación de sus sentidos, y esperó el día del convite con impaciencia grande.

Alquiló por segunda vez un frac, pues su situación no le permitía comprar un traje de etiqueta, y llegó el primero a la cita, algunos minutos antes de la hora.

Le hicieron subir al segundo piso y le introdujeron en un saloncito tendido de rojo y cuya única ventana daba al boulevard.

Una mesa cuadrada, con cuatro cubiertos, ostentaba sus manteles, tan blancos y relucientes que parecían barnizados, y las copas, la vajilla, el calentador, brillaba alegremente a la luz de las doce bujías sostenidas por dos altos candelabros.

Al exterior se veía la mancha verde del follaje de un árbol iluminado por la luz viva de los gabinetes particulares.

Duroy se sentó en un gabinete muy bajo, rojo como las paredes y cuyos resortes flojos, al hundirse bajo su peso, le produjeron la sensación de caer en un agujero. Oía un vago y potente rumor que se escapaba de aquella gran casa, el rumor de los restaurants concurridos, producido por el ruido de copas y vajilla que se entrechocan, de los pasos de los camareros que pasan con rapidez sobre las alfombras, del que se escapa de las puertas abiertas durante un momento que dejan oír las voces de los comensales. Forestier entró y le estrechó la mano con una familiaridad cordial que no le demostraba jamás en la redacción de la *Vie Française*.

—Las señoras llegarán juntas—dijo.—Estas comidas sin cumplidos son muy agradables.

Luego miró la mesa, hizo apagar una luz de gas que ardía á guisa de lamparilla, cerró media ventana á causa de las corrientes de aire y, escogiendo el sitio más abrigado, dijo:

—Tengo que ir con mucho cuidado; ahora hace un mes que estaba mejor y ya he vuelto á las andadas. El martes al salir del teatro me habré enfriado.

Se abrió la puerta y entraron las dos mujeres seguidas de un camarero, veladas, arrebuajadas, discretas, con esos andares de misterio que guardan

para esos sitios dónde á veces hay vécinos y encuentros poco recomendables.

Cuando Duroy saludaba á la señora Forestier, ésta le riñó por no haberla ido á visitar, y luego añadió sonriendo y dirigiéndose á medias á su amiga:

—Ya sé que prefiere usted á la señora de Marelle; para ella siempre le sobra tiempo.

Se sentaron, y cuando el camarero presentó la lista de los vinos, la señora de Marelle exclamó:

—Den ustedes á estos caballeros lo que pidan; en cuanto á nosotras, champagne helado, del mejor; nada más.

Cuando hubo salido el camarero dijo con risa excitada:

—Quiero beber esta noche; vamos á correr una juerga, una juerga de veras.

Forestier, que parecía no haber oído, preguntó:

—¿No sería mejor que cerrásemos la ventana? Estoy resfriado desde hace unos días.

—Cierre usted.

Fué, pues, á cerrar la media ventana que quedara entreabierta y volvió á sentarse, ya tranquilizado y satisfecho.

Su mujer no hablaba, parecía absorta, y sonreía mirando las copas, con esa vaga sonrisa que parecía prometer siempre y no cumplir nunca.

Las ostras de Ostende, redondas y gordas, hicieron su aparición, parecidas á orejitas ocultas entre

valvas, y fundiéndose en la boca, entre lengua y paladar como dulces salados.

Después de la sopa sirvieron una trucha salmónada, sonrosada como la carne de una niña, y los comensales empezaron á hablar.

Se habló al principio de un chisme que andaba de boca en boca, el caso de una señora sorprendida por un amigo de su marido cenando con un príncipe extranjero.

A Forestier le hacía mucha gracia la aventura; las dos mujeres declaraban que el amigo charlatán era un canalla y un cobarde. Duroy fué de su parecer y declaró que un hombre tiene el deber de ser callado como un sepulcro cuando se trata de asuntos de tal naturaleza, ya sea actor, confidente ó simple testigo.

Y añadió:

—La existencia transcurriría mucho mejor que ahora, si estuviésemos seguros los unos de la discreción de los otros. Lo que detiene á menudo, casi siempre, á las mujeres, es el temor del escándalo.

Y terminó preguntando:

—¿Acierto ó no? ¡Cuántas hay que se abandonarían á un rápido deseo, al capricho brusco y violento de una hora, á un ímpetu de amor, si no temieran pagar con un escándalo irremediable y lágrimas dolorosas una dicha corta y ligera!

Hablaba con convicción contagiosa, como si hu-

biese defendido una causa, su causa, como si dijera:

—Conmigo no hay que temer nada parecido. Prueben y verán.

Le contemplaban ambas, aprobándole con la mirada, pareciéndoles que estaba en lo cierto, confesando por su silencio que su moral inflexible de parisiense no hubiese resistido mucho tiempo ante la certidumbre del secreto.

Forestier, casi tendido en el sofá, con una pierna doblada bajo el cuerpo, prendida la servilleta del chaleco para no manchar el traje, declaró de pronto con risa de excéptico:

—¡Pardiez! ¡Ya lo creo! ¡Pobres maridos si estuvieran seguras del secreto!

Empezaron á hablar de amor. Duroy, sin admitir que fuera eterno, decía que creaba un lazo duradero, una amistad tierna, una verdadera confianza. La unión de los sentidos no era otra cosa que el sello de la unión de los corazones. Indignábanle los celos violentos, los dramas, las escenas, los reproches, que casi siempre siguen á las rupturas.

Cuando calló, la señora de Marelle suspiró:

—Sí, es la única cosa buena de este mundo y á menudo la echamos á perder exigiéndole imposibles.

La señora de Forestier, que jugaba con un cuchillo, añadió:

—Sí, sí; es muy agradable ser amada...

Y parecía pensar más de lo que decía, soñar en lo que no podían expresar sus labios.

Como tardaban en servir el primer principio, bebían de cuando en cuando un sorbito de champagne royendo cortezas que arrancaban de los panecillos de Viena. Y las imágenes de amor, invadían lentamente su alma embriagándola, como el vino dorado, cayendo gota á gota en sus gargantas, calentaba su sangre y turbaba su espíritu.

Trajeron chuletas de cordero, tiernas, ligeras, presentadas sobre una capa de puntas de espárragos.

—¡Diablo! ¡Qué bueno es esto!—exclamó Forestier.

Y comieron todos saboreando la carne delicada y la legumbre suave como la crema.

Duroy dijo:

—Cuando amo á una mujer, sólo en ella pienso y por ella vivo.

Lo decía con convicción, exaltándose al pensar en los goces del amor, quizá porque saboreaba en aquel momento los de la mesa.

La señora Forestier, con su expresión de inocencia, murmuró:

—No hay dicha comparable al primer apretón de manos, cuando uno pregunta: «¿Me quiere usted?» y el otro contesta: «Sí, te amo».

La señora de Marelle, que acababa de vaciar otra copa de champagne, dijo alegremente:

—Yo soy menos platónica.

Todos, con los ojos encandilados, aprobaron sus palabras.

Forestier se tendió del todo en el sofá, apoyó los brazos en los almohadones, y dijo con gran seriedad:

—Tal franqueza la honra y prueba que es usted una mujer práctica; pero ¿puedo preguntarle cuál es la opinión del señor de Marelle?

Se encogió de hombros con desdén infinito, prolongado, y luego dijo con acento firme:

—El señor de Marelle no tiene opinión en tal materia... No tiene más que... que abstenciones.

Y el colóquio, bajando de las alturas del amor elevado, entró en el jardín florido de las frases un tanto verdes; pero finas y distinguidas á pesar de su color é intención.

Fué el instante de las palabras de doble sentido que arrancan velos con discreción y arte del mismo modo que se levantan las sayas, de las astucias de lenguaje, de las audacias hábiles y disimuladas, de todas las hipocresías impúdicas, de las frases que pintan desnudas á las personas por medio de palabras encubiertas y que hacen pasar ante los ojos y ante la imaginación cuanto no puede decirse, y permite á las gentes del gran mundo una especie de amor sutil y misterioso, algo así como un contacto impuro de los pensamientos por la evocación simultánea, turbadora y sensual como un abrazo, de

todas las cosas secretas, vergonzosas y anheladas del acoplamiento.

Habían traído el asado, perdices rodeadas de codornices, una fuente de guisantes, una cajita de foie-gras, y una ensalada de escarola que llenaba de espuma verde una gran fuente en forma de cubo. Comieron todo aquello sin darse cuenta, de un modo maquinal, preocupados tan solo de lo que decían, sumidos en un baño de amor.

Las dos mujeres soltaban cada descoco que temblaba el orbe; la señora de Marelle con una audacia natural que parecía una provocación; la señora Forestier con una reserva encantadora, con una expresión de pudor en el acento, en la voz, en la sonrisa, que subrayaba en vez de atenuarlas, sus salidas un tanto verdes.

Forestier, hundido en el sofá, reía, bebía, comía sin darse punto de reposo, y de cuando en cuando soltaba una frase tan atrevida, tan cruda, que las mujeres tomaban, por mera fórmula, un aspecto pudibundo que duraba sólo un instante. Cuando había soltado una barbaridad demasiado gorda, añadía:

—Anda, anda, hijas mías; si continuais así acabaréis por meter la pata.

Después de los postres se sirvió el café, y los licores acabaron de excitar a los invitados.

Como lo anunciara a sus amigos, gustábale a la señora de Merelle viajar entre Pinto y Valdemoro,

y lo reconocía de buena gana con la alegre gracia de la que, para divertir á sus convidados, acentúa una embriaguez que hace chispear los ojos y desata la lengua.

La señora de Forestier callaba, quizá por prudencia, y Duroy, harto encandilado para no comprometerse, guardaba una hábil reserva.

Encendieron los cigarrillos y Forestier empezó á toser.

Fué un acceso terrible que le desgarraba la garganta, y con el rostro congestionado, sudorosa la frente, se ahogaba. Cuando terminó la crisis gruñó con expresión furiosa:

—Estas cenas resultan nocivas: es una tontería atiborrarse así.

Su buen humor habíase evaporado como por ensalmo á impulsos del terror que le inspiraba su enfermedad.

—Volvamos á casa—dijo.

La señora de Marelle llamó al camarero y pidió la cuenta. Se la trajeron casi en seguida. Trató de leerla, pero las cantidades bailaban ante sus ojos y alargó el papel á Duroy, diciendo:

—Pague usted por mí; no veo, estoy demasiado achispada.

Y al mismo tiempo le entregó el monedero.

El total ascendía á ciento treinta francos. Duroy

repasó la cuenta, dió dos billetes, tomó la vuelta y preguntó á media voz:

—¿Cuánto hay que dar á los camareros?

—Lo que usted quiera; no sé.

Puso cinco francos en el plato y luego devolvió el monedero á la joven, diciéndole:

—¿Quiere que la acompañe hasta su casa?

—Ya lo creo; me siento incapaz de dar mi dirección.

Se despidieron de los Forestier y Duroy se halló solo con la señora de Marelle dentro de un coche en marcha.

La sentía cerca de él, encerrada con él en aquella caja obscura que alumbraban bruscamente durante un instante las luces de gas; sentía á través de la ropa el calor de su hombro, y nada acertaba á decirle, nada absolutamente, como si estuviera paralizado por el deseo imperioso de estrecharla entre sus brazos.

«¿Qué haría si me atreviera?» pensaba. Y el recuerdo de todas las inconveniencias murmuradas durante la comida le daba ánimo, pero el miedo del escándalo le contenía.

Tampoco decía nada ella y permanecía inmóvil, hundida en su rincón. Hubiérase pensado que dormían si no se hubieran visto brillar sus ojos cada vez que un rayo de luz penetraba en el coche.

«¿En qué pensará?» Comprendía que no debía hablar, que una palabra, una simple palabra, rom-

piendo el silencio, podía hacerle perder terreno; pero le faltaba la audacia, esa audacia que requiere la acción brusca y brutal.

De pronto sintió Duroy que la joven movía el pie. Había hecho un movimiento seco, nervioso, de impaciencia ó de llamada quizá. Aquel contacto casi insensible le hizo estremecer de cabeza á pies, y volviéndose con viveza se abalanzó á ella, buscando su boca con los labios y la carne desnuda con las manos.

Lanzó un grito, pero débil, quiso levantarse, rechazarle, luchar; luego cedió como si le faltasen fuerzas para resistir más.

Pero el coche se detuvo breves momentos después ante la casa en que habitaba la joven, y Duroy, sorprendido, no tuvo que buscar palabras apasionadas para darle las gracias, para bendecirla y expresarle su reconocimiento. Como ella no se levantaba ni se movía, aturdida por lo que acababa de pasar, temió Duroy que el cochero sospechara algo y bajó el primero, á fin de dar la mano á la joven.

Salió por fin del coche, tambaleándose y sin pronunciar palabra. Llamó Duroy y, al abrirse la puerta, le preguntó temblando:

—¿Cuándo volveré á verla?

En voz tan baja que apenas la oyó él, le contestó:

—Venga usted á hablar mañana conmigo.

Y desapareció entre la obscuridad del vestíbulo, cerrando la pesada puerta que se cerró con gran estrépito.

Dió cinco francos al cochero y echó á andar con paso rápido y triunfante y el corazón henchido de alegría.

¡Por fin había pillado una mujer casada! ¡Toda una señora! ¡Del gran mundo! ¡Del mundo parisién! ¡Cuán fácil é inesperado fué aquello!

Había imaginado hasta entonces que para tratar y conquistar á una de esas mujeres tan codiciadas era preciso emplear cuidados infinitos, esperar mucho tiempo, ponerlas asedio á fuerza de galanterías, de palabras de amor, de suspiros y de regalos. Y he aquí que de repente, al primer ataque, se le entregaba la primera que encontraba, de un modo tan rápido que le llenaba de asombro.

«Estaba achispada» pensaba; «mañana variará de registro. Tendré que enjugar lágrimas.» Alarmóle la idea, pero luego se dijo: «¡Bah! lo mismo da. Ya que la tengo, no se me escapa.»

Y en la visión confusa que de continuo le sugerían sus esperanzas de grandeza, de buen éxito, de fama, de fortuna y de amor, advirtió de pronto, semejante á esas guirnaldas de figurantas que pasan por el cielo de las apoteosis, una procesión de mujeres que pasaban sonriendo para desaparecer una tras otra, en el fondo de la nube dorada de sus sueños.

Aquella noche los tuvo poblados de visiones.

Sentíase algo conmovido, cuando al día siguiente subió la escalera de la casa de la señora de Marelle. ¿Cómo le recibiría? ¿Y si no le recibía? ¿Si le prohibía la entrada? ¿Si contaba?... No, no podía decir nada sin dejar adivinar toda la verdad. Sentíase dueño de la situación.

La criadita abrió la puerta. Tenía su cara la misma expresión que de costumbre. Se tranquilizó Duroy pensando que todo iba bien.

—¿Cómo está la señora?—preguntó.

—Bien, caballero—contestóle.

Le hizo entrar en el salón.

Se fué directamente á la chimenea para mirarse al espejo; mientras arreglaba el nudo de la corbata advirtió en el fondo del cristal que la joven le miraba de pie en el umbral de la puerta.

Fingió no haberla visto y se miraron unos instantes en el fondo del espejo, observándose y espiándose antes de encontrarse frente á frente.

Duroy se lanzó hacia ella balbuceando:

—¡Cuánto la amo! ¡Cuánto la amo!

Abrió ella los brazos y le estrechó en ellos; luego, levantando la cabeza hacia él, se dieron un largo beso.

También sonreía la joven con aquella sonrisa que tienen cuando quieren significar su deseo, su consentimiento y su voluntad de entregarse.

—Estamos solos;—murmuró—he enviado á Laurita á casa de una amiga suya.

Suspiró Duroy besándola las muñecas y exclamó:

—¡Gracias, la adoro á usted!

Tomóle ella del brazo, como si hubiera sido su marido, para ir al sofá, donde se sentaron uno al lado del otro.

Hubiera querido empezar la conversación de un modo hábil y seductor, pero no hallando el medio, balbuceó:

—¿De modo que no está usted enfadada?

Tapóle la boca con la mano:

—¡Cállate!—dijo.

Permanecieron silenciosos, mirándose apasionadamente, con los dedos enlazados y ardorosos.

—¡Cuánto la deseaba!

Ella repitió:

—¡Cállate!

Oíase el ruido de la vajilla detrás del tabique.

Duroy se levantó.

—No puedo estar tan cerca de usted; perdería la cabeza.

—La señora está servida —dijo la criadita abriendo la puerta.

Duroy ofreció con gravedad su brazo.

Almorzaron uno frente de otro, mirándose y sonriendo sin cesar, ocupados únicamente en sí mismos, sintiendo el dulce encanto de una ternura que

empieza. Comían sin darse cuenta. Duroy sintió que un pie, un piececito, enredaba bajo la mesa. Lo tomó entre los suyos y lo guardó, apretándolo con toda su fuerza.

La criada iba y venía, traía y quitaba los servicios con aspecto aburrido, como si nada advirtiera.

Cuando acabaron de comer volvieron al salón, y de nuevo se sentaron uno al lado de otro en el sofá.

Poquito á poco se estrechaba Duroy contra la joven tratando de abrazarla. Pero ella le rechazaba con calma:

—Tenga usted cuidado, pueden entrar.

—¿Cuándo podré verla á solas del todo para decirle lo mucho que la amo?

Se inclinó la joven y le dijo al oído:

—Uno de estos días iré á su casa á darle una sorpresa.

El joven se ruborizó y dijo:

—Es que... mi casa... es... es muy modesta.

La joven sonrió mientras replicaba:

—Poco importa. Le iré á ver á usted sin cuidarme de la casa.

Entonces, el joven no le dió momento de reposo preguntándole cuándo iría.

Fijó ella uno de los últimos días de la siguiente semana, y él con palabra balbuciente y ansiosas miradas estrechándole las manos le suplicaba que adelantara la fecha demostrando en el rostro arrebatada-

do y febril, ese deseo impetuoso que sigue á las comidas íntimas.

Gustábale á ella verle implorar con aquel ardor y poco á poco adelantaba la fecha.

Pero Duroy repetía:

—Mañana... diga usted... mañana.

Por fin consintió:

—Sí. Mañana. A las cinco.

Lanzó el joven un suspiro de alegría; y hablaron después casi sosegadamente á fuer de íntimos, como si se conocieran desde muchos años antes.

El ruido del timbre les hizo estremecer y se alejaron uno de otro.

—Debe ser Laurita—murmuró la señora de Marlie.

Apareció la niña, luego se detuvo indecisa, después corrió hacia Duroy palmoteando de contento al verle y exclamó:

—¡Ah! ¡el Buen-Mozo!

La joven se echó á reir:

—¡Toma! ¡Buen-Mozo! ¡Laurita le ha bautizado! ¡Es un nombre cariñoso; también yo le llamaré Buen-Mozo!

Duroy sentó á la niña sobre sus rodillas y la hizo jugar durante un ratito.

Se levantó á las tres menos veinte para ir al periódico; y en la escalera por la puerta entornada murmuró todavía:

—Mañana. A las cinco.

La joven contestó: «Sí,» sonriendo, y desapareció.

Apenas hubo acabado el trabajo, pensó en el modo de arreglar el cuarto para recibir á su querida á fin de disimular de la mejor manera la pobreza del local.

Se le ocurrió pegar en las paredes chucherías japonesas y por cinco francos compró una porción de abanicos, esterillas y estampas, con las cuales ocultó las manchas harto visibles del papel. Aplicó á los cristales de la ventana calcomanías que representaban barcos surcando unos ríos, vuelos de pájaros sobre fondos rojos, señoritas japonesas asomadas al balcón y sombras chinescas que se movían sobre nevados paisajes.

Su habitación donde apenas había espacio para rebullirse y dormir, pareció entonces el interior de un farol pintado. Gustóle el efecto y se pasó la noche pegando en el techo los pájaros que recortaba de las láminas que había comprado.

Luego se acostó arrullado por el silbido de los trenes.

Al día siguiente volvió á su casa temprano llevando un cartucho de dulces y una botella de Madera que compró en un colmado. Tuvo que volver á salir para procurarse dos platos y dos copas, y dispuso aquella colación sobre su tocador, cuya sucia madera quedó disimulada por una servilleta que tapaba al propio tiempo la palangana y el jarro.

Luego esperó.

Llegó la joven á las cinco y cuarto y **seducida** por los vivos colores de los dibujos, exclamó:

—Tiene usted una casa muy bonita; pero hay mucha gente en la escalera.

El la estrechó entre sus brazos y besaba con ansia sus cabellos entre la frente y el sombrero, á través del velillo.

Hora y media más tarde la acompañaba á la parada de coches de la calle de Roma. Cuando ella estuvo en el coche, Duroy murmuró:

—El martes á la misma hora.

—Sí, á la misma hora.

Y como ya obscurecía, atrajo la cabeza del joven hacia sí, y le besó en los labios. Cuando el cochero hubo arreado, aun gritó la joven:

—¡Adiós, Buen-Mozol!

Y el desvencijado simón se alejó al trote de un mal rocín blanco.

Durante tres semanas, Duroy recibió del mismo modo cada dos ó tres días á la señora de Marelle, unas veces por la mañana y otras por la tarde.

Un día, mientras la esperaba, oyó gran batahola en la escalera, y fué hacia la puerta.

Un niño chillaba.

Un hombre gritó con voz furiosa:

—¿Qué demonios chilla ese imbécil?

Una voz exasperada de mujer contestó:

—Es que esa asquerosa perdida que va á ver al

periodista de arriba ha hecho caer á Nicolás. ¡Lástima que no reviente! ¡Esas indecentes no se fijan siquiera en los niños!

Duroy, asustado, retrocedió, pues oía un rápido crujir de faldas y un paso precipitado que subía la escalera.

Pronto llamaron á la puerta que acababa de cerrar. Abrió y la señora de Marelle entró en el cuarto, sofocada, enloquecida, balbuceando:

—¡Has oído!

Fingió Duroy no saber nada.

—No, ¿qué?

—Cómo me insultaban.

—¿Quién?

—Los canallas que viven abajo.

—Pero, ¿qué, qué es lo que te han dicho?

Ella se puso á sollozar sin poder pronunciar una palabra.

Duroy tuvo que quitarla el sombrero, el traje, tenderla en la cama y refrescarla las sienes con un trapo mojado; estaba sofocada, y cuando se hubo calmado algo su emoción, estalló su cólera.

Quería que bajara en seguida, que peleara, que les matara.

El repetía:

—Son obreros, gente inculta. Piensa que habría que acudir á los tribunales y que podrías ser reconocida y perdida. A gente así se la desprecia.

Se le ocurrió á ella otra idea.

—¿Cómo nos las vamos á componer ahora? Yo no puedo volver aquí.

—Con mudarme de casa — replicó él—estamos al cabo de la calle.

—Sí, pero tardarás mucho.

Luego, de pronto, imaginó otra combinación y tranquilizándose de pronto, exclamó:

—Bueno, ya tengo mi idea. No te cuides de nada. Mañana te enviaré una esquelita.

Llamaba esquelitas á los telegramas que circulan por el interior de París.

Sonreía de nuevo encantada de su idea que no quería revelar é hizo mil locuras de amor.

Sentíase, sin embargo, muy conmovida al bajar la escalera, y se apoyaba con toda su fuerza en el brazo de su amante, pues le flaqueaban las piernas.

A nadie encontraron.

Como se levantaba tarde, estaba aún en la cama al día siguiente á las once, cuando el mozo de telégrafos le trajo la esquelita prometida.

Duroy la abrió, y leyó:

«Id á las cinco á la calle de Constantinopla, 127. Hazte abrir la habitación alquilada por la señora Duroy.—CLO, te abraza.»

A las cinco en punto entraba en la portería de una gran casa, y preguntaba:

—¿Es aquí que la señora Duroy ha alquilado una habitación?

—Sí, señor.

—¿Quiere usted hacer el favor de llevarme á ella?

Aquel hombre, acostumbrado sin duda á intrigas parecidas que requieren mucha prudencia, le miraba fijamente, y después, mientras escogía una llave de un gran manojó, preguntó:

—¿Es usted el señor Duroy?

—Sí, señor; el mismo.

Abrió una habitación compuesta de dos piezas y situada en los bajos frente á la portería.

El salón tapizado de papel rameado bastante decente, contenía un mueble de chicaranda y reps verduzco con dibujos amarillos y una alfombra floreada tan delgadísima, que al pisarla se sentía crujir el suelo debajo de ella.

La alcoba era tan pequeña que casi no dejaba sitio para moverse. La cama era grande, con pabellón azul y un edredon de seda encarnada que tenía unas manchas sospechosas.

Duroy, inquieto y descontento, pensaba:

—¡No me va á costar poco dinero este piso! Tendré que empeñarme más. Es una estupidez lo que ha hecho.

Se abrió la puerta y Clotilde se precipitó en el cuarto como una tromba con los brazos abiertos. Parecía encantada.

—¿No te gusta, dí, no te gusta? Y no hay que subir, estamos en planta baja. Se puede entrar y

salir por la ventana sin que el portero lo vea. ¡Cuánto vamos á amarnos aquí!

El la abrazaba friamente, no atreviéndose á formular la pregunta que le atosigaba.

Había dejado un gran paquete en la mesilla de centro. Lo abrió y sacó de allí jabón, una botella de agua de Lubín, una esponja, una caja de horquillas, un abrochador y unas tenacillas para rizarse el pelo antes de salir á la calle.

Parecía divertirse buscando sitio para todos aquellos objetos como si hiciera una mudanza formal.

Mientras abría y cerraba cajones, charlaba sin descanso.

—Tendré que traer ropa blanca, para mudarme cuando lo desee. Resultará muy cómodo; si por casualidad me coge un chaparrón cuando voy á compras, vendré aquí á mudarme. Tendremos una llave cada uno, y además otra la portera por si algún día nos la olvidamos. He alquilado la habitación por tres meses á tu nombre porque no podía dar el mío.

Entonces Duroy preguntó:

—Dime qué día hay que pagar.

—Está pagado, monín—contestó ella.

—Entonces te debo el alquiler á ti.

—No, gato mío, no te cuides de ello; soy yo quien me permito este lujo.

Duroy fingió enfadarse:

—¡Ah! no, lo que es eso, no. No he de permitirlo.

Entonces ella, poniéndole las manos en los hombros, le dijo:

—Te lo ruego, Jorge, no insistas; deseo que este sea nuestro nido. Y que sea mío. ¿En qué puede molestarte esto? ¿En qué? Dime que consientes, monín. ¿Verdad que quieres?

Le imploraba con la mirada, con la palabra y con todo su ser.

El se hizo de rogar, rehusando al principio y cediendo por fin, porque en el fondo le parecía justo que ella pagara.

Cuando quedó solo murmuró, frotándose las manos y sin tratar de analizar de qué provenía aquel día tal impresión:

—La verdad es que es muy amable.

Al cabo de un par de días recibió otra esquelita que decía:

«Mi marido llega esta noche, después de seis semanas de inspección.

»Habrás, pues, ocho días de huelga. ¡Qué fastidio, alma mía!

»Tu CLO.»

Duroy quedó estupefacto. Maldito si se acordaba del tal casamiento. Pensó que sería gracioso conocer al marido para ver qué cara tenía.

Esperó con paciencia la marcha del marido, y en las Folies Bergère pasó dos noches que acabaron en el domicilio de Raquel. Luego, una mañana, le llevaron un nuevo telegrama que contenía estas palabras:

«Hoy á las cinco.—CLO.»

Llegaron ambos con anticipación á la cita. Ella se echó en sus brazos con impulso irrefrenable de amor, besándole apasionadamente en la boca y en los ojos; y luego le dijo:

— Si quieres, después de amarnos mucho, iremos á comer juntos. Estoy libre del todo.

Era precisamente á primeros de mes, y aunque había cobrado con anticipación la paga, Duroy estaba en fondos.

Acogió con gusto la ocasión de gastar algo con ella.

—Sí, querida mía, como quieras.

Salieron, pues, á las siete, y fueron hacia el bulevar exterior. Apoyábase ella fuertemente en su brazo y le decía al oído:

—¡Qué gusto me da ir de tu brazo y sentirte junto á mí!

—¿Quieres ir á casa del tío Lathuille?—preguntó Duroy.

—No, es demasiado elegante. Quisiera algo más ordinario, menos conocido. Un restaurant de esos donde van dependientes y obreras; me gustan, me

gustan los tabernuchos. ¡Oh, si hubiéramos podido ir al campo!

Como Duroy no conocía ninguna casa por el estilo en el barrio, tuvieron que andar largo trecho y por fin se metieron en una taberna donde había un comedor aparte. A través de los cristales se veían dos muchachas sin nada á la cabeza enfrente de dos soldados.

Tres cocheros de punto comían en el fondo de la pieza estrecha y larga, donde se veía además un hombre de facha innoble fumando su pipa con las piernas extendidas, las manos en la cintura del pantalón y la cabeza echada hacia atrás. Su cazadora parecía un museo de manchas, y en los bolsillos repletos se veían el cuello de una botella, un trozo de pan, un paquete envuelto en un periódico y un bramante que colgaba. Tenía el pelo negro rizado, enmarañado y sucio; tenía la gorra en el suelo, debajo de la silla.

Hizo gran efecto la entrada de Clotilde por la elegancia de su vestido. Las dos parejas cesaron de cuchichear, los tres cocheros de discutir, y el hombre que fumaba se quitó la pipa de la boca, escupió y miró volviendo algo la cabeza.

La señora de Marelle murmuró:

—Es muy bonito, estaremos bien; otro día me vestiré de obrera.

Se sentó sin cuidado y sin disgusto junto á una

mesa de madera barnizada por la grasa de los guisados y lavada por las bebidas vertidas y de cuando en cuando por un trapo fementido. Duroy, algo turbado y avergonzado, buscaba una percha para colgar su sombrero de copa, y no hallándola lo dejó en una silla.

Comieron un guisado de cordero, un trozo de gigot y una ensalada.

Clotilde repetía:

—Me gusta mucho esto. Tengo aficiones canalescas. Me divierto más aquí que en el café Inglés.

Al cabo de poco rato, añadió:

—Si quieres darme gusto, llévame á un baile de poco pelo. Por aquí cerca conozco uno muy curioso llamado *La Reina Blanca*.

Duroy, sorprendido, exclamó:

—¿Quién te ha llevado allí?

La miró y vió que se ruborizaba. Algo turbada, como si aquella pregunta brusca despertara en ella un recuerdo molesto. Después de una breve vacilación, de aquellas que tienen las mujeres y que han de adivinarse casi, contestó:

—Un amigo... que ha muerto—añadió después de un instante de silencio.

Y bajó los ojos con natural tristeza.

Duroy por primera vez pensó en el pasado de aquella mujer y en lo mucho que de ella ignoraba. De fijo que había tenido ya amantes ¿pero de qué especie? ¿de qué clase? Unos celos vagos, una es-

pecie de inquina se despertaba en su corazón contra ella y una especie de odio contra todo lo que no le había pertenecido de aquel corazón y de aquella existencia. La miraba irritado del misterio que encerraba aquella cabeza linda y muda, que en aquel mismo instante quizá pensaba en los otros con cierta nostalgia. ¡Cuánto le hubiera gustado conocer aquellos recuerdos y rebuscar en ellos para conocerlos!

—Quieres llevarme á la *Reina Blanca*?—repitió;
— será una fiesta completa.

Duroy pensó: «Bah, ¿qué me importa lo pasado? Bien tonto soy en molestarme por ella.» Y contestó sonriendo:

—Ya lo creo, pichón.

Cuando estuvieron en la calle, la joven en voz baja, en aquel tono misterioso en que se hacen las confidencias, repuso:

—No me atreví á pedírtelo hasta ahora, pero no puedes imaginar lo que me gustan esas escapatorias á los sitios donde no van mujeres de mi clase. En Carnaval me disfrazaré de colegia!, ya verás qué graciosa soy.

Cuando entraron en el salón de baile se estrechó contra él, asustada y contenta, mirando con avidez á las mujerzuelas y chulos y de cuando en cuando, como para tranquilizarse, decía viendo un guardia municipal grave é inmóvil:

—He aquí un agente que parece robusto.

Al cuarto de hora se cansó y Duroy la acompañó hasta su casa.

Empezó entonces una serie de excursiones á los sitios poco recomendables donde se divierte la hez del pueblo; y Duroy advirtió que su querida deliraba por tales espectáculos.

Generalmente vestía de percal, con una gorrilla de camarera, de camarera de zarzuela, y á pesar de la sencillez elegante y rebuscada de su atavío, no se quitaba las sortijas ni los brazaletes ni los aretes de brillantes, diciendo cuando él le suplicaba que no los llevara:

—¡Bah! se creerán que son diamantes americanos.

Imaginaba estar perfectamente disfrazada, aunque en realidad se ocultara sólo á manera de los avestruces, é iba á las tabernas de peor fama.

Quería que Duroy se vistiera de obrero, pero éste se negó y conservó su traje habitual sin querer cambiar siquiera su sombrero de copa por uno hongo.

Consolóse la joven de su negativa, diciéndose: «Se creerán que soy una camarera de quien se ha enamorado un joven elegante. Y aquella comedia le parecía deliciosa.

Entraban así en las zahurdas más asquerosas y se sentaban en un rincón en las sillas cojas, junto á una mesa vieja y no muy limpia. Reinaba allí un olor de humo acre mezclado con el de pescado frito

y de diversos guisotes; había hombres de blusa que alborotaban bebiendo copa tras copa, y el dependiente, admirado, contemplaba aquella extraña pareja que le pedía unas guindas.

Ella, temblorosa y encantada á un tiempo, tragaba sorbo á sorbo el zumo rojo de la fruta, mirando en torno con inquietud. Cada cereza tragada le daba la sensación de una falta cometida, y cada gota de líquido ardiente y picante bajando por su garganta, le producía un goce vivo, la alegría de un placer malvado y prohibido. Al cabo de un rato, decía á media voz: «Vámonos», y se iban.

Ella andaba rápidamente con la cabeza baja, con paso menudo de actriz que sale de escena, entre los bebedores acodados en las mesas que la miraban pasar con expresión recelosa y descontenta; y cuando había salvado la puerta lanzaba un hondo suspiro como si acabara de escapar de un terrible peligro.

Algunas veces preguntaba á Duroy, estremeciéndose:

—¿Qué harías tú si me insultaran en uno de esos tabernuchos?

—Te defendería, pardiez—contestaba el joven.

Ella le apretaba el brazo con alegría y quizá con el deseo secreto y no confesado de verse insultada y defendida y de que dos hombres se pelearan por ella.

Aquellas excursiones que se verificaban cada dos

ó tres días empezaban á cansar á Duroy, quien además pasaba grandes apuros para procurarse los diez francos que le costaban el coche y las bebidas.

Vivía con trabajo infinito, con más penuria que cuando estuvo empleado en la estación del Norte, pues habiendo gastado mucho y sin contar durante los primeros meses de periodismo, con la esperanza constante de ganar grandes sumas un día ú otro, agotó todos sus recursos, y todos los medios de procurarse dinero. El procedimiento más sencillo, el de pedir adelantado al administrador, se agotó muy pronto, y debía ya al periódico cuatro meses de sueldo, y seiscientos francos á cuenta de los sueltos pagados por línea. Debía además cien francos á Forestier, trescientos á Jaime Rival que era generoso, y le asaltaban de continuo varios acreedores á quienes debía cantidades pequeñas como de cinco á veinte francos, que son las deudas que molestan más.

Saint-Potín, aunque fuera hombre de recursos, no pudo darle ni halló remedio adecuado para su situación, y Duroy se exasperaba luchando contra aquella miseria que le era más sensible ahora que antes, porque tenía mayores necesidades.

Sentía una cólera sorda contra todos y una cólera incesante que se exteriorizaba á cada paso por las causas más fútiles.

A veces se preguntaba como se las compuso

para gastar mil francos por mes sin hacer ningún exceso ni permitirse ningún capricho costoso. Y entonces recordaba que un almuerzo de ocho francos y una comida de doce en un gran café del boulevard forman un total de un luis diario, que unido á ocho ó diez francos que se gastan sin saber cómo, significa un gasto mensual de nuevecientos francos. Y no contaba el gasto de traje, calzado, ropa blanca y lavandera.

Así, pues, el 14 de diciembre se halló sin un céntimo en el bolsillo y sin saber cómo componérselas para coger algún dinero.

Como tiempo atrás no almorzó y pasó la tarde en el periódico trabajando, rabiando y preocupado. A las cuatro recibió un telegrama de su querida, que decía:

«¿Quieres que comamos juntos? Luego haremos una escapatoria.»

Duroy contestó en seguida:

«Imposible comer.» Pero luego reflexionó que sería bien tonto en no aprovechar los momentos agradables que ella le proporcionaría, y añadió:

«...Te esperaré á las nueve en nuestra casa.»

Y después de enviar á uno de los mozos de la redacción con la carta para ahorrarse el precio del telegrama, empezó á reflexionar cómo se las pondría para comer.

A las siete aun no había inventado nada, y un hambre terrible le ponía furioso. Entonces acudió

á una estratagema desesperada. Dejó que se marcharan todos sus compañeros uno tras otro, y cuando estuvo sólo llamó vivamente. El portero del director se presentó.

Duroy, nervioso, de pie, rebuscaba en sus bolsillos, y dijo con voz brusca:

—Oiga, Foucart, me he olvidado el portamonedas y he de ir á comer al Luxemburgo; présteme usted medio duro para pagar el coche.

El mozo sacó tres francos del bolsillo, preguntando:

—¿El señor Duroy no necesita más?

—No, no, gracias; me bastan. Muchas gracias.

Y habiendo cogido las tres monedas, Duroy bajó corriendo la escalera y fué á comer á un bodegón donde iba á pasar los días de miseria.

A las nueve esperaba á su querida calentándose junto á la chimenea.

Llegó muy animada, muy alegre azotada por el aire frío de la calle.

—Si quieres—dijo—daremos primero una vueltecita y volveremos aquí á las once. Hace un tiempo magnífico para pasearse.

—¿Para qué salir? Se está muy bien aquí—contestó con tono gruñón.

La joven sin quitarse el sombrero, repuso:

—Hace una luna preciosa, debe dar gusto pasear esta noche.

—Es posible, pero no quiero pasearme.

Dijo aquellas palabras con expresión furiosa.

Ella se sintió ofendida y preguntó:

—¿Qué tienes? ¿por qué adoptas ese tono? Deseo dar una vueltecita y no veo en qué puedo molestarte.

Duroy se levantó exasperado.

—No me molesta pero me encocora. ¡Eso es!

La señora de Marelle era de aquellas mujeres á quienes la resistencia irrita y la grosería ofende.

Con desdén, con fría cólera dijo:

—No tengo la costumbre de que se me hable así. Pasearé sola, adiós.

Comprendió el joven que aquello era grave, se lanzó hacia ella, la cogió las manos y se las besó balbuceando:

—Perdóname, alma mía, perdóname, estoy muy nervioso esta noche, muy irritable. He tenido algunos disgustos en la redacción y no sé lo que me digo.

No calmada del todo pero ya más tranquila, la joven contestó:

—Eso no es cuenta mía, no quiero soportar los efectos de tu malhumor.

El la tomó en brazos y la llevó hacia el sofá.

—Escucha, monina, no quería ofenderte; no pensé en lo que decía.

La había obligado á sentarse, y arrodillado ante ella la preguntó:

—¿Me has perdonado? Dime que me perdonas.

—Bueno, pero que eso no se repita — contestó fríamente, y levantándose, añadió:

— Ahora, vamos á dar una vuelta.

El permanecía de rodillas rodeándole las caderas con ambos brazos.

—Te ruego que permanezcamos aquí, te lo suplico, accede á ello. No puedes figurarte cuanto deseo que esta noche seas toda para mí; que pases la velada junto al fuego. ¿Dí que sí, verdad? Sí.

—No. Quiero salir, y no cederé á tus caprichos —replicó ella con dureza.

—Te ruego que cedas; hay una razón para ello, una razón seria.

—No. Y si no quieres salir conmigo, me voy. Adiós.

Se levantó, se soltó y fué hacia la puerta.

El la alcanzó y estrechándola entre sus brazos, dijo:

—Oye, Clo, Clotildita, oye, sé amable...

Ella decía que no con la cabeza sin contestar, evitando sus besos y tratando de zafarse de sus brazos para salir.

—Clo, Clotildita, hay una razón para ello —balbuceaba.

Ella se detuvo y mirándole con fijeza dijo:

—Mientes... ¿cuál?

Duroy se ruborizó no sabiendo qué contestar. Y entonces ella indignada añadió:

—Bien ves que mientes, mal bicho...

Y con ademán rabioso y lágrimas en los ojos se soltó.

El la cogió otra vez por los hombros, y desolado, dispuesto á todo para evitar aquella ruptura, declaró con acento desesperado:

—Es que no tengo un céntimo, ea, ya lo sabes.

Detúvose de repente y mirándole con fijeza para descubrir la verdad, exclamó:

—¿Qué dices?

—Digo que no tengo un céntimo — replicó Duroy rojo como una amapola.—¿Comprendes? No un franco, ni medio, sino ni cinco céntimos. Me obligas á confesar cosas vergonzosas. Me parece que no era posible salir contigo y una vez hubiésemos estado en un tabernucho ante dos copas de licor decirte tranquilamente que no podía pagarlas...

Le miró ella cara á cara y dijo:

—¿De modo que es verdad?...

En un instante se volvió todos los bolsillos, los del pantalón, los del chaleco, los de la americana, y dijo:

—¡Ea! ¿lo crees ahora?

Bruscamente, abriendo los brazos con impulso apasionado, se le abalanzó al cuello balbuciendo:

—¡Ah, vida mía... pobre vida mía!... ¡Si lo hubiera sabido! ¿Qué es lo que te pasa?

Le hizo sentar, se sentó ella misma sobre sus rodillas y abrazándole, besándole sin cesar el bigote,

la boca, los ojos, la frente, le obligó á conesar de qué provenía aquella desgracia.

Duroy inventó una historia enternecedora. Dijo que se vió obligado á socorrer á sus padres que estaban apurados, y que no sólo se gastó todo el dinero que tenía, sino que se entrampó grandemente.

Al terminar su relación añadió:

—Lo menos me pasará seis meses muriéndome de hambre, porque he agotado todos mis recursos. Poco importa. Ya sé que hay momentos difíciles en la vida. No vale la pena de que uno se cuide del dinero.

—¿Quieres que te preste?—murmuróle ella al oído.

El contestó con dignidad:

—No, te lo agradezco; pero no hablemos más de ello. Me ofenderías.

La joven se calló, y luego, estrechándole entre sus brazos murmuró:

—Nunca sabrás lo que te quiero...

Fué una de sus mejores noches de amor.

Cuando la señora de Marelle iba á marchar, dijo sonriendo:

—Estando en tu situación, ¡qué sorpresa debe causar encontrarse una moneda de oro entre forro y bolsillo!

Duroy contestó sonriendo también:

—¡Bah! no es probable que á mí me ocurra eso.

La joven quiso volver á pie á pretexto de que la

luna era admirable y se extasiaba contemplándola. Era una noche fría y serena de principios de invierno. Los transeuntes y los caballos andaban aprisa, aguijoneados por el aire helado. Los tacones resonaban con fuerza sobre las aceras.

Al dejarle, ella le preguntó:

—¿Quieres que nos veamos pasado mañana?

—Ya lo creo.

—¿A la misma hora?

—Sí.

—Adiós, alma mía.

Se besaron tiernamente.

Duroy volvió á su casa dando grandes zancadas, preguntándose qué haría al día siguiente para salir de apuros. Pero en el instante que abría la puerta del cuarto y buscaba cerillas en el bolsillo, quedó estupefacto, encontrando una moneda.

Después de encender una cerilla, cogió la moneda para examinarla. ¡Era un luis!

Creyó que se había vuelto loco.

Lo volvió y lo revolvió pensando por qué milagro aquel dinero se encontraba allí. Era poco probable que hubiera caído de las nubes.

Luego, de pronto, adivinó, y una cólera violenta se apoderó de él. Su querida había hablado de monedas que uno se encuentra impensadamente en los momentos más críticos. Era ella quien le había hecho tal limosna.

¡Qué vergüenza!

—Buena la voy á poner pasado mañana. ¡Va á pasar un buen rato!

Y se acostó con el corazón henchido de furor y de rabia.

Se despertó tarde.

Tenía hambre. Trató de volver á dormirse para despertar á las dos, pero luego pensó que aquello no conducía á nada.

—¡Bah!—se dijo—de todos modos, lo probable es que acabaré por encontrar dinero.

Luego salió, esperando que se le ocurriría alguna idea cuándo estuviera en la calle.

No se le ocurrió; pero cada vez que pasaba por delante de una fonda, sentía un deseo vehemente de comer, y la boca se le hacía agua. A mediodía, y no habiéndosele ocurrido nada, se decidió bruscamente:

—Voy á almorzar con el dinero de Clotilde; esto no impedirá que se lo devuelva mañana.

Comió en una cervecería por dos francos cincuenta. Al entrar en el periódico pagó los tres francos al portero, dándole las gracias.

Trabajó hasta las siete. Luego se fué á comer, y aquello hizo que se rebajara en tres francos más el dinero que le quedaba. La cerveza de la noche hizo subir á nueve francos treinta céntimos su gasto del día.

Pero como no podía rehacer su crédito ni buscar recursos en veinticuatro horas, gastó aún seis fran-

cos y medio más al día siguiente, de los veinte que había de devolver aquella misma noche.

Llegó al punto de cita con un humor de perros y proponiéndose deslindar de un modo bien claro la situación. Diría á su querida:

—Ya sé lo que hiciste ayer. Hallé los veinte francos. No te los devuelvo hoy porque no me es posible y no he tenido tiempo de buscar dinero, pero te los devolveré la primera vez que te vea.

La joven llegó llena de temor, tierna y cariñosa. ¿Qué acogida merecería? Le besó con ardor y repetidamente, y con ardor al principio para evitar una explicación durante los primeros momentos.

Por su parte, Duroy pensaba:

—Siempre hay tiempo para hablar de estas cosas; esperaré un instante oportuno.

No se presentó el instante y nada dijo, temiendo las primeras palabras acerca de asunto tan delicado.

Ella no habló de salir y estuvo verdaderamente encantadora.

Se separaron á media noche después de darse cita para el miércoles de la semana siguiente, porque la señora de Marelle tenía que acudir á muchas invitaciones.

Al día siguiente, al pagar su almuerzo, cuando Duroy buscaba las cuatro monedas de plata que debían quedarle, halló cinco, una de las cuales era de oro.

De momento creyó que le habían devuelto francos por equivocación, pero luego comprendió la verdad y se sintió humillado por aquella limosna perseverante.

¡Cuánto sintió haber callado! De hablar con energía no hubiera sucedido nada de esto.

Durante cuatro días procuró en vano reunir cinco luises y se comió el segundo de Clotilde.

Esta, por más que él se enfadó y le dijo que no empezara de nuevo la broma pesada de las últimas noches, halló medio de deslizar otra vez veinte francos en el bolsillo de su pantalón la primera vez que se encontraran.

Al descubrir la moneda lanzó Duroy un juramento, y la llevó al bolsillo del chaleco porque no tenía un céntimo.

Se tranquilizaba pensando que se lo devolvería todo de una vez y que al fin y al cabo debía considerarlo como un préstamo.

El cajero del periódico consintió al fin á fuerza de ruegos en darle cinco francos cada día, lo cual le bastaba para comer pero no para devolver los sesenta francos.

Como Clotilde volvió á querer reanudar sus excursiones nocturnas por los tabernuchos y bailes de candil de París, Duroy acabó por no hacer caso de encontrar una moneda de oro en los bolsillos ó en la caja de su reloj, ó hasta en la bota, según los días, después de sus excursiones estrafalarias. Ya

que ella sentía deseos que no podía satisfacer de momento, ¿no era natural que los pagara?

Apuntaba, sin embargo, cuanto de ella recibía, para devolvérselo en cuanto pudiera.

Una noche le dijo la señora de Marelle:

—¿Crearás que no he estado jamás en las Folies-Bergére? ¿Quieres llevarme?

Duroy vaciló, temiendo encontrar á Raquel. Pero luego pensó que al fin y al cabo no estaba casado y que si la otra le veía comprendería el caso y haría la vista gorda.

Hubo otro motivo que le decidió. Pensó que ofreciendo un palco de favor á su querida, podía considerarlo como una especie de compensación.

Dejó á Clotilde en el coche para ir á buscar la localidad, á fin de que ella no viera que se la daban de balde, luego volvió al coche y entraron saludados por los porteros.

Una multitud enorme llenaba el corredor. Les costó gran trabajo abrirse paso entre los hombres y las busconas. Por fin entraron en su palco y se instalaron entre la gente del patio que permanecía inmóvil y los remolinos del corredor.

Pero la señora de Marelle no se fijaba en la escena sino en las muchachas que se paseaban detrás de ella, y se volvía sin cesar para verlas, con deseo de tocarlas, de palparles los pechos, las mejillas y

el pelo, para saber cómo estaban hechos aquellos seres.

De pronto dijo:

—Estoy viendo una morenucha que nos mira continuamente. Hace un instante parecía que iba á hablarnos. ¿La has visto?

—No—contestó Duroy,—debes engañarte;—pero la había visto hacía ya rato. Era Raquel que se paseaba por allí cerca con la mirada colérica y la injuria presta á brotar de los labios.

Duroy había rozado su vestido al atravesar la multitud y ella le saludó en voz baja guiñando un ojo, como queriendo decir que ya comprendía lo que aquello significaba. Pero él no contestó á aquella amabilidad temiendo que le sorprendiera su querida, y pasó friamente con la cabeza erguida y sonrisa desdeñosa. La buscona, á quien aguijoneaban unos celos inconscientes, dió media vuelta, rozó de nuevo con el joven, y dijo en voz más alta: «Hola, Jorge». El tampoco contestó, y entonces ella se obstinó en ser reconocida y saludada, y continuamente se colocaba detrás del palco, esperando una ocasión favorable.

Desde que advirtió que la señora de Marelle la miraba, tocó con la punta del dedo el hombro de Duroy.

—Buenas noches. ¿Sigues bien?

Duroy no se volvió.

—¿Qué te pasa? ¿te has vuelto sordo desde el jueves?

Tampoco contestó, no queriendo comprometerse ni con una palabra contestando á aquella mujerzuela.

Raquel se echó á reir con rabia y dijo:

—¿Te has vuelto mudo? ¿La señora te ha mordido quizá la lengua?

Duroy hizo un ademán de cólera y dijo con voz exasperada:

—¿Quién le permite á usted hablarme? Lárguese usted ó la hago detener.

Entonces, con la mirada inflamada, anhelante el pecho, gritó Raquel:

—¡Ah! ¿sí? ¡Anda, marrano! Cuando ha dormido uno con una mujer siquiera se la saluda. Aunque estés con otra, no hay razón para que dejes de saludarme. Si hace un momento me hubieras hecho una simple seña, te hubiera dejado tranquilo; pero te las quieres echar de orgulloso, ¡bueno, bueno te voy á poner! ¡Ah! ¡ni siquiera me saludas cuando te encuentro!

Hubiera chillado largo rato, pero la señora de Marelle abrió la puerta del cuarto y escapó á través de la multitud buscando con ansia la salida.

Duroy se lanzó detrás de ella, procurando alcanzarla.

Entonces Raquel, viéndoles huir, chilló con acento de triunfo:

—¡Cogedla! ¡cogedla! Me ha robado mi querido.

Se oyeron carcajadas del público, y dos caballeros, por broma, cogieron á la fugitiva por los hombros y quisieron llevársela, tratando de besarla. Pero Duroy, habiéndola alcanzado, la hizo soltar violentamente á los que la cogieron y se lanzó á la calle. Clotilde saltó á un coche de punto que estaba detenido ante el teatro y Duroy la imitó.

Cuando el cochero dijo: «¿A dónde vamos?», contestó el joven:

—A cualquier parte.

El coche se puso en marcha lentamente y Clotilde, presa de una especie de crisis nerviosa, tapándose la cara con las manos, parecía ahogarse. Duroy no sabía qué hacer ni qué decir.

Por fin, oyéndola llorar, balbució:

—Escucha, Clo... Clotildita mía, deja que te explique!... No es culpa mía... conocí á esa mujer en otro tiempo.

La joven levantó la cabeza y acometida de una rabia de mujer enamorada y vendida, una rabia furiosa que la devolvió la palabra, balbució con frases rápidas, entrecortadas:

—¡Ah!... miserable... miserable... ¡qué indigno eres!... ¿es posible? ¡Qué vergüenza!... ¡Ah, Dios mío... qué vergüenza!...

Luego enfurruñándose más y más á medida que comprendía mejor lo acaecido y tenía más abundancia de argumentos, exclamó:

—La pagabas con mi dinero, ¿verdad? Y yo le daba dinero... para esa zorra... ¡ah, miserable!

Durante unos momentos pareció buscar una palabra más insultante que no se le ocurría, y de pronto exclamó con el movimiento que se hace cuando se escupe:

—¡Ah! marrano... marrano... marrano... ¡La pagabas con mi dinero!... ¡marrano... marrano!...

No se le ocurría otra cosa y repetía:

—Marrano... marrano.

De pronto sacó el cuerpo por la ventanilla y cogiendo al cochero por la manga, exclamó:

—Pare.

Y luego abriendo la portezuela saltó á la calle.

Jorge quiso seguirla, pero ella gritó:

—¡Te prohibo bajar!—con voz tan fuerte, que los transeuntes formaron corro.

Duroy no se movió por temor á un escándalo. Entonces ella sacó el monedero y á la luz del farol tomó dos francos cincuenta que puso en manos del cochero, diciéndole con acento vibrante:

—Tome usted, ahí tiene usted la hora... Yo soy la que pago... Lleve usted á este cochino á la calle Boursault en Batignolles.

Sonó una carcajada que salió del grupo.

Un caballero, dijo: «Bravo, muchacha,» y un pillete hundiendo la cabeza por la portezuela abierta, chilló con voz aguda:

—¡Buenas noches, Bibí!

Luego, el coche volvió á ponerse en marcha perseguido por las carcajadas.

VI

Jorge Duroy se despertó triste al día siguiente. Se vistió lentamente, luego se sentó delante de la ventana, y se puso á reflexionar. Sentía en todo el cuerpo dolores sordos como si hubiera recibido la víspera un buen pie de paliza. Por fin le aguijoneó el ansia de buscar dinero y fué á ver á Forestier.

Recibióle su amigo en su gabinete junto á la chimenea.

—¿Cómo te has levantado tan temprano?

—Por un asunto grave; tengo una deuda de honor.

—¿De juego?

— Sí.

—¿Grande?

—¡Quinientos francos!

Sólo debía doscientos ochenta.

Forestier, incrédulo, preguntó:

—¿A quién debes eso?

Duroy no acertó á contestar en seguida.

—...A... á... un caballero de Carleville.

—¡Ah! ¿Dónde vive?

—Calle... calle...

Forestier se echó á reír.

—¡Ya! calle de sal si puedes, ¿verdad? Ya conozco á ese caballero, querido. Si quieres veinte francos puedes disponer de ellos, pero de nada más.

Duroy aceptó la moneda de oro. Luego fué de puerta en puerta á ver á todos sus conocidos, y á las cinco había reunido ochenta francos.

Como aun le faltaban doscientos, tomó de pronto lo que le pareció el mejor partido y guardándose lo que recogiera, pensó que no valía la pena de molestarse por aquella casquivana y que la devolvería el dinero cuando pudiera.

Durante quince días vivió de un modo económico y sin permitirse diversiones de ninguna clase, dispuesto á tomar enérgicas resoluciones. Pero de pronto, sintió un gran deseo de amor. Se le antojaba que habían pasado muchos años desde que tuviera una mujer en sus brazos, y como el marinero que se entusiasma viendo la tierra, se estremecía de pies á cabeza al ver unas faldas. Entonces una noche volvió á los Folies-Bergère con la esperanza de encontrar á Raquel. La vió en efecto desde que entró, porque se pasaba la vida en aquel teatrúcho.

Fué hacia ella sonriendo y tendiendo la mano; pero ella le midió con una mirada de pies á cabeza, y le dijo:

—¿Qué quiere usted?

Duroy quiso tomarlo á broma.

—Ea, no seas estúpida.

Pero ella dió media vuelta, declarando:

—No me trato con chulos aburridos.

Había buscado la injuria más grosera. Recibióla él ruborizándose, y volvió sólo á su casa.

Forestier enfermo, debilitado, tosiendo de continuo, le molestaba sin cesar en el periódico, pareciendo entretenerse en fastidiarle adrede. Un día, en un momento de irritación nerviosa, después de un grave acceso de tos, al saber que Duroy no pudo recoger unas notas que le había pedido, gruñó:

—¡Voto al diablo! eres más imbécil de lo que creía.

Duroy por poco le abofetea, pero se contuvo y se marchó murmurando: «Ya me las pagarás.» Un pensamiento rápido acudió á su mente y añadió: «Voy á ponerte los cuernos, viejo mío.» Y se fué frotándose las manos, contento con su proyecto.

Desde el día siguiente quiso ponerle en ejecución y fué á visitar á la señora de Forestier para ver cómo le recibía.

La encontró leyendo un libro y tendida en el sofá. Le tendió la mano sin mouerse, volviendo únicamente la cabeza, y le dijo:

—Buenos días, Buen-Mozo.

A él le pareció que acababa de recibir un bofetón.

—¿Por qué me llama usted así?

La joven contestó sonriendo:

—Porque el otro día ví á la señora de Marelle y

me dijo como le había bautizado á usted su hija. Duroy se tranquilizó ante el aspecto amable de la joven, pues era imposible que quisiera ofenderle.

La señora de Forestier añadió:

—¡La quiere usted mucho! En cuanto á mí, únicamente se me visita por azar, á treinta y cinco del mes ó poco menos.

Sentado cerca de ella mirábala Duroy con gran curiosidad, con una curiosidad de aficionado á chucherías ante un escaparate. Estaba encantadora, rubia, con la tez fina y sonrosada que parecía atraer las caricias.

Pensó que era mucho más guapa que la otra y no dudó de que la sería fácil conquistarla. Parecíale que sólo tenía que alargar la mano para tomarla como se coge un fruto.

Entonces dijo resueltamente:

—No venía á verla á usted porque me parecía lo más prudente.

No comprendiéndole preguntó la joven:

—¿Qué quiere decir? ¿por qué?

—¿Por qué? ¿No lo adivina?

—No, no le comprendo.

—Porque me he enamorado de usted... ¡oh! un poco, nada más que un poquillo, y no quiero enamorarme del todo.

No pareció admirada ni sorprendida ni halagada; continuaba sonriendo con indiferencia y contestó tranquilamente:

—¡Bah! eso no importa. Puede usted venir de todos modos; nadie está enamorado de mí durante mucho tiempo.

Duroy extrañó más el tono que las palabras y preguntó:

—¿Por qué?

—Porque es inútil y procuro hacerlo comprender en seguida. Si me hubiera usted contado antes su temor, le hubiera tranquilizado é invitado, por lo contrario, á venir más á menudo.

Entonces él exclamó con tono patético:

—¿Cree usted que puede uno dominar sus sentimientos?

La joven se volvió hacia él y dijo:

—Querido amigo, crea usted que para mí, un hombre enamorado queda excluído de la lista de los vivos. No sólo me parece idiota, sino peligroso. Con aquellos que me aman, ó lo pretenden, ceso toda relación; primero porque me aburren, y luego, porque me alarman como un perro rabioso que puede tener un acceso. Les pongo, pues, en cuarentena moral, hasta que les pasa la enfermedad. No lo olvide usted. Sé que en usted el amor es una especie de apetito, mientras que en mí sería una especie de... de... comunión de las almas, cosa que no entra en la religión de los hombres.

Usted comprende la letra y yo el espíritu. Míreme usted bien.

No sonreía ya. Su rostro aparecía frío y tranquilo, y dijo marcando bien cada palabra:

—No seré nunca, nunca, su querida, créalo usted. Es, pues, absolutamente inútil y quizá le resultara perjudicial resistir en este deseo... Y ahora que... la operación ha terminado... ¿quiere usted que seamos amigos, buenos amigos, verdaderos amigos sin segunda intención?

Comprendió Duroy que toda tentativa resultaría estéril ante aquella sentencia sin apelación. Como no tenía otro remedio apechugó con el sofión y encantado de contraer tan buena alianza, le tendió ambas manos diciendo:

—Soy todo de usted, señora, del modo que usted guste.

Notó ella la sinceridad del pensamiento en su voz y le entregó sus manos.

Besólas él una tras otra y luego dijo sencillamente levantando la cabeza:

—Pardiez, si hubiera encontrado una mujer como usted, con qué gusto me habría casado con ella.

Esta vez sintióse conmovida y acariciada por aquella frase que encontró el camino de su corazón, y le lanzó una de esas miradas rápidas y reconocidas que esclavizan á los hombres.

Luego, como no sabía de qué modo reanudar la conversación, pronunció ella con voz cariñosa apoyando un dedo sobre su brazo:

—Voy á empezar en seguida mi cometido de amiga. Es usted poco diestro, amigo mío.

Vaciló y preguntó:

—¿Puedo hablar libremente?

—Sí.

—¿Del todo?

—Del todo.

—Pues bien, vaya usted á ver á la señora Walter que le aprecia mucho, y procure agradarle. Hallará usted manera de lisonjearla, aun cuando es honrada, honrada del todo. No espere usted tampoco... poder merodear por ese lado. Pero podrá usted mejorar su posición. Ya sé que ocupa usted todavía en el periódico una plaza modesta; pero no tema usted, reciben á todos sus redactores con igual benevolencia; vaya usted, créame.

—Gracias, es usted un ángel... mi ángel guardián.

Luego hablaron de distintas cosas.

Estuvo largo rato á su lado queriendo probar que le gustaba estar junto á ella, y al marcharse preguntó de nuevo:

—¿De modo que somos amigos?

—Ya lo creo.

Como había comprendido el efecto de su anterior cumplido, lo recalcó diciendo:

—Si algún día queda usted viuda, piense en mí.

Y escapó rápidamente sin dejarle tiempo para enfadarse.

Hacer una visita á la señora Walter, asustaba

algo á Duroy, pues no estaba autorizado á presentarse en su casa, y no quería cometer una torpeza. El director le demostraba benevolencia, apreciaba sus servicios, le encargaba todas las comisiones difíciles; ¿por qué no aprovecharía esa benevolencia para frecuentar su casa?

Un día, levantándose tempranito, fué al mercado, y mediante diez francos adquirió una veintena de admirables peras. Después de empaquetadas con cuidado en tela de saco para hacer creer que venían de lejos, las llevó al portero de la dueña del periódico con una tarjeta que decía:

Jorge Duroy

ruega humildemente á la señora Walter que se digne aceptar esta fruta que ha recibido esta mañana de Normandía.

Al día siguiente encontró en su buzón del periódico un sobre que contenía la tarjeta de la señora Walter que *daba las gracias más expresivas al señor Jorge Duroy y recibía todos los sábados.*

El sábado siguiente se presentó.

El señor Walter habitaba en el bulevar Malesherbes, una casa de su propiedad de la que había alquilado una parte siguiendo el procedimiento económico de las gentes prácticas. Un solo portero, albergado entre las dos puertas cocheras, abría la puerta al propietario y á los inquilinos y á cada una

de las entradas le daba el aspecto de un hotel rico y elegante gracias á su hermoso uniforme de portero de iglesia, sus gruesas pantorrillas cubiertas de medias blanquísimas y su casaca con solapas escarlata y botones dorados. Los salones de recepción estaban en el primer piso, precedidos de una antecámara adornada con tapices y cerrada por grandes cortinajes. Dos lacayos dormitaban en un banco. Uno de ellos tomó el pardsú de Duroy, el otro le cogió el bastón, abrió una puerta, se adelantó unos pasos al visitante, y luego, retirándose, le dejó pasar, anunciándole. La habitación en que entró el joven estaba vacía y, turbado, miró á un lado y otro, y por fin en un espejo vió algunas personas sentadas que parecían estar muy lejos. Se engañó al principio de dirección porque el espejo le hizo equivocar; luego atravesó tres salones vacíos, y llegó á una especie de saloncito tapizado de seda azul con lunares de oro, donde cuatro señoras hablaban á media voz en torno de una mesa redonda donde había varias tazas de té.

A pesar del aplomo adquirido en los salones parisienses y sobre todo gracias á su oficio de reporter, que de continuo le ponía en contacto con gente de alto copete, Duroy sentíase algo intimidado por aquellas habitaciones aparatosas y desiertas.

—Señora, me he permitido...—balbució buscando con la mirada la dueña de la casa.

Ella le tendió la mano, que tomó inclinándose, y

después de decirle que celebraba la visita, le indicó un sitio donde queriendo sentarse se dejó caer, pues le creyó mucho más alto.

Permanecieron callados un instante, y después una de las señoras volvió á hablar. Tratábase del frío cada vez más violento, pero no lo bastante sin embargo para contener la epidemia de fiebre tifoidea ni para permitir patinar. Cada cual dió su parecer acerca de aquella aparición del frío en París; y después expresaron sus preferencias por las estaciones con aquellos argumentos vulgares que no faltan en ninguna inteligencia, como no falta el polvo en las habitaciones.

Un ligero ruido de la puerta hizo volver la cabeza á Duroy y advirtió á través de dos grandes cristales una señora gorda que se acercaba. Cuando apareció en la salita, una de las señoras se levantó, estrechó las manos y se marchó; y el joven siguió con la mirada su espalda negra en que brillaban cuentas de azabache.

Cuando se calmó la agitación que produjo aquel cambio de personas se habló espontáneamente y sin transición de la cuestión de Marruecos y de Oriente y de los apuros que pasaba Inglaterra en el Africa del Sur.

Aquellas señoras discutían de tales cosas de memoria, como si recitaran una lección aprendida y repetida muy á menudo. Al cabo de poco rato entró una rubia pequeñita, con el pelo rizado, y esto

motivó la salida de una dama alta y flaca ya entrada en años.

Hablaron de las probabilidades que tenía el señor Linet de entrar en la Academia. La recién llegada creía firmemente que sería derrotado por el señor Cabanon-Lebas, autor de la traducción en verso de *Don Quijote*, adaptada para el teatro.

—Lo representarán el invierno próximo en el Odeón.

—¡Ah! ¿de veras? No faltaré á la representación.

La señora Walter contestaba con amabilidad, calma é indiferencia, escuchando la conversación que se deslizaba como una seda, pensando que habíase olvidado ir á casa del grabador para encargarse de las tarjetas de invitación para la próxima comida.

Contestaba sin vacilar nunca, como si tuviera opiniones preconcebidas sobre todas las cosas. Cuando advirtió que obscurecía llamó para que encendieran las lámparas. Estaba quizá demasiado gruesa, pero era todavía bella, aun cuando tocara en los límites de esa edad en que se acerca la catástrofe de la hermosura. Se conservaba á fuerza de cuidados y precauciones, de higienes y de pastas para la piel. Parecía prudente con exceso, moderada y razonable, una de esas mujeres que tienen la inteligencia regular y alineada, como los jardines inventados por Le Nôtre. Puede pasearse por ellos sin sorpresas y sintiendo cierto encanto. Su razón, una razón discreta, fina y segura, suplía en ella á

la imaginación, y era una señora bondadosa, benévola, amable y servicial para todos.

Notó que Duroy no había dicho nada, que no le habían hablado, que parecía estar encogido, y viendo que las señoras continuaban hablando de la Academia, preguntó:

—Usted, que debe estar mejor informado que nosotras, ¿qué opina usted de ello?

Sin vacilar un instante, contestó el joven:

—En tal asunto, señora, no me fijaría yo nunca en los méritos del candidato, siempre discutidos, sino su edad y su salud. No les preguntaría por sus títulos, sino por su enfermedad. No inquiriría si han hecho una traducción rimada de Lope de Vega, pero procuraría informarme del estado de sus riñones, de su hígado, del corazón y de la médula. Para mí, una buena hipertrofia, una modesta albuminuria, y sobre todo un principio de ataxia locomotriz, valdrían más que cuarenta volúmenes de digresiones acerca de la idea de la patria en la poesía bereber.

Un silencio de asombro siguió á tales palabras.

La señora Walter, sonriendo, replicó:

—¿Por qué?

—Porque no busco jamás sino aquello que puede agradar á las señoras. Como usted comprende, la Academia no tiene ningún interés para ustedes sino cuando muere un Académico. Cuantos más mue-

ren, más contentas están ustedes, y para que mueran muchos, es preciso escogerlos viejos y valetudinarios.

Viendo la sorpresa que causaban sus palabras, Duroy añadió:

—A mí me pasa igual que á ustedes, y me gusta leer en los ecos la noticia de que ha muerto un académico. En seguida me pregunto quién va á reemplazarle, y escribo mi lista. Es un juego, un juegucillo muy gracioso al que se juega en todos los salones de París cada vez que muere un inmortal: «El juego de la muerte y de los cuarenta viejos».

Las señoras, algo desconcertadas aun, empezaban á sonreír, por lo muy exactas que eran aquellas observaciones.

Luego se levantó y dijo:

—Ustedes son, señoras mías, quienes les nombran; y tan sólo les nombran para verles morir. Escójanlos, pues, viejos, muy viejos, lo más viejos posible, y no se cuiden de nada más.

Y se marchó con mucha gracia y soltura.

Apenas hubo salido, una de las mujeres declaró:

—Es gracioso este muchacho. ¿Quién es?

La señora Walter contestó:

—Uno de nuestros redactores, un gacetillero, pero que creo que se abrirá paso rápidamente.

Duroy bajaba por el bulevar Malesherbes alegremente, á grandes zancadas, satisfecho de su salida, murmurando entre dientes:

--He dado el golpe.

Aquella noche se reconcilió con Raquel.

La semana siguiente trajo para él dos acontecimientos. Fué nombrado jefe de los *Ecos* é invitado á comer en la casa del director. En seguida notó correlación entre ambos hechos.

La *Vie Française* era ante todo un periódico de negocios porque su director era un capitalista á quien la prensa y la diputación habían servido de palancas. Bajo su máscara de hombre bonachón ocultaba una inteligencia viva, y únicamente empleaba para todos sus asuntos hombres á quienes había probado y estudiado, y á quienes creía astutos, audaces y flexibles. Duroy, como jefe de los *Ecos* le parecía una gran adquisición.

Hasta entonces aquella laza la desempeñó el secretario de redacción señor Boisrenard, un viejo periodista, correcto, puntual y meticulado como un dependiente. Durante treinta años había sido secretario de redacción de once periódicos distintos, sin variar en lo más mínimo su manera de ser ó de ver. Pasaba de una redacción á otra como se cambia de restaurant, advirtiendo apenas que los guisos eran diferentes. Las opiniones políticas y religiosas le tenían sin cuidado. Tomaba interés por el periódico fuera el que fuese, y era listo en el trabajo y muy reputado por su inteligencia. Trabajaba como un ciego que no ve nada, como un sordo que nada oye, como un mudo que no habla jamás. Tenía una

gran lealtad profesional y no se hubiera prestado á nada que no creyera léal y correcto desde el punto de vista especial de su oficio.

El señor Walter, á pesar de apreciarle, deseaba otro jefe para los Ecos que, según decía, eran la médula del periódico. Por medio de ellos se anuncian las noticias, circulan los rumores, y se ejerce influencia sobre el público y sobre los valores de Bolsa. Entre dos *soirées* del gran mundo hay que saber deslizar sin parecer darle importancia, lo que verdaderamente la tiene, antes insinuándolo que diciéndolo. Por medio de frases de doble sentido hay que dejar adivinar lo que se quiere, desmentir de modo que se afirme, ó afirmar de tal modo que nadie crea en el hecho anunciado. Es preciso que en los ecos encuentre cada cual una línea por lo menos que le interese á fin de que todos los lean. Hay que pensar en todo y en todos, en todas las clases y profesiones, en París y en las provincias, en el ejército y en la marina, en los artistas y en el clero, en los catedráticos y en las cortesanas.

El hombre que dirige y manda el batallón de los reporters debe estar siempre ojo alerta, ser desconfiado, previsor, astuto, vivo y flexible, armado de todas las astucias, y dotado de un olfato infalible para conocer de buenas á primeras la noticia falsa, para juzgar lo que hay que decir y lo que hay que ocultar, para adivinar lo que llamará la atención

del público y saberlo presentar todo de tal modo que haga doble efecto.

El señor Boisrenard que era muy práctico en la materia, carecía de gracia y habilidad y le faltaba sobre todo esa astucia natural que se requiere para adivinar cada día las ideas secretas del director.

Duroy debería desempeñar su cometido con rara perfección y completaba admirablemente la redacción de aquella hoja «que navegaba por los fondos del Estado y por los arrecifes de la política», según decía Norbert de Varenne.

Los inspiradores y verdaderos redactores de la *Vie Française* eran media docena de diputados que aprovechaban las especulaciones que acometía ó sostenía el director. En la Cámara les llamaban la «cuadrilla de Walter» y se les envidiaba por el dinero que debían ganar sirviendo al director.

Forestier, redactor político, era el hombre de paja de esos hombres de negocios, el ejecutor de las intenciones que le sugerían. Le apuntaban sus artículos de fondo, que escribía siempre en su casa, para estar más tranquilo, según decía.

Pero á fin de dar al periódico un aspecto literario y parisién, habían tomado dos escritores célebres cada uno de los cuales tenía su especialidad: Jaime Rival, cronista de actualidades, y Norbert de Varenne, poeta y cronista de gran inventiva, ó cuentista de la nueva escuela.

Por poco precio, se aseguraban el concurso de

críticos de arte, de pintura, de música, de teatros, un redactor criminalista y otro hípico entre la gran tribu mercenaria de los escritores buenos para todo.

Dos mujeres de la alta sociedad, «Dominó rose» y «Patte Blanche,» enviaban variedades de Sociedad, trataban los asuntos de moda, de elegancia, de etiqueta y cometían indiscreciones acerca de las damas más empingorotadas.

Y la *Vie Française* navegaba por mares y costas dirigida por tan distintas manos.

Duroy no cabía en sí de gozo por su nombramiento de jefe de los ecos cuando recibió una invitación que decía:

«Los señores Walter tienen el honor de invitar al señor Jorge Duroy á la comida que celebrarán en su casa el 20 de Enero.»

Este nuevo favor que recibía después del otro, le entusiasmó de tal manera, que besó la invitación como si hubiera sido un billete amoroso. Luego fué á visitar al cajero para hablar de la grave cuestión metálica.

El encargado de los Ecos tiene generalmente su presupuesto para pagar á sus reporters y las noticias buenas ó medianas traídas por uno ó por otro de aquellos, como los jardineros llevan sus frutos á un almacenista de la ciudad.

Se habían asignado á Duroy mil doscientos francos al mes de los cuales el joven se prometía quedarse la mayor tajada.

El cajero acabó por adelantarle cuatrocientos francos. Se le ocurrió entonces de un modo formal devolver á la señora de Marelle los doscientos ochenta francos que la debía, pero reflexionó casi en seguida que sólo le quedarían ciento veinte francos, suma escasa para empezar de un modo conveniente su nuevo servicio, y aplazó aquella restitución para más tarde.

Durante dos días se ocupó de su instalación, pues heredaba una mesa particular y un armario para cartas en la gran sala común á toda la redacción. Ocupaba uno de los extremos de esta pieza, mientras que Boisrenard, cuyos cabellos negros como la endrina á pesar de su edad ocultaban siempre las cuartillas en que escribía, ocupaba el otro extremo.

La gran mesa del centro pertenecía á los redactores volantes. Generalmente servía de banco para sentarse, bien con las piernas colgando ó bien á la turca, y á veces había cinco ó seis jugando al boliche con perseverancia y parecidos á ídolos chinos.

Duroy acabó por encontrarle gusto á ese juego y empezaba á ser uno de los maestros gracias á los consejos de Saint-Potin.

Forestier, cada vez más enfermo, le había cedido su hermoso boliche de madera de las Indias, que encontraba algo pesado y que Duroy manejaba con brazo vigoroso contando en voz baja: «Uno — dos — tres — cuatro — cinco — seis.»

Precisamente consiguió hacer veinte tantos seguidos el día que debía comer en casa del director.

—Buen día,—pensó—todo sale á medida de mis deseos.

Pues ser diestro en el juego del boliche daba una especie de superioridad en la redacción de la *Vie Française*.

Abandonó la redacción temprano para tener tiempo de vestirse, y subía por la calle de Londres, cuando vió andar delante de él á una mujercita que tenía el aspecto de la señora de Marelle. Sintió que se ruborizaba y le latió el corazón. Atravesó la calle para verla de perfil. Ella se detuvo para atravesarla también. Se había engañado; respiró.

Muy á menudo se había preguntado cómo debería conducirse si topaba por casualidad con ella. ¿La saludaría ó fingiría no verla?

—No la vería—pensó.

Hacía frío; los arroyos helados parecían formados por trozos muy pequeños de hielo sucio. Las aceras aparecían secas y grises á la luz del gas.

Cuando el joven entró en su casa pensó:

—He de cambiar de habitación. Esta ya no me basta.

Sentíase nervioso y alegre, capaz de cualquier heroicidad, y repetía en voz alta yendo desde la cama á la ventana:

—Creo que por fin he pillado la fortuna. Tengo que escribir á papá.

De cuando en cuando le escribía á su padre, y su carta llenaba de alegría la tabernita normanda situada á orillas del camino sobre la colina que domina Ruán y el ancho valle del Sena.

De cuando en cuando recibía también un sobre azul, cuya dirección estaba escrita con letra temblona y muy grande. Las primeras líneas de la carta paternal decían siempre indefectiblemente:

«Mi querido hijo: sirve la presente para decirte que tu madre y yo estamos bien de salud. No ocurre nada nuevo en el país. He de decirte, sin embargo...»

Sentía todavía interés por las cosas de la aldea, por las peripecias de los vecinos y por el estado de los campos y de las cosechas.

Mientras se anudaba la corbata blanca ante el espejito pensaba:

—He de escribir mañana á papá. ¡Qué asombroso se quedaría el pobre si me viera en la casa donde cenaré esta noche! La verdad es que voy á zamparme un banquete como nunca ha soñado él.

Y volvió á ver bruscamente la cocina negra de su casa detrás de la sala del caté vacía, las cacerolas lanzando destellos amarillentos á lo largo de las paredes, el gato junto á la chimenea en su posición de quimera en cuclillas, la mesa de madera grasienta por el tiempo y por las manchas, una sopera humeando en el centro y una vela encendida entre dos platos. Y vió también á sus padres, dos labriegos

de ademanes cansados, comiendo la sopa á cucharaditas. Conocía las menores arrugas de sus viejas caras, los menores movimientos de sus brazos y de su cabeza. Hasta sabía lo que se decían cada noche cenando juntos.

Volvió á pensar que era preciso hacerles una visita, pero habiendo terminado de vestirse sopló la luz y bajó.

A lo largo del bulevar exterior se le acercaron algunas busconas. Soltando violentamente su brazo, les dijo que le dejaran en paz con un desdén profundo, como si le hubieran desconocido ó insultado. ¿Por quién le tomaban? ¿No sabían distinguir esas perdidas entre hombre y hombre? El aspecto de su frac negro, que vestía para ir á cenar entre gentes muy ricas y conocidas é importantes, le engreía y parecía que se había convertido en otro hombre, en un hombre del gran mundo.

Entró con desembarazo en la antecámara, iluminada por altos candelabros de bronce, y entregó con ademán natural el bastón y el gabán á los dos lacayos que se le acercaron.

Estaban iluminados todos los salones. La señora Walter recibía en el segundo, que era el mayor. Le acogió con una sonrisa encantadora, y el joven estrechó la mano á los dos hombres que llegaron antes que él, los señores Firmin y Laroche-Mathieu, diputados, redactores anónimos de la *Vie Française*.

El señor Laroche-Mathieu tenía en el periódico una influencia especial que provenía de la muy grande de que gozaba en la Cámara. Nadie dudaba de que muy pronto sería ministro.

Poco después llegaron los Forestier, vestida ella de color de rosa y encantadora. Duroy quedó estupefacto viendo que era íntima de los dos representantes del país. Habló en voz baja junto á la chimenea durante cinco minutos con el señor Laroche-Mathieu. Carlos parecía extenuado. Había enflaquecido mucho de un mes á aquella parte, y tosía sin cesar, repitiendo:

—He de ir á terminar el invierno al Mediodía.

Norbert de Varenne y Jaime Rival aparecieron juntos. Luego se abrió una puerta en el fondo de la habitación y entró el señor Walter con dos jóvenes de dieciséis á dieciocho años, una fea y otra bonita.

Duroy sabía que el director era padre de familia, pero no había pensado jamás en las hijas del director sino como se piensa en esos países lejanos que nunca se han de ver. Además creía que eran niñas y veía que eran mujeres.

Tendiéronle la mano una tras otra después de la presentación, y fueron á sentarse á una mesita que sin duda les estaba reservada, donde había una canastilla con ovillos de seda de diversos colores.

Se esperaba todavía á alguien y se hablaba poco, pues se sentía aquella especie de embarazo que

precede á las comidas donde los comensales no están en comunión de espíritu después de las distintas ocupaciones á que se han entregado durante el día.

Duroy habiendo mirado por casualidad hacia la pared, el señor Walter le dijo desde lejos con visible deseo de darse importancia: «¿Mira usted *mis* cuadros?» Se destacó perfectamente el *mis*. «Voy á enseñárselos.» Y tomó una lámpara para que pudiera distinguir todos los detalles.

—Aquí están los paisajes— dijo; en el centro había un gran cuadro de Guillemet, una playa de Normandía bajo el cielo tempestuoso, más allá un bosque de Harpignies, después una llanura de Argelia, también de Guillemet, con un camello en el horizonte, un gran camello sobre altas zancas parecido á un raro monumento.

El señor Walter pasó á la pared frontera y dijo con tono grave como un maestro de ceremonias:

—Esta es la gran pintura.

Había cuatro lienzos: «Una visita al hospital», de Gervex; «Una segadora», de Bastientepage; «Una viuda», de Bouguereau, y «Una ejecución», de Juan Pablo Laurens. Esta última obra representaba un sacerdote vendeano fusilado junto á la pared de su iglesia por un destacamento de Azules.

Una sonrisa iluminó la cara seria del dueño al indicar los cuadros del otro lienzo de pared.

—Pintura de fantasía.

Había en primer término un cuadrito de Juan Béraud, titulado «Arriba y abajo». Representaba una linda parisién subiendo la escalera de un tranvía en marcha. Su cabeza aparecía al nivel del imperial y los caballeros sentados allí miraban con satisfacción ávida el rostro joven que se les acercaba, mientras que los hombres que estaban de pie en la plataforma de abajo miraban las piernas de la muchacha con expresión de despecho y de codicia.

El señor Walter continuaba aguantando la lámpara y repetía riendo, con segunda intención:

—¿Eh? ¿qué le parece? ¿le gusta?

Luego indicó «Un salvamento», de Lambert.

En el centro de una mesa donde ya se ha comido, un gatito sentado sobre las patas de atrás examina con admiración y perplejidad como se ahoga una mosca en un vaso de agua. Tiene una pata levantada dispuesta á coger el insecto con rápido movimiento. Pero no se decide. Vacila. ¿Qué hará?

Luego el dueño enseñó un *Detaille*: «La lección», que representaba un soldado en un cuartel enseñando á tocar el tambor á un perro de aguas. El señor Walter afirmó:

—Qué gracia tiene.

Duroy reía aprobando y se entusiasmaba.

—¡Qué bonito! ¡qué bonito! qué bo...

Se detuvo de pronto oyendo detrás de él la voz de la señora de Marelle que acababa de entrar.

El dueño continuaba enseñando cuadros y dando explicaciones.

Enseñábale ahora una acuarela de Mauricio Le-loir: «El obstáculo». Era una silla de manos detenida por una lucha entre dos hombres del pueblo, dos mozos que luchaban como Hércules. Veíase salir por la ventanilla un rostro encantador de mujer, que miraba... miraba sin impaciencia, sin miedo y con cierta admiración el combate de aquellos dos brutos.

El señor Walter decía:

—Tengo otros cuadros en esas habitaciones, pero son de pintores menos conocidos, menos estimados. Este es mi mejor salón. Ahora compro cuadros de los jóvenes, de los más jóvenes, y los tengo de reserva en las habitaciones íntimas para cuando tengan un nombre.

Sonrió con malicia y añadió en voz baja:

—Ahora es buena ocasión para comprar cuadros. Los pintores se mueren de hambre. No tienen un céntimo, ni un céntimo...

Pero Duroy oía sin comprender y no veía nada. La señora de Marelle estaba allí detrás de él. ¿Qué debía hacer? Si la saludaba, era capaz de volverle la espalda ó de soltarle una fresca.

Pensó que lo mejor era ganar tiempo. Sentíase tan conmovido que tuvo la idea de fingir una indisposición súbita que le permitiera marcharse.

Había acabado la revista de los cuadros. El dueño

dejó la lámpara y fué á saludar á una señora que había entrado, mientras Duroy volvía á examinar los cuadros como si no se cansara de admirarlos.

Sentíase trastornado. ¿Qué debía hacer? Oía las voces, comprendía la conversación. La señora Forestier le llamó:

— Oiga usted, señor Duroy.

Acudió á su lado. Era para recomendarle una amiga que daba una fiesta y que deseaba la dedicaran unas líneas en los ecos de la *Vie Française*.

El joven balbuceaba: «Con mucho gusto, señora, con mucho gusto.»

La señora de Marelle estaba cerca de él. No se atrevía á volverse para marcharse.

De pronto creyó que se había vuelto loco; la joven le había dicho en alta voz:

— Buenas noches, Buen Mozo. ¿No me reconoce usted ya?

Dió una vuelta rápida. Estaba de pie ante él, sonriente, alegre y afectuosa. Le tendía la mano. La tomó temblando, temiendo alguna jugarreta ó perfidia.

Pero la joven añadió con serenidad:

— ¿Qué se hace usted? no se le ve por ninguna parte.

El balbuceaba sin conseguir dominarse:

— Tengo mucho trabajo, señora, muchísimo. El señor Walter me ha confiado un nuevo servicio que requiere mucha atención.

Ella le miraba de frente y con expresión benévola diciéndole:

—Ya lo sé. Pero eso no me parece razón suficiente para que olvide usted á sus amigos.

Les separó una señora muy gruesa que entraba. Iba descotada, tenía las mejillas y los brazos colorados, iba vestida y peinada con pretensiones, y andaba tan pesadamente, que con sólo verla andar se adivinaba el peso y la mole de sus muslos.

Como todos parecían tratarla con muchos miramientos, Duroy preguntó á la señora Forestier:

—¿Quién es esa señora?

—La vizcondesa de Percemur, la que firma «Patte Blanche.»

Quedó estupefacto y á punto de soltar la carcajada.

—¡Patte Blanche! ¡Patte Blanche! ¡Yo que me figuraba que era una joven como usted! ¡A eso le llaman Patte Blanche! ¡Está bueno!

Apareció un criado en la puerta y anunció:

—La señora está servida.

La comida fué vulgar y alegre. Una de esas comidas en que se habla de todo sin decir nada. Duroy estaba colocado entre la hija mayor del dueño, la fea, la señorita Rosa, y la señora de Marelle. Esta última, le molestaba por más que pareciera muy tranquila y hablara con su gracia habitual. Turbóse al principio, vacilante, encogido como un músico que ha perdido el diapasón. Poco á poco, sin

embargo, recobró su sangre fría y sus ojos encontrándose sin cesar se interrogaban, mezclaban sus miradas de un modo íntimo, casi sensual, como en otro tiempo.

De pronto, creyó sentir bajo la mesa algo que le tocaba el pie. Acercó suavemente la pierna, y encontró la de su vecina que no retrocedió al sentir aquel contacto. No hablaban en aquel instante pues estaban vueltos los dos hacia sus otros vecinos.

Duroy emocionado apretó un poco más la rodilla. Una presión ligera le contestó. Entonces comprendió que sus amores volvían á empezar.

¿Qué se dijeron después? Poca cosa, pero sus labios se estremecían cada vez que se miraban.

El joven, sin embargo, queriendo mostrarse amable con la hija del director, le dirigía una frase de vez en cuando. Ella respondía como pudiera haber hecho su madre, sin cortarse ni vacilar jamás.

A la derecha del señor Walter, la vizcondesa de Percemur se daba aires de princesa; y Duroy, que se divertía mirándola, preguntó en voz baja á la señora de Marelle:

—¿Conoce usted á la otra, á la que firma? ¿«Dominó rose?»

—Ya lo creo, es la baronesa de Livar.

—¿Es de la misma especie?

—No, pero tan rara como esta. Es una señora flaca, de unos sesenta años, con pelo postizo, dien-

es á la inglesa, conversación anticuada, y vestidos antidiluvianos.

—¿De dónde diantres han pescado esos fenómenos literarios?

—Los restos de la nobleza son siempre bien acogidos entre los advenedizos.

—¿Cree usted que no hay otro motivo oculto?

—No, ninguno.

Pocos momentos después se entabló una discusión política entre los dos diputados Norbert de Varenne y Jaime Rival. Duró hasta los postres.

Cuando volvieron al salón, Duroy se acercó de nuevo á la señora de Marelle y mirándola fijamente dijo:

—¿Quiere usted que la acompañe esta noche?

—No.

—¿Por qué?

—Porque el señor Laroche-Mathieu, que es mi vecino, me acompaña hasta la puerta cada vez que como aquí.

—¿Cuándo la veré á usted?

—Venga á almorzar mañana.

Y se separaron sin hablar más.

Duroy no estuvo mucho rato en la casa porque le parecía monótona la reunión. Al bajar la escalera alcanzó á Norberto de Varenne que acababa de salir. El viejo poeta le tomó el brazo. Como no había rivalidad posible en el periódico porque su colabo-

ración era completamente distinta, parecía ahora tratar al joven con una benevolencia de abuelo.

—¿Me acompaña usted un ratito?

—Con mucho gusto, querido maestro—contestó Duroy.

Echaron á andar por el bulevar Malesherbes.

París estaba casi desierto aquella noche, que era fría y clara. Era una de aquellas noches que parecen más amplias que las otras, en que las estrellas fulguran desde más alto, y en las que el aire parece traer entre sus heladas alas un soplo que viene desde un punto más distante que los mismos astros.

Apenas pronunciaron una palabra al principio. Duroy por decir algo prorrumpió:

—Ese señor Laroche-Mathieu parece inteligente é instruido.

—¿Le parece á usted?—murmuró el viejo poeta.

El joven sorprendido vacilaba.

—Sí—repuso—pasa por ser uno de los hombres más inteligentes de la Cámara.

—Es posible. En tierra de ciegos el tuerto es rey. Todas esas gentes, son medianías porque tienen la inteligencia encerrada entre dos tabiques, el dinero y la política. Son unos cursis con quienes es imposible hablar de algo que nos agrade. Su inteligencia está á ras de tierra, ó mejor dicho, á ras de barro. ¡Ah! ¡Cuán difícil es encontrar un hombre que tenga espacio en el pensamiento, que os dé la sensa-

ción de esas grandes bocanadas de aire que se respira en las playas! Algunos he conocido, ya han muerto.

Norbert de Varenne hablaba con voz clara pero contenida que hubiera resonado en el silencio de la noche si la hubiera soltado. Parecía sobrecitado y triste con una de esas tristezas que caen á veces sobre las almas, y las hacen vibrar como la tierra bajo la helada.

Por otra parte, ¡qué importa algo más ó menos de genio, si todo ha de acabar!

Calló. Duroy, que se sentía alegre aquella noche, dijo sonriendo:

—Está usted triste hoy, querido maestro.

El poeta contestó:

—Siempre lo estoy, hijo mío, y usted lo estará como yo, dentro de algunos años. La vida es una montaña. Mientras se sube, se mira á la cúspide y se goza; pero cuando se llega á la cima, se advierte de pronto la bajada y el fin, que es la muerte. Se sube lentamente, se baja despacio. A su edad de usted, se siente alegría. Se esperan muchas cosas que jamás se realizan. En mi edad nada se espera... más que la muerte.

Duroy se echó á reir:

—Diablo — exclamó — me da usted miedo.

Norbert de Varenne añadió:

—No, no me comprende usted hoy; pero más tarde se acordará de lo que le digo ahora. Llega un

día, créalo usted, y llega muy pronto para algunos, en que termina la risa, porque detrás de todo lo que se mira se ve la muerte. ¡Ah! usted no comprende esta palabra. No sabe usted lo que es la muerte. A su edad nada significa. Para mí es terrible. Sí, se la comprende de pronto sin saber por qué, y entonces todo cambia de aspecto en la vida. Desde hace quince años la siento dentro de mí como si llevara en mi interior una carcoma.

La he sentido poco á poco, mes á mes, hora por hora, destrozarme como una casa que se derrumbaba. Me ha desfigurado tan completamente, que ni me conozco siquiera. Nada tengo ya de mí mismo, del hombre radiante, fresco y fuerte de los treinta años. He visto como teñía de blanco mis cabellos negros con lentitud malvada y persistente. Me robó mi piel firme, mis músculos, mis dientes, todo mi cuerpo antiguo, dejándome sólo un alma desesperada que me arrebatará bien pronto.

Sí, me ha desmenuzado la maldita. Ha realizado, poco á poco, y de un modo terrible, la larga destrucción de mi ser, segundo por segundo. Y actualmente me siento morir, haga lo que quiera. Cada paso me aproxima más á ella; cada movimiento, cada soplo, apresura su tarea odiosa. Respirar, dormir, beber, comer, trabajar, soñar, cuanto hacemos, es morir. ¡Vivir, pensar, es morir! ¡Ah! ya lo sabrá usted. Si reflexionara solamente quince minutos, la vería usted.

¿Qué espera usted? ¿Amor? Unos abrazos más y será usted impotente.

Y después ¿qué? ¿Dinero? ¿Para 'qué? ¿Para pagar á las mujeres? ¡Valiente goce! ¡Para comer mucho, para ser obeso y gritar durante noches enteras mordido por la gota?

¿Y qué más? ¿Gloria? ¿Para qué sirve, cuando no se la puede coger en forma de amor?

¿Y después, qué? Siempre la muerte al fin.

Ahora la veo de tan cerca, que á menudo siento tentaciones de extender los brazos para rechazarla. Cubre la tierra y llena el espacio. Por todas partes la veo. Las bestezuelas aplastadas en el camino, las hojas que caen, el pelo que advierto en la barba de un amigo, me destrozan el corazón y me dicen: «¡Hela aquí!»

Estropea cuanto hago, cuanto veo, lo que como y lo que bebo; lo que amo, las noches de luna, las albas serenas, las auroras radiosas, el ancho mar, los ríos espléndidos, la brisa de las noches de estío tan suave de respirar.

Andaba poco á poco, jadeando, soñando en voz alta, olvidando quizá que le escuchaban.

—Y no se vuelve jamás, jamás... Se guardan los moldes de las estatuas, las matrices, que producen siempre objetos parecidos, pero mi cuerpo, mi rostro, mi pensamiento, mis deseos, no reaparecerán jamás. Y, sin embargo, nacerán millones y millones de millones de seres que en algunos centíme-

tros cuadrados de carnes tendrán nariz, ojos, frente, mejillas y boca como yo, y también un alma como la mía, sin que yo jamás pueda volver, sin que algo mío reaparezca en esas criaturas innumerables é indiferentes, indefinidamente diferentes, aunque tan parecidas.

¿A qué agarrarse? ¿Hacia quién lanzar gritos de desesperación? ¿En qué podemos creer?

Todas las religiones son estúpidas con su moral pueril y sus promesas egoistas, monstruosamente estúpidas.

Sólo la muerte es cierta.

Se detuvo. Cogió á Duroy por las solapas, y dijo con voz lenta:

—Piense usted en todo esto, joven, piense usted en ello durante días y meses y años, y verá usted la existencia de un modo bien distinto. Trate usted de desprenderse de cuanto le encierra, haga el esfuerzo sobrehumano de salir vivo de su cuerpo, de sus intereses, de sus pensamientos y de la humanidad entera, para mirar más lejos, más alto, y comprenderá usted cuán poca importancia tienen las riñas entre románticos y naturalistas y la discusión de los presupuestos.

Volvió á ponerse en marcha con paso rápido.

—También usted sentirá el espantoso desamparo de los desesperados. Luchará angustiado y anegado en incertidumbres, pedirá socorro y nadie le contestará, extenderá los brazos, pedirá ser socorrido,

amado, consolado y salvado, y no acudirá nadie á su voz.

¿Por qué sufrimos así? Quizá porque habíamos nacido para vivir más para la materia y menos para el espíritu; pero á fuerza de pensar se ha establecido una desproporción entre el estado de nuestra inteligencia agrandada y las condiciones inmutables de nuestra vida.

Mirad al común de las gentes, á menos que les aflijan graves desastres, están satisfechos, sin padecer por la común desgracia. Tampoco los animales la sienten.

Se detuvo otra vez, reflexionó algunos segundos, y luego, cansado y resignado, añadió:

—Yo soy un sér perdido. No tengo ni padre ni madre, ni hermano, ni hermana, ni mujer, ni hijos ni dios.

Y añadió después de un silencio:

—No me queda más que la poesía.

Luego, levantando la vista al firmamento, donde lucía el rostro pálido de la luna llena, declamó:

*Et je cherche le mot de cet obscur problème
Dans le ciel noir et vide ou flotte un astre blême.*

Llegaban al puente de la Concordia, que atravesaron en silencio, y luego pasaron ante la Cámara de diputados. Norbert de Varenne habló de nuevo:

—Cásese usted, amigo mío. No sabe usted lo que

es vivir solo á mi edad. La soledad me produce una angustia horrible; esa soledad del hogar por las noches. Me parece que estoy solo en la tierra, espantosamente solo, y rodeado de vagos peligros, de algo desconocido y terrible, y el tabique que me separa de mi vecino desconocido, me aleja de él como lejos están las estrellas. Siento una especie de fiebre, una fiebre de dolor y de miedo, y me asusta el silencio de las paredes. ¡Es tan profundo y triste el silencio del cuarto en que se vive solo! No es únicamente el silencio que reina en torno del cuerpo lo que asusta, sino el que envuelve el alma, y cuando cruje un mueble se estremece el corazón, pues no se espera ningún ruido en aquella habitación desolada.

Calló de nuevo y luego añadió:

—Al envejecer agradan los niños.

Habían llegado á mitad de la calle de Borgoña. El poeta se detuvo ante una casa alta, llamó, estrechó la mano de Duroy y le dijo:

—Olvide usted estas chocheces de viejo, joven, y viva conforme le aconseje su edad. ¡Adiós!

Y desapareció por el negro corredor.

Duroy echó á andar con el corazón adolorido. Parecíale que acababan de enseñarle un agujero negro lleno de huesos, un agujero en el que un día ú otro le sería preciso caer. Mientras iba andando pensó: «Diablo, no debe ser muy alegre, que se diga,

su casa. ¡No me gustaría tener un palco para asistir al desfile de sus ideas!»

Habiéndose detenido para dejar pasar á una mujer perfumada que bajaba de un coche para meterse en su casa, aspiró con ansia una bocanada del aire aromático que de ella se desprendía. Sus pulmones y su corazón palpitaron bruscamente de esperanza y alegría, y el recuerdo de la señora de Marelle, que tenía que ver al día siguiente, le estremeció de gozo.

Todo le sonreía, acogíale la vida con ternura. ¡Cuánto le gustaba ver la realización de sus esperanzas!

Durmióse contento y se levantó temprano para dar una vuelta á pie por la avenida del Bosque de Boulogne, antes de ir á su cita.

Había cambiado el viento y mejorado el tiempo durante la noche. Hacía un calorcillo y un sol de abril. Todos los habituales paseantes del Bosque habían acudido allí aquella mañana, cediendo al llamamiento del cielo claro y sereno.

Duroy andaba lentamente aspirando el aire ligero y sabroso como una fruta de primavera. Pasó por el Arco de la Estrella y tomó por la gran avenida del lado opuesto al de los jinetes. Veía á estos trotar ó galopar, hombres y mujeres, y apenas si les envidiaba. Les conocía á casi todos de nombre, sabía la cifra de su fortuna y la historia secreta de su vida, pues su oficio de gacetillero le había conver-

tido en una especie de almanaque de las celebridades y de los escándalos parisienses.

Las Amazonas pasaban envueltas en vestidos oscuros y ajustados al talle, con aquel continente altanero que tienen las mujeres á caballo, y Duroy se entretenía en recitar en voz baja, como se recita la letanía en una iglesia, los nombres, títulos y calidad de los amantes que habían tenido ó que se les achacaban. Algunas veces, en vez de decir:

Baron de Tanquet,

Prince de la Tour-Enguerrand;

murmuraba: Gente de Lesbos:

Louise Michot, del Vaudeville,

Rosa Marquetin, de la Opera.

Divertíale aquel juego, como si hubiese advertido bajo las severas apariencias la eterna y profunda infamia del hombre, y aquello le alegrara, excitara y consolara.

Luego pronunció en voz alta: «¡Hatajo de hipócritas!» y buscó con la mirada entre los jinetes aquellos que más desacreditados estaban.

Vió muchos de quienes se sospechaba que hacían trampas en el juego, y para quienes en todo caso era el casino el grande y solo recurso, recurso altamente sospechoso.

Otros, muy célebres, vivían únicamente de las rentas de sus mujeres; aquellos, de las rentas de sus queridas; muchos habían pagado sus deudas (acto honroso) sin que nadie hubiera adivinado de

dónde sacaran el dinero necesario (insondable misterio). Vió banqueros cuya inmensa fortuna había empezado por un robo y á quienes se recibía en las casas más nobles; hombres tan respetados, ante quienes los menestrales se descubrían, pero cuyos cohechos desvergonzados en las grandes empresas nacionales eran conocidos de todos aquellos que estaban al corriente de los enredos políticos y bancarios.

Tenían todos el aspecto altanero, la boca altiva, la mirada insolente, así los jóvenes como los viejos.

Duroy continuaba riendo y repetía: «¡Valientes personajes! ¡hatajo de granujas!»

Pasó un coche descubierto, bajo y precioso, arrastrado al trote largo por dos caballos blancos con las crines y las colas sueltas, guiado por una mujercita joven y rubia, una cortesana famosa que tenía dos grooms sentados á su espalda.

Duroy se detuvo con ganas de saludar y aplaudir á aquella advenediza del amor que ostentaba con audacia en aquel paseo y á aquella hora el lujo desenfrenado que ganó sobre sus sábanas. Sentía, quizá vagamente, que había algo común entre ellos, un lazo de naturaleza, que eran de la misma raza, de la misma alma, y que su fortuna se adquiriría por procedimientos osados de igual orden.

Volvió despacio, con el corazón satisfecho, y legó antes de la hora á la puerta de su antigua querida.

Esta le recibió tendiéndole los labios, como si nada ocurriera entre ellos, y durante unos instantes hasta olvidó la prudencia con que se oponía en su casa á sus caricias. Luego le dijo besando las guías rizadas del bigote:

—¿No sabes lo que me pasa, querido? Esperaba una buena luna de miel, y he aquí que mi esposo viene á casa por seis semanas, pues ha pedido permiso para ello. Pero como no quiero pasar tanto tiempo sin verte, sobre todo después de lo ocurrido, he pensado que vinieras el lunes á comer con nosotros. Ya le he hablado de ti. Te presentaré.

Duroy vacilaba perplejo, pues nunca se había encontrado cara á cara con un hombre cuya mujer fuera su querida. Temía que algo le hiciera traición, su turbación, una mirada, cualquier cosa. Así es que contestó:

—No; prefiero no trabar conocimiento con tu marido.

Clotilde, admirada y de pie ante él, le dijo:

—¿Pero por qué? ¡Vaya una cosa rara! ¡Todos los días ocurre lo mismo! No te hacía yo tan pusilánime.

—Bueno, pues vendré á comer el lunes—exclamó Duroy ofendido.

La joven añadió:

—Para que no choque el convite, invitaré también á los Forestier, aunque me gusta poco recibir á las gentes en mi casa.

Hasta el lunes Duroy no pensó más en aquella entrevista, pero subiendo la escalera de la señora de Marelle, se sintió turbado, no porque le repugnara dar la mano á aquel marido, ó beber su vino ó comer su pan, sino porque sentía miedo de algo que no podía definir.

Le hicieron entrar en el salón, y esperó como siempre. Luego la puerta del cuarto se abrió y vió un caballero alto de barba blanca, condecorado, grave y correcto que se le acercó con perfecta cortesanía.

—Mi mujer me hablaba á menudo de usted, caballero—le dijo—y celebro conocerle á usted.

Duroy se adelantó tratando de dar á su rostro gran expresión de cordialidad y estrechó con gran energía la mano que se le tendía.

Luego se sentó y no supo qué decir.

El señor de Marelle añadió un leño al fuego y preguntó:

—¿Hace mucho tiempo que es usted periodista?

—Hace algunos meses tan sólo.

—Ha hecho usted una brillante carrera.

—¡Oh! no mucha.

Y empezó á hablar sin pensar mucho en lo que decía, de todas esas cosas en uso entre las gentes que apenas se conocen. Sentíase tranquilo ya, y aquella situación le divertía.

Miraba el rostro serio y respetable del señor de Marelle, y sentía ganas de reír pensando: «Te hago

cornudo, viejo mío, te hago cornudo.» Y experimentaba una satisfacción íntima, viciosa, la alegría del ladrón que ha conseguido su objeto y de quien no se sospecha siquiera. Sintió de pronto ganas de ser amigo de aquel hombre, de darle confianza, de hacerle contar las cosas más secretas de su vida.

La señora de Marelle entró de súbito y abarcando á los dos con una ojeada sonriente é impenetrable, se dirigió á Duroy, que no se atrevió delante del marido á besarla la mano como acostumbraba.

Estaba Clotilde tranquila y alegre, como persona acostumbrada á todo y á quien parecía aquello natural y lógico gracias á su astucia y disimulo nativos.

Apareció Laurita, que con mayor compostura que otras veces, porque la presencia de su padre la intimidaba, tendió su frente á Jorge. Su madre le dijo:

—¿Por qué no le llamas hoy Buen-Mozo?

La niña se ruborizó como si acabara de cometer una gran indiscreción, de revelar una cosa que no debía decir ó de descubrir un secreto íntimo de su corazón.

Cuando llegaron los Forestier quedaron sus huéspedes asustados de ver el estado de Carlos. Había adelgazado y palidecido horrorosamente en el espacio de una semana y tosía sin cesar. Anunció que marchaban á Cannes el jueves siguiente por orden

formal del médico. Se retiraron temprano y Duroy dijo moviendo la cabeza:

—Creo que no lo cuenta. No vivirá mucho tiempo.

La señora de Marelle afirmó con seriedad:

—Está perdido; y eso que tuvo la suerte de encontrar una mujer como hay pocas.

—¿Le ayuda mucho?—preguntó Duroy.

—Casi se lo hace todo. Está al corriente de todos los asuntos y conoce á todos sin parecer fijarse en nadie; obtiene lo que quiere cuándo quiere y cómo quiere. ¡Oh! es muy lista, diestra é intrigante. Es un verdadero tesoro para un hombre que quiera hacer carrera.

—De fijo que se va á casar pronto—dijo Jorge.

La señora de Marelle contestó:

—Sí, no me extrañaría que ya tuviera echado el ojo á alguien, á algún diputado; á no ser que... que él no quiera porque... quizá se opusiera á ello graves obstáculos morales. En fin, no sé nada cierto.

Su marido replicó con lenta impaciencia:

—Siempre insinúas una porción de cosas, lo cual es un feo vicio. No hay que mezclarse nunca en los asuntos ajenos. Bastante tenemos con nuestra propia conciencia. Esto debiera recordarlo todo el mundo.

Duroy se retiró con el corazón turbado y la mente llena de vagas combinaciones.

Al día siguiente fué á visitar á los Forestier y les halló acabando de hacer las maletas.

Carlos, tendido en un sofá, exageraba la fatiga de su respiración y repetía:

—Hace un mes que debiera haber marchado.

Luego hizo á Duroy una porción de recomendaciones acerca del periódico, á pesar de que ya había tratado de ello con el director.

Cuando Jorge se fué, estrechó enérgicamente las manos de su camarada:

—¡Ea, viejo mío, hasta pronto!

Luego, cuando la señora Forestier le acompañó hasta la puerta, la dijo vivamente:

—Supongo que no ha olvidado usted nuestro pacto. Somos amigos y aliados ¿verdad? Si tiene usted necesidad de mí, sea en lo que fuere, no vacile usted. Envíe una carta ó un telegrama, y acudiré.

—Gracias, no lo olvidaré—replicó ella.

Y sus ojos dijeron también «gracias» de un modo más profundo y dulce.

Cuando Duroy bajaba la escalera encontró al señor de Vaudrec que la subía á pasos lentos. El conde parecía triste, quizá por aquella marcha.

Queriendo aparecer como hombre de mundo, el periodista le saludó con mucha finura. El conde contestó con cortesía pero de un modo algo altivo.

El matrimonio Forestier marchó el jueves por la noche.

VII

La desaparición de Carlos dió á Duroy mayor importancia en la redacción de la *Vie Française*. Firmó algunos artículos de fondo, á pesar de que firmaba los Ecos, pues el director quería que cada cual tuviera la responsabilidad de lo que escribía. Tuvo algunas polémicas, de las cuales salió airoso; y sus relaciones constantes con los hombres de Estado le preparaban poco á poco para ser á su vez un redactor político diestro y perspicaz.

No veía más que una mancha en todo su horizonte. Provenía de un periodiquito batallador que le atacaba constantemente, ó, mejor dicho, que atacaba en él al redactor de los ecos de la *Vie Française*, el jefe de los ecos con trampa del señor Walter, como decía el redactor anónimo de aquella hoja llamada *La Pluma*. Cada día traía una perfidia, un ataque mordaz, insinuaciones de toda especie.

Jaime Rival dijo un día á Duroy:

—Es usted muy sufrido.

—¿Por qué?—contestó el otro—Páreceme que no hay ataque directo.

Un mediodía, al entrar en la sala de redacción, Boisrenard le enseñó un número de *La Pluma*.

—Vea usted, vuelven á atacarle.

—¡Ah! ¿con motivo de qué?

—Qué sé yo, del arresto de una señora llamada Aubert por los agentes de la higiene.

Jorge tomó el periódico que le alargaban, y leyó lo siguiente, que llevaba el título de *Duroy se divierte*:

«El ilustre reporter de la *Vie Française* nos dice que la señora Aubert, cuya detención hemos anunciado, no existe más que en nuestra imaginación. Dicha mujer vive en la calle de la Ardilla, número 18, Montmartre. Comprendemos perfectamente el interés que tienen los agentes del Banco Walter en sostener los del prefecto de policía que tolera su comercio. Por lo que hace al reporter citado, mejor haría en darnos algunas de esas noticias de sensación cuyo secreto parece pertenecerle: noticias de muertes desmentidas al día siguiente, noticias de batallas que no se han reñido, anuncio de palabras graves pronunciadas por soberanos que nada han dicho, todas las informaciones que constituyen los «Provechos Walter» ó alguna de esas indiscrepancias sobre veladas de señoras harto famosas ó

acerca de la excelencia de ciertos productos que son un gran *recurso* para algunos de nuestros cofrades.»

El joven quedó más asombrado que irritado, comprendiendo que aquello era un ataque contra él, y de los peor intencionados.

Boisrenard preguntó:

—¿Quién le ha dado á usted este eco?

Duroy hacía por recordar en vano. De pronto se acordó:

—¡Ah! sí, Saint-Potin.

Luego volvió á leer el suelto de *La Pluma* y enrojeció bruscamente, indignado por aquella acusación de venalidad.

—¿Cómo? ¿pretenden que recibo dinero por?...

—Paréceme que sí. Es sensible para usted. Al director le fastidian esas cosas. Los ecos son una sección muy delicada...

Saint-Potin entraba en aquel instante. Duroy fué hacia él y le dijo:

—¿Ha leído usted la nota de *La Pluma*?

—Sí, y vengo de casa de esa mujer, que efectivamente existe, pero que no ha sido detenida. Tal rumor carece de fundamento en absoluto.

Entonces Duroy entró en el despacho del director, que le recibió con cierta frialdad.

Después de escuchar el caso, el señor Walter contestó:

—Vaya usted mismo á ver á esa mujer, y des-

mienta eso de modo que nunca más puedan hablar de usted así, pues de lo contrario resultaría muy molesto para el periódico, para mí y para usted; un periodista debe ser como la mujer de César; no se debe sospechar siquiera de él.

Duroy tomó un coche de punto, llevándose á Saint-Potin, que sabía el camino y que gritó al cochero:

—Calle de la Ardilla, 18, Montmartre.

El tal número lo llevaba una casa inmensa, de la que fué preciso escalar los seis pisos. Una mujer vieja y mal ataviada les abrió la puerta.

—¿Qué otra cosa quiere usted preguntarme?— dijo al ver á Saint-Potin.

—Le traigo á usted á este señor, que es inspector de policía, y que quisiera saber lo que le ha ocurrido.

Entonces la vieja les hizo entrar, y dijo:

—Después de usted han venido otros dos de un periódico, no sé cuál.

Y volviéndose hacia Duroy añadió:

—¿De modo que el señor desea saber?...

—Sí. ¿Ha sido usted detenida por un agente de la higiene?

La vieja hizo un aspaviento y contestó:

—Nunca, señor, nunca. He aquí lo que pasó. Tengo un carnicero que sirve bien, pero que pesa mal. Le he advertido muchas veces, sin quejarme, pero el otro día, pidiéndole dos libras de chuletas

porque había invitado á mi hija y á mi yerno, vi que ponía en la balanza muchos huesos que eran de chuletas, pero no de las mías. Verdad es que hubiera podido hacer un guisado con ellas, pero cuando pido chuletas no me gusta que me den más hueso del que me corresponde. Se lo hice notar y me llamó rata vieja, y yo le contesté llamándole bribón. Nos peleamos, pues, de mala manera, y había por lo menos cien personas que nos escuchaban, y ¡que reían con un gusto!... Tanto chillamos, que vino un agente de policía y nos llevó á la comisaría. Al cabo de poco rato nos soltaron. Yo, desde entonces, me proveo en otra parte, y no paso siquiera por delante de su puerta para evitar el escándalo.

Calló. Duroy preguntó:

—¿Esto es todo?

—Sí, esto es todo lo que ocurrió, caballero— dijo la vieja.

Y habiéndole ofrecido un refresco que él rehusó, insistió la vieja para que en el suelto hablaran de la estafa del carnicero.

Cuando hubo llegado al periódico, Duroy redactó esta respuesta:

«Un escritor anónimo de *La Pluma*, habiéndose arrancado una, trata de fastidiarme hablando de una vieja que supone fué detenida por un agente de la higiene, cosa que yo niego. He visto yo mismo á la señora Aubert, que tiene más de sesenta

años, y me ha contado detalladamente la riña que tuvo con un carnicero á consecuencia de una compra que le hizo y que necesitó una explicación ante el comisario. Esta es la pura verdad. Por lo que hace á las otras insinuaciones del redactor de *La Pluma*, las desprecio. Por otra parte, no se contesta á cosas parecidas cuando se escriben al amparo de una máscara.

»JORGE DUROY.»

Al señor Walter y á Jaime Rival que acababa de llegar, les pareció bien aquella nota y se decidió que se insertaría en el mismo día á continuación de los ecos.

Duroy se retiró temprano, algo agitado é inquieto. ¿Qué iba á contestar el otro? ¿Quién era? ¿A cuenta de qué venía aquel ataque brutal? Dadas las costumbres bruscas de los periodistas, aquella tontería podía traer cola, mucha cola. Durmió mal.

Cuando volvió á leer su nota en el periódico al día siguiente, le pareció más agresiva impresa que manuscrita. Le parecía que hubiese podido atenuar algunas expresiones.

Estuvo ansioso todo el día y durmió mal á la noche siguiente. Se levantó con el alba para ver el número de *La Pluma* que debía contestarle.

Hacía frío de nuevo; helaba. Los arroyos corrían aún entre dos cintas de hielo á lo largo de las aceras.

Los periódicos no habían llegado aún á los kioscos, y Duroy se acordó de su primer artículo publicado. Sentía frío en pies y manos, sobre todo en los dedos. Echó á correr en torno del kiosco, donde la vendedora acurrucada sobre el braserillo, sólo dejaba ver por la ventanilla una nariz y unas mejillas rojas envueltas en una capucha de lana.

Por fin, llegaron los repartidores y la buena mujer alargó á Duroy *La Pluma*.

Buscó su nombre de una ojeada y nada vió al principio. Respiraba ya, cuando vió el suelto encerrado entre dos bigotes.

«El señor Duroy, de *La Vie Française*, nos desmiente y miente al desmentirnos. Confiesa, sin embargo, que existe una mujer llamada Aubert y que un agente la llevó á la Comisaría. Con añadir á la palabra «agente» la palabra «higiene», estaba al cabo de la calle.

»Pero la conciencia de ciertos periodistas está al nivel de su talento.

»Y firmo: LUIS LANGREMONT.»

Entonces latióle violentamente el corazón á Jorge y volvió á su casa para vestirse, sin saber en realidad lo que hacía. Se habían insultado, de modo que era imposible vacilar. ¿Por qué? por una bicocha, por una vieja que se había peleado con un carnicero.

Se vistió rápidamente y fué á casa del señor Walter aunque sólo eran las ocho de la mañana.

El director, ya levantado, leía *La Pluma*.

—Bueno— dijo viendo á Duroy y con expresión grave; —no puede usted retroceder.

El joven nada contestó, y añadió aquél:

—Vaya usted á avistarse con Rival, que se encargará de todo.

Duroy balbució algunas palabras y salió para ir á ver al cronista, que aun dormía. Saltó de la cama al oír el timbre, y después de leer el suelto, exclamó:

—Hay que batirse. ¿Tiene usted otro padrino?

—No.

—¿Qué le parece de Boisrenard?

—Me parece bien.

—¿Sabe usted tirar á las armas?

—No.

—¿Y la pistola?

—Tiro un poco.

—Bueno. Ensáyese usted mientras me ocupo de todo. Espéreme un instante.

Pasó al tocador y volvió á salir al poco rato, lavado, afeitado, bien vestido.

—Venga usted conmigo— dijo.

Habitaba la planta baja de un hotelito é hizo bajar á Duroy al sótano convertido en una sala de armas y de tiro, cuyas ventanas, que daban á la calle, estaban cerradas. Después de iluminar una línea

de mechero que llegaba hasta otro sótano donde había una figura de hierro pintada de rojo y azul, puso en una mesa dos pares de pistolas y empezó á dar las voces de mando como si estuviera en el terreno.

«¿Está?

»¡Fuego! Uno, dos, tres.»

Duroy, aniquilado, obedecía; levantaba el brazo, apuntaba, tiraba, y como tocaba á menudo el maniquí en el vientre, pues de niño había tirado mucho con una vieja pistola de arzón de su padre, Rival, satisfecho, declaraba:

—Bien, muy bien, muy bien. Saldrá usted airoso.

Luego le dejó y dijo:

—Tire usted así hasta mediodía. Aquí tiene usted municiones, no tema gastarlas. Luego vendré á buscarle para almorzar y darle noticias.

Salió.

Duroy en cuanto quedó solo disparó todavía algunos tiros y después se sentó y se puso á reflexionar.

¡Cuán tonto era todo aquello! ¿Qué es lo que prueba el duelo? ¿Acaso un bandido es menos bandido porque se bata? ¿Qué es lo que gana un hombre insultado arriesgando la piel contra un perdido? Y como todo lo veía negro, recordó las palabras de Norbert de Varenne acerca de la pobreza de espíritu de los hombres y acerca de la tontería de

sus ideas y preocupaciones y de la inanidad de su moral. Y pensó en voz alta:

—Razón tiene... ¡voto va!

Como tenía sed y oyó ruido de agua detrás de él, vió un aparato de duchas y bebió allí. Luego volvió á pensar. En aquel sótano reinaba una tristeza de tumba. El ruido lejano y sordo de los coches parecía el ruido de una tempestad lejana. ¿Qué hora debía ser? Las horas pasaban allí como deben pasar en el interior de las cárceles, sin que nada las indique, exceptuando la entrada de los carceleros con los platos. Esperó largo tiempo, mucho tiempo, luego de pronto oyó pasos, voces, y aparecieron Rivál y Boisrenard. Este, al ver á Duroy, exclamó:

—Ya está arreglado.

Duroy creyó que el asunto terminaba por medio de un acta y balbució:

—¡Ah! ¡gracias!

El cronista añadió:

—Langremont es hombre decidido. Acepta todas nuestras condiciones. A veinticinco pasos, un disparo levantando la pistola. Así se acierta más que bajándola. Vea usted, Boisrenard, vea lo que le decía.

Y cogiendo las pistolas, tiró para demostrar que se conservaba mejor la línea levantando el brazo.

—Y ahora, vamos á almorzar, que han dado ya las doce—dijo.

Comieron en un restaurant cercano. Duroy apenas hablaba. Comió para que no creyeran que tenía miedo, y luego acompañó á Boisrenard al periódico, donde escribió los sueltos de una manera distraída y maquinal. Sus compañeros declararon que era hombre de pelo en pecho.

Rival le estrechó la mano al acabar la tarde, y quedaron en que sus padrinos le irían á buscar á su casa en coche á las siete del día siguiente para ir al bosque del Vesinet donde se verificaría el encuentro.

Todo aquello había ocurrido impensadamente sin que Duroy emitiera su opinión, sin que aceptase ó rechazara, y con tanta rapidez que se sentía aturrido y estupefacto sin comprender lo que ocurría.

Después de comer con Boisrenard, que no le abandonó durante todo el día, se encontró en su casa á las nueve de la noche. En cuanto estuvo solo paseó por el cuarto á pasos rápidos, harto turbado para pensar en nada. Unicamente pensaba en el desafío del día siguiente, sin que tal idea despertara en él otra cosa que una emoción confusa y poderosa. Cuando era soldado, había disparado contra los árabes sin gran peligro para él, bien así como se tira contra un jabalí cazando.

En suma, había cumplido con su deber. Se portó como debía. Hablarían de ello; aprobarían su conducta, le felicitarían. Luego, en alta voz pronunció estas palabras: «¡Qué bruto es ese hombre!»

Se sentó y reflexionó. Había en la mesa una tarjeta de su adversario que le dió Rival para saber su dirección. La leyó por vigésima vez. *Luis Langremont, 176, calle Montmartre*. Nada más.

Examinaba aquellas letras reunidas que le parecían misteriosas y amenazadoras. «Luis Langremont.» ¿Quién era este hombre? ¿Qué edad tenía? ¿Qué estatura? ¿Qué cara? ¿No era estúpido que un desconocido turbara así la vida de un hombre, de pronto, sin razón, por puro capricho, porque una vieja se había peleado con su carnicero?

Nuevamente repitió en voz alta: «¡Qué brutal!»

Permaneció inmóvil, pensativo, con la mirada fija en la tarjeta. Sentía cólera contra aquel trozo de papel. Una cólera rencorosa en la que se mezclaba cierto malestar. ¡Qué estúpido era todo aquello! Tomó unas tijeras de uñas que había sobre la mesa y las clavó en mitad del nombre impreso como si hubiera apuñalado á alguien. ¡Iba, pues, á desafiarse á pistola! ¿Por qué no habrían escogido la espada? Con ella estaba seguro de librarse á poca costa. Un pinchazo en la mano ó en el brazo, y nada más, mientras que con la pistola, nadie podía saber lo que podía ocurrir.

Dijo en voz alta: «Ea, hay que ser valiente.»

El sonido de su voz le hizo estremecer y miró en torno suyo. Empezaba á sentirse nervioso. Bebió un vaso de agua y se sentó. Apenas estuvo en la cama apagó la luz y cerró los ojos.

Tenía mucho calor aun cuando hiciera frío en el cuarto, pero no conseguía dormirse. Se volvía y revolvía, permanecía cinco minutos tendido de espaldas y después se volvía del lado derecho para ponerse del izquierdo después.

Tenía sed. Se levantó para beber y luego pensó con inquietud: «¿Acaso tengo miedo?»

¿Por qué le latía el corazón cada vez que oía un ruido? Cuando el reloj de cuco tocaba, sobresaltábase y tenía que abrir la boca durante unos segundos para respirar por lo muy oprimido que se sentía. Empezó á reflexionar á fuer de filósofo acerca del miedo.

No, no tendría miedo ya que estaba resuelto á llegar hasta el fin puesto que tenía la seguridad de batirse y de no temblar. Pero estaba tan profundamente conmovido que se preguntó: «¿Acaso es posible tener miedo á pesar de uno?» Sintió aquella duda que le causaba inquietud y espanto. Si una fuerza más poderosa que su voluntad, poderosa, irresistible le dominaba, ¿qué sucedería? Sí, ¿qué podía suceder?

Iría al terreno puesto que lo quería, pero ¿y si temblaba? ¿Si perdiese el conocimiento? Y pensó en su situación, en su reputación, en su porvenir. Sintió de pronto una extraña necesidad de levantarse para mirarse al espejo. Encendió la vela. Cuando vió su rostro reflejado en el cristal apenas se cono-

ció. Tenía los ojos enormes, estaba pálido, muy pálido.

De pronto pensó:

«Mañana á esta hora quizá esté muerto.» Y el corazón volvió á latirle rápidamente.

Se volvió á la cama y se vió distintamente tendido de espaldas sobre esas mismas sábanas que acababa de dejar. Tenía aquel rostro demacrado de los muertos y aquella blancura de las manos que no han de moverse ya más.

Entonces le asustó la cama y á fin de no verla abrió la ventana para mirar afuera.

Un frío glacial le mordió de pies á cabeza, y retrocedió estremecido.

Se le ocurrió encender fuego. Lo atizó lentamente sin volverse. Temblábanle las manos con estremecimiento nervioso cuando tocaba los objetos. Se extraviaba su pensamiento, y las ideas parecían escapársele, dando vueltas, desmenuzándose, causándole dolor. Sentía una especie de embriaguez en la cabeza como si hubiera bebido.

Sin cesar se preguntaba: «¿Qué voy á hacer, qué me va á ocurrir?»

Volvió á andar repitiendo de un modo continuo y maquinal: «Es necesario que sea enérgico, muy enérgico.»

Luego pensó: «Voy á escribir á mis padres por si me ocurre algo.»

Se sentó de nuevo, tomó un cuadernillo de papel, y escribió:

«Querido papá, querida mamá...»

Luego juzgó que aquellos términos eran harto familiares para una situación tan trágica. Rompió la primera hoja y empezó otra vez:

«Querido padre; querida madre; voy á batirme al apuntar el día, y como pudiera suceder que...»

No se atrevió á escribir lo demás y se levantó de un salto.

Aquel pensamiento le aplastaba ahora. «Iba á desafiarse. No podía evitarlo. ¿Qué le ocurría? Quería batirse; tenía tal intención y tal resolución bien decididas, y le parecía, á pesar de todos los esfuerzos de su voluntad, que no podía conservar la fuerza necesaria para llegar al terreno.»

De cuando en cuando castañeteábanle los dientes con ruido seco, y se preguntaba:

«¿Se ha desafiado ya mi adversario? ¿Habrá frecuentado las salas de tiro? ¿Es conocido? ¿Está bien considerado?»

No había oído pronunciar su nombre, pero si no fuera un buen tirador de pistola, no habría aceptado sin vacilar y sin discusión arma tan peligrosa.

Imaginaba Duroy su encuentro, la actitud suya y el aspecto de su enemigo. Se figuraba los menores detalles del combate, y de pronto veía frente de él

el agujerillo redondo y profundo del cañón que iba á vomitar la bala.

Sintió de pronto una crisis de desesperación espantosa. Vibrábale el cuerpo, estremecido por sacudidas fortísimas. Apretaba los dientes para no gritar, y sentía ganas de revolcarse por el suelo, de desgarrar algo, de morder. Vió de pronto una copa sobre la chimenea, y recordó que tenía en el armario una botella de aguardiente casi llena, pues había conservado la costumbre militar de matar el gusanillo cada mañana. Cogió la botella y bebió á gollete con avidez.

La dejó cuando ya había bebido más de un tercio de ella. Un calor parecido á una llama le quemó el estómago, se esparció por sus miembros y dió fuerza á su alma, aturdiéndola.

Pensó:

— Ya tengo el medio.

Y como sentía que le ardía la piel, volvió á abrir la ventana.

Amanecía. En lo alto las estrellas parecían morir una á una, borradas por la luz del alba, y en la zanja profunda del ferrocarril palidecían los faroles de señales.

Las primeras locomotoras salían del depósito é iban á buscar silbando los primeros trenes. Otras lanzaban á lo lejos llamadas agudas y repetidas, sus gritos del alba, como lanzan los gallos en el campo.

Duroy pensaba:

—Quizá no veré más todo esto.

Pero como comprendió que de nuevo iba á enternecerse, reaccionó con violencia.

—Ea, no hay que pensar en nada hasta el momento del encuentro. Es el único modo de aparecer bravo.

Empezó á acicalarse. Al afeitarse tuvo un instante de desfallecimiento, pensando que quizá era la última vez que veía su rostro.

Bebió un nuevo sorbo de aguardiente y acabó de vestirse.

La hora siguiente fué la que costó de pasar. Paseaba por el cuarto tratando de inmovilizar su pensamiento. Cuando oyó llamar á la puerta poco le faltó para caer de espaldas, por la violenta conmoción sentida. Eran sus padrinos.

—¡Ya!

Llevaban gabanes de pieles. Rival, después de estrechar la mano de su apadrinado, dijo:

—Hace un frío de Siberia.

Y luego preguntó:

—¿Vamos bien?

—Muy bien.

—¿Estamos tranquilos?

—Del todo.

—Bueno, me alegro. ¿Ha comido y bebido usted algo?

—Sí, nada necesito.

Boisrenard llevaba una condecoración verde y amarilla que Duroy no le conocía.

Bajaron. Un caballero les esperaba en el carruaje. Rival dijo:

—El doctor Le Brument.

Duroy le estrechó la mano balbuceando:

—Muchas gracias.

Luego quiso sentarse en los asientos delanteros y se sentó sobre algo duro que le hizo levantar como si un resorte le empujara. Era la caja de las pistolas.

Rival repetía:

—No, el apadrinado en el fondo, con el médico.

Duroy acabó por entenderle y se dejó caer al lado del doctor.

Ambos padrinos subieron á su vez, y el cochero arreó, pues ya sabía á dónde debía ir.

La caja de las pistolas molestaba á todos, sobre todo á Duroy, que hubiera preferido no verla. Trataron de colocarla detrás de ellos, pero les incomodaba de mala manera; después la colocaron derecha entre Rival y Boisrenard. A cada instante se caía. Acabaron por ponerla debajo del asiento.

La conversación languidecía aun cuando el médico contaba anécdotas. Unicamente Rival contaba. Duroy hubiera querido demostrar su sangre fría, pero tenía miedo de perder el hilo de sus ideas y de patentizar la turbación de su alma. Le asediaba el temor de echarse á temblar.

El coche llegó pronto al campo. Eran cerca de las nueve. Hacía una de esas rudas mañanas de invierno en que la naturaleza entera aparece reluciente, dura y quebradiza como el cristal. Los árboles, vestidos de escarcha, parecen haber sudado hielo. La tierra suena bajo los pasos, el aire seco lleva á lo lejos los menores ruidos, el cielo azul parece brillante como los espejos, y el sol pasa en el espacio deslumbrador y frío también, lanzando sobre la creación helada rayos que no calientan.

Rival decía á Duroy:

—He tomado las pistolas en casa de Gastine-Rellette. Las ha cargado él mismo. La caja está sellada. Las sortearemos con las de nuestro adversario.

Duroy contestó maquinalmente:

—Muchas gracias.

Entonces Rival le hizo recomendaciones minuciosas, pues no quería que su apadrinado cometiera ningún error. Insistía en cada cosa muchas veces:

—Cuando pregunten: ¿Están ustedes dispuestos, caballeros? contestará usted con voz fuerte: ¡Sí!

Cuando manden ¡Fuego! levantará usted vivamente el brazo y tirará usted antes que hayan pronunciado: tres.

Duroy repetía mentalmente:—Cuando manden fuego, levantaré el brazo,—cuando manden fuego, levantaré el brazo,—cuando manden fuego, levantaré el brazo.

Aprendía aquello como los niños aprenden las

lecciones, repitiéndolo hasta la saciedad para grabarlo bien en la cabeza: — Cuando manden fuego, levantaré el brazo.

El carruaje entró en un bosque, tomó una avenida de la derecha y después volvió hacia la derecha otra vez. Rival abrió bruscamente la portezuela para gritar al cochero: «Por ahí, por ese caminito.» Y el coche entró en un camino mal cuidado, bordeado de maleza.

Duroy repetía:

— Cuando manden fuego, levantaré el brazo.

Pensó que un vuelco podría arreglarlo todo. «¡Qué ganga si volcáramos! Si el bruto de mi adversario se rompiera una pierna...»

Pero en el extremo de un claro vió otro coche detenido y cuatro caballeros que pisaban recio para calentarse los pies; y tuvo que abrir la boca porque le faltaba la respiración.

Los padrinos bajaron los primeros, después el médico y Duroy. Rival había cogido la caja de las pistolas y se fué con Boisrenard hacia dos de los desconocidos que se dirigían hacia ellos. Se saludaron ceremoniosamente y luego anduvieron juntos por el claro mirando tan pronto al suelo como hacia los árboles, como si buscaran algo que hubiera caído al suelo ó hubiera volado. Luego contaron los pasos, y hundieron con gran trabajo dos bastones en el suelo helado. Volvieron á reunirse

en grupo y tiraron unas monedas al aire como los niños cuando juegan.

El doctor Le Brument preguntaba á Duroy:

—¿Está usted bien? ¿Necesita usted algo?

—No, nada; gracias.

Parecíale que estaba loco, que dormía, que soñaba, que algo sobrenatural le había ocurrido y le dominaba.

¿Tenía miedo? ¡Quizás! Pero no lo sabía. Todo había cambiado en torno suyo. Jaime Rival volvió y le anunció en voz baja con satisfacción:

—Todo está dispuesto. La suerte nos ha favorecido en las pistolas.

Esto le era indiferente á Duroy.

Le quitaron el pardesú sin que él se opusiera. Tentáronle los bolsillos de la levita para convenirse de que no llevaba papeles ni cartera que pudiesen protegerle.

Repetía en su interior, como una oración: «Cuando manden fuego, levantaré el brazo.»

Luego le llevaron hacia uno de los bastones hundidos en el suelo y le entregaron la pistola. Entonces vió enfrente de él, muy cerca, un hombrecillo barrigudo, calvo, que llevaba lentes. Era su adversario.

Le vió muy bien, pero sólo pensaba en esto: «Cuando manden fuego, levantaré el brazo y dispararé.»

Se oyó una voz que resonó en el silencio del es-

pacio, una voz que parecía venir de muy lejos y que preguntó:

—¿Están ustedes dispuestos, caballeros?

Jorge gritó:

—¡Sí!

Entonces la misma voz ordenó:

—¡Fuego!

No escuchó nada más, ni advirtió nada, ni se dió cuenta de nada; sintió únicamente que levantaba el brazo apoyándose con toda su fuerza en el gatillo.

Nada oyó.

Pero vió en seguida una humareda al final del cañón de su pistola y como su adversario permanecía también de pie en la misma posición, vió otra nubecilla blanca que subía. Habían tirado ambos. El duelo estaba terminado.

Sus padrinos y el médico le tocaban, le palpaban, desabrochábanle y preguntaban con ansiedad:

—¿No está usted herido?

—No, no lo creo—contestó al azar.

Langremont también estaba ileso, y Rival murmuró con tono descontento:

—Con las asquerosas pistolas siempre ocurre lo mismo: ó se yerra ó se mata. ¡Qué arma tan estúpida!

Duoy no se movía, paralizado por el asombro y la alegría. ¡Ya estaba!

Fué preciso quitarle el arma que continuaba sosteniendo. Parecíale ahora que sería capaz de pe-

learse con el universo entero. Ya no tenía miedo. ¡Qué dicha! Se sentía ahora capaz de provocar á cualquiera. Los padrinos hablaron algunos minutos, dándose cita para aquella tarde para redactar el acta. Luego volvieron á subir al coche, y el cochero, que reía con sorna, arreó los caballos haciendo chasquear la fusta.

Comieron los cuatro en el bulevar, hablando del acontecimiento. Duroy explicaba sus impresiones:

—No me ha hecho ningún efecto. Supongo que ya lo habrán notado ustedes.

Rival contestó:

—Sí, se ha portado usted muy bien.

Cuando el acta fué redactada, la presentaron á Duroy, que debía insertarla en los ecos.

Se admiró al saber que había cambiado dos balas con Langremont é interrogó á Rival:

—Pero hombre, si sólo hemos disparado una vez.

—Claro, tú disparaste una y él otra, total dos balas—dijo Rival sonriendo.

A Duroy le satisfizo la explicación y no preguntó más.

El tío Walter le abrazó.

—¡Bravo, bravo, ha defendido usted la bandera de la *Vie Française*, bravo!

Jorge se exhibió por la noche en los principales diarios y en los grandes cafés de los bulevares. En-

contró dos veces á su adversario que se exhibía igualmente.

Si uno de ambos hubiera quedado herido se hubieran estrechado la mano. Ambos juraban quizá de buena fe que habían oído silbar la bala del adversario.

Al día siguiente á las once de la mañana, Duroy recibió un telegrama:

«¡Qué miedo he pasado, Santo Dios! Ven á la calle de Constantinopla. Quiero abrazarte, amor mío. Eres muy valiente y te adoro. — *Clo.*»

Fué á la cita, y ella le abrazó delirante, cubriéndole de besos:

—¡Ah! alma mía, si supieras qué emoción he sentido al leer los diarios de esta mañana... Cuéntame todo, quiero saberlo.

Tuvo que contarle todo minuciosamente. Ella le preguntaba:

—Debes haber pasado muy mala noche.

—No, he dormido perfectamente.

—Yo no habría pegado los ojos; dime lo que ocurrió en el terreno.

Duroy hizo una relación dramática:

—Cuando estuvimos uno enfrente de otro, á veinte pasos, Jaime, después de habernos preguntado si estábamos dispuestos, mandó ¡fuego! levanté inmediatamente el brazo, pero me equivoqué apuntando á la cabeza de mi adversario; tenía una pistola muy dura y estoy acostumbrado á armas más

suaves, de modo que la resistencia del gatillo ha levantado la puntería. De todos modos, cerca debe haberle pasado. También él tira bien, el gran pillastre. Su bala me ha rozado la sien, he sentido el viento que hacía.

Ella, sentada en sus rodillas, le estrechaba en sus brazos como para tomar parte en su peligro, y balbuceaba de cuando en cuando:

—¡Ah, pobre monin!

Cuando hubo acabado de explicar su duelo, Clotilde le dijo:

—No puedo vivir sin ti. Es preciso que te vea todos los días. Pero como mi marido está en París, no sé cómo componérmelas. A veces por la mañana podría disponer de una hora antes que te levantas, pero no quiero volver á tu asquerosa casa. ¿Cómo lo arreglamos?

Duroy tuvo bruscamente una inspiración, y preguntó:

—¿Cuánto pagas aquí?

—Cien francos al mes.

—Bueno, me quedo la habitación por mi cuenta, y vendré á vivir aquí del todo. La mía resulta insuficiente dada mi nueva posición.

Clotilde reflexionó algunos instantes, y luego contestó:

—No, no quiero.

—¿Por qué?

—Porque no.

—Eso no es razón. Esta habitación me conviene mucho, y puesto que estoy en ella, en ella me quedo.

Se echó á reir, y añadió:

—Por otra parte, está alquilada á mi nombre.

La joven continuaba rehusando:

—No, no quiero...

—¿Pero por qué?

Entonces ella, en voz baja y tiernamente, replicó:

—Porque traerías aquí alguna mujerzuela, y no quiero.

Duroy se indignó:

—Te prometo que no. Te lo prometo.

—No, no, ya sé que las traerías.

—Te lo juro.

—¿De veras?

—De veras. Palabra de honor. Esta es nuestra casita, nada más que nuestra.

Le estrechó la joven apasionadamente, y dijo:

—Bueno, entonces sí; pero si me engañas, si me engañas una sola vez, acabamos para siempre.

Hizo él mil juramentos y quedaron convenidos que se instalaría aquel mismo día para que pudiera verle ella cuando pasara por allí.

Luego le dijo:

—De todos modos, ven á comer el domingo. Mi marido te encuentra encantador.

—¿De veras?

—Sí, le has conquistado. ¿No me dijiste que habías sido educado en una quinta del campo?

—Sí; ¿por qué?

—Debes conocer algo de agricultura.

—Sí.

—Pues bien, háblale de jardinería y de cosechas, que le gusta mucho.

—Bueno, no lo olvidaré.

Marchó la joven después de haberle besado muchas veces, porque aquel desafío redobló su ternura.

Duroy, mientras iba al periódico, pensaba: «Qué mujer tan endiablada. ¡Qué cabeza de chorlito! ¿Sabe acaso lo que quiere ni lo que ama? ¡Qué matrimonio tan estrafalario! Parece que un bromista haya preparado la unión de ese viejo con esa locuela. ¿Qué habrá pensado ese inspector al casarse con esa modistilla? Quién sabe, quizá el amor.»

Y terminó así: «En fin, es una querida muy bonita, y sería un tonto en dejarla.»



UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA



3 0112 098698647



OBRAS DE VARGAS VILA

Sobre las Viñas Muertas
Clépsidra Roja
La Voz de las Horas
Horario Reflexivo
En las Cimas
La Muerte del Cóndor
El Cisne Blanco
Los Discípulos de Emaüs
Eleonora
Rosa Mística
El Huerto del Silencio
Poemas Sinfónicos
Prosas Selectas
A la Hora del Crepúsculo

En rústica, 3 ptas.

En tela, 4 ptas.